
LA ESPACIONAVE
DEL TERROR
JOE BENNETT
Colección
LUCHADORES
DEL ESPACIO
Ibañez



JOE BENNETT

LA ESPACIONAVE DEL TERROR

EDITORIAL VALENCIANA
CALIXTO III, 23 - VALENCIA

PRINTED IN SPAIN
Depósito Legal V. 1.784 - 1960
EDITORIAL VALENCIANA - VALENCIA

Núm. Rgstro. 4.035 1960



CAPÍTULO I
El regreso de Syd Powder

La frialdad extrapolar del agua le penetraba hasta los huesos, traspasándolos, no obstante la protección del equipo subacuático que cubría su cuerpo.

La llave del termorregulador se hallaba al máximo; pero algo debía haberle sucedido al sistema -algo estúpidamente entorpecedor- porque no irradiaba el suficiente poder calorífico para evitar la rigidez que se apoderaba de sus ateridos miembros.

Por fortuna -¡gracias a Dios!- había llegado a la superficie y emergió la cabeza cubierta por la escafandra con cautelosa y a la par ávida ansiedad.

¡Superficie al fin!

Casi resultaba una bendición tras las negruras e inmensidades líquidas del submar de Phoebe, el lejano y frigidísimo satélite de Saturno. Ahora, podría cambiar de equipo, vistiendo el cálido traje espacial de vacío y sentir de nuevo bajo sus botas de gravitación la firmeza del suelo de Phoebe.

¡Qué alivio para un terrícola volver al elemento ido!

Desde que abandonó "Claudia" -la eficaz batisfera- por el tubo expulsor, cien metros antes de alcanzar el nivel superficial, tuvo que bracear sin descanso y elevarse hasta el circular boquete abierto en la costra de hielo que cubría todo el océano interno del satélite. Sus amigos -el profesor Savery y la bellísima Fay Shellon- permanecieron a bordo y, sin duda, en estos momentos ya habían caído prisioneros de los enigmáticos sujetos que motivaron la paralización radio -óndica establecida entre ellos y los restantes compañeros del grupo que aguardaban en el refugio astral del campamento[1].

La certeza de encontrarse solo, confiado a sus fuerzas exclusivas, no le amedrentaba.

Su bagaje moral parecía haber alcanzado la categoría de inagotable desde que tuvo la rutilante revelación del cariño de Fay. Ella le amaba apasionadamente, saltando con ímpetu todos los obstáculos. Y este convencimiento, patentizado merced a sus inequívocas demostraciones cuando se despidieron para abrazar los respectivos destinos, le envalentonaba hasta tal punto, que nada lograba empañar sus ánimos exaltados.

Porque, en realidad, Syd Powder -pese al frío, a la soledad y a la peliagudez incontrastable de su situación- sabíase embargado por una exaltación férvida y una seguridad casi temeraria en sus propios actos.

El plan pergeñado entrañaba un desprecio absoluto hacia la vida. Naturalmente, mientras permanecieron encerrados en la batisfera, comprendieron que, no obstante la audacia un tanto insensata del mismo, era el único plausible de realización. Gentes extrañas -Syd todavía ignoraba que se trataba de Blako Tonsleep y sus huestes deshumanizadas- buscaban obtener, sin reparar en medios, la total hegemonía de los semilleros de las profundidades donde germinaban los "Fibroae floricultasis", o "Flores de Vida".

Los bulbos, o brotes internos de tan exóticas semillas -debidamente tratados, por supuesto -, servían para elaborar un portentoso elixir de rejuvenecimiento. Hasta poco antes, nadie sabía en el Cosmos que tales semilleros se encontraban en los mares internos de Phoebe, la luna más distanciada del anilloso Saturno. El control regulador de las "Fibroae floricultasis", y su consecuente explotación racional, corría a cargo del Gobierno de la Tierra, quien distribuía el elixir entre las personalidades más relevantes e imprescindibles del mundo de la ciencia. Aquellas personas distinguidas -las que, de propósito, "no debían morir nunca"- gozaban del tratamiento, gracias al cuál habían visto prolongar su vida por espacio de centurias. Esto, dado el control fiscalizante y la característica impuesta por la selección minoritaria de los favorecidos, redundaba en

positivos beneficios para todo el género humano.

Especialistas, científicos, sabios y brillantes luminarias en el campo de los conocimientos que abarcaban todas las esferas del Saber, gozaban así de un período viviente realmente formidable; permitiéndoles proseguir sus investigaciones, y aun iniciar nuevas tentativas en las heteróclitas ramas científicas, dotándoles de un acopio tal de enseñanzas como jamás mente humana atesoró antes. Las "flores de vida", diestramente administradas, cumplían, pues, una misión benefactora que favorecía todos los estamentos sociológicos. Eran infinitas las ventajas.

Cierto que la totalidad de las criaturas vivientes con inteligencia que pueblan el Universo hubiesen deseado disfrutar de tal prerrogativa rejuvenecedora. ¿Y quién no? La inmortalidad, desde los albores neblinosos de la Creación, ha tentado a los seres.

El producto químico extraído tras la batalla de laboratorio con las "Fibroae floricultasis" resultaba, sin embargo, tan exiguo que a duras penas -y siempre bajo la acción rígidamente controladora- alcanzaba para prolongar la vida a las personalidades prioritarias. Por ello -como razón básica, aparte de un cúmulo más secundarias en orden directo derivadas de la primera- tratóse desde su descubrimiento de mantener las "flores de vida" en rigurosísimo secreto.

Hubo mártires, se cometieron actos vandálicos... hasta crímenes.

Pero el secreto férreo, constreñido, mantúvose incólume hasta el feroz asesinato de Denon, un científico del grupo expedicionario encabezado por el profesor Savery, y al que también pertenecía Syd Powder.

La muerte de Denon, acaecida en Saturnia, la hermosa capital del planeta con anillos, marcó un hito en la horizontalidad casi geométrica del tremendo secreto cosmológico. Existía una banda poderosa y sin escrúpulos... ¡empecinada en apoderarse de los semilleros! ¡No se detendría ante nada!

A partir de entonces, precipitándose en sucesión loca de caos, motiváronse una serie de acontecimientos anómalos y extraordinarios, que desembocaron en la actual situación de cosas.

Y la actual situación, a grandes rasgos, era ésta...

Fay Shellon y el profesor Savery se despidieron de Syd, emprendiendo la ascensión por el reino submarino, para entregarse en manos de los desalmados. Su propósito consistía en intentar convencerlos de que Lyman no fue la única víctima del horrendo combate con la Phobolea gigante... ¡sino que Powder pereció también!

Ello procuraría a Syd libertad de acción, dándole la oportunidad de actuar en la sombra, gozando de impunidad al suponerle muerto.

En verdad, se trataba de la última esperanza, ya que el capitán Lander, Cabot, Diness y Blue también se hallaban cautivos de Blako Tonsleep y su

reptilesco lugarteniente Robine.

Syd, mientras acercábase al borde del boquete de durísimo hielo galáctico, pensaba en el esfuerzo que se le exigía y la ímproba labor que voluntariamente cargó sobre sus hombros. El destino del grupo, y tal vez el del Universo entero, dependía ahora de su efectividad. Por suerte, su convencimiento en el triunfo no se empañaba con negros presagios y sabíase dispuesto a intentar -un intento que tenía algo de glorioso- la prueba encaminada a lograr la liberación de sus amigos y el consiguiente beneficio para el Cosmos entero.

Alcanzó el borde -la ribera resbaladiza y frígida- sin novedades dignas de mención.

El territorio blanco y helado circundido en torno a él mostrábase tan silencioso y desértico como cuando Fay Shellon y el profesor Savery alcanzaron la superficie. ¡No se veía ni un alma!

Hasta la mínima manifestación de vida estaba sofocada, asfixiada, por el silencio tenebroso y la pavorosa extensión yerma de Phoebe, quebrada en cantiles, picachos y lejanísimos valles satelitales de escalofriante esterilidad.

Junto a él, meciéndose con cadencias suaves sobre las ondas de tímida palpitación, oscilaba "Claudia" -la batisfera -, cuya cúpula dicótoma refulgía metálicamente al recibir los clarores estelares del firmamento negro salpicado por astros. ¡Ni rastro de Fay y el profesor!

Syd ignoraba, aunque intuirlo no requería grandes luces mentales, la suerte corrida por sus camaradas apenas emerger del submar. Por descontado, convenía en el hecho de que debían hallarse prisioneros.

A lo lejos, tras la barrera de los cantiles, descubrió el "cono" de su astronave y -¡he aquí un punto revelador!- la de sus crueles enemigos. Ello explicaba por sí solo la velada aventura corrida durante el rodeo cósmico y de la cual, gracias a las sideropantallas radáricas, el capitán Lander sacó en claro que eran seguidos por una nave misteriosa. Los enigmas y las premoniciones de antaño tomaban forma concreta, tangible, perdiendo buena parte de la tenebrosidad alebronante.

Se hallaba entelerido de frío por la prolongada permanencia en las aguas y las deficiencias térmicas del sistema internoclimatizador. El campamento terrícola establecido por el grupo expedicionario destacaba en la llanura; aunque tampoco escapaban señales de vida del refugio central. Tal vez fue desalojado antes de su llegada. Syd no sospechaba el interrogatorio, y la discusión posterior, a que Blako Tonsleep y Robine sometieron a sus amigos...

Discusión que, como rúbrica, degeneró en los disparos radioeléctricos que abatieron a Fay y a Savery.

No obstante, y sin mayores consideraciones, el joven admitía que lo

más urgente por el momento, imperantísimo, consistía en librarse del traje de buceo y vestir cuanto antes el equipo espacial contenido en la bolsa colgante de sus correajes. Una vez equipado convenientemente, disponiendo de su potente protofusil, daría principio a las investigaciones concienzudas. ¡La labor "de pulga" que tanto preconizó para vencer los últimos escrúpulos de Fay!

Así pues, olvidando la abandonada batisfera e izándose hasta la superficie, buscó un cobijo natural para proceder al cambio de vestuario antes de quedar congelado del todo. Abundaban las rocas satelitales -inmensos bloques de hielo cristalino esfuminados tras jirones bajos y densos de nubes amoniacales- y hacia una de ellas se dirigió sin dilación.

Su cabeza era un torbellino de ideas e hipotéticas dudas. Un maremágnum de pensamientos enroscándose por todos los recovecos de su razón. Pero la incomodidad y el frío extrapolar le restaban deseos de sumirse en consideraciones.

Tiritaba. Castañeteaban sus dientes. Recorrían su cuerpo estremecimientos bruscos. Cuando llegó a los cantiles erigidos cabe el boquete, comenzó a accionar las clavijas de sujeción hermética para despojarse de la escafandra subacuática. ¡Cada segundo contaba decisivamente!

Aspiró una larga bocanada del oxígeno que irradiaban los respiradores internos y contuvo el aliento.

Sus dedos se movían veloces ejecutando la familiar operación de desvestirse. ¡Aprisa! En un instante, envarados los músculos de puro frío quedó desnudo. Su faz iba adquiriendo un tinte púrpura causado por el esfuerzo de contención respiratoria. Un poco más. ¡Antes de que estallasen sus pulmones!

Metióse dentro del equipo de vacío y accionó los broches. Sin que el yelmo quedase acoplado del todo, abrió la llave del oxígeno y sintió la frescura del "aire" acariciando su epidermis sudorosa. Soltó el aliento y aspiró. ¡Qué delicia volver a sentir la etérea penetración de vida!

Sonrió. No pudo evitar la alegría. Terminó de ajustarse el yelmo, asegurándolo en los soportes, y fue para él como una inyección de vitalidad hincada en todas y cada una de las fibras de su ser.

Volvió a ceñirse los correajes y notó, disminuido, el peso de la bolsa donde guardaba algunas subsistencias imprescindibles para su manutención más perentoria. Luego, alargando la mano, asió el protofusil y...

¡Y entonces empezó el desastre!

Fue una punzada ruda. Un choque duro contra su espalda... ¡que le dejó petrificado! Sólo un tonto habríase negado a admitir que el contacto metálico... ¡procedía de un arma! ¡Un arma!

Syd no tenía nada de tonto. Aunque no captaba sonidos, pese a que el

ataque no fue precedido de orden alguna... ¡la muda conminación estremecía!

Volvióse a medias, girando el cuerpo.

Era un hombre. Un terrícola... desconocido para él. ¡Terrícolas en Phoebe! ¡Los desalmados que perseguían adueñarse de las “flores de vida”! Le miraba con ojos fríos, inmóviles, traspasantes cual puñales asesinos. ¡Y empuñaba con firmeza inexorable un fusil de tipo radioactivo!

-Tal vez... tal vez se ha equivocado -dijo Syd utilizando la comunicación micro -óndica ideal para el espacio- ¡Espere! Déjeme explicarle...

El contacto del arma hízose más insidioso y penetrante. ¡Inútiles las razones! Sólo quedaba un medio... y Syd lo conocía. ¡Porque él no podía ser detenido apenas asomar la nariz a la superficie! Sus amigos esperaban, era la única salvación... ¿Qué iba a ocurrir si fallaba su estratagema? ¡Dios bendito!

El hombre -un hercúleo terrestre que le pasaba toda la cabeza- seguía mirándole con ojos inexpresivos, casi con estupidez de idiotizado. En realidad -aunque Syd desconocía la verdad- era un idiotizado.

Una máquina orgánica. Una paradoja viviente. Uno de los autómatas humanos de Tonsleep y por el cual se habría dejado matar sin objeciones ni lamentos. El esquelético Robine los definió acertadamente poco antes, cuando explicó a los estupefactos Fay y Savery, en el refugio:

-Cierto. Nosotros les hemos cortado la lengua como medida de seguridad. No podrían revelar ningún secreto... ni siquiera explicar lo ocurrido en este refugio en el supuesto de que les interrogase dentro de algunas horas. Igualmente, se les extirparon los nervios auditivos... También su voluntad nos pertenece. Una droga extraordinariamente curiosa les anula... y borra de su mente cuanto presencian al poco de transcurrido. No saben escribir. No recuerdan ni su propio nombre. Ignoran donde nacieron, donde viven y donde morirán -sonrió, despiadado-. Lo ignoran todo... Casi podríamos considerarles cadáveres. Cadáveres utilísimos a nuestros fines... por supuesto. Lo único que conocen es un idioma: El de las manos. Un idioma sin características afines con ningún otro. Nos adoran. Nos veneran. Mueren felices por nosotros... Son soldados... Soldados perfectos. Auxiliares sin igual en el Cosmos. Verdaderamente, inapreciables. Pero... -se interrumpió-. Temo que estoy hablando más de la cuenta. Unos pobres sordomudos y locos no merecen el esfuerzo.

La espeluznante verdad era ignorada por Syd. No obstante, debido a sus portentosas dotes de observación, captaba algo raro, indefinible, en el aspecto de aquel gigante armado. Su cara poseía la inescrutabilidad de una roca... o de un hipnotizado.

El joven todavía cerraba la diestra en torno a la garganta del protofusil

que fue a recoger apenas vestirse el equipo. Las presiones de su agresor parecían darle a entender que lo entregase sin resistencia. Al volverse a mirarle -para localizar exactamente su colocación- Syd vio el gesto imperioso de su mano izquierda. Pese a la ausencia de sonidos articulados, parecía ordenar:

-¡Entréguese! ¡No hay escapatoria, Syd Powder!

No le intimidó su corpulencia ni la ventajosa situación que disfrutaba a su espalda. Enarboló el protofusil lentamente, con ademán abatido y dándole a entender su clara intención de rendirse, pero... ¡Movió el brazo velozmente y asestó un culatazo en pleno pecho del hombretón! ¡El golpetazo bastó para hacerle trastabillar!

Sin duda, motivada por la sorpresa, hubo una contracción en los dedos. Al oprimir el disparador, prodújose un estallido eléctrico y surgió una descarga cegadora del arma... ¡que fundió al instante un metro cuadrado del hielo galáctico de un bloque! Si en vez del bloque hubiese alcanzado a Syd... ¡ahora estaría desintegrado! ¡No cabía dudar de sus intenciones!

Acto seguido, apenas descargar el violento culatazo, Syd utilizó el protofusil como maza y aplicó un golpe seco en las rodillas de su adversario. Sabía que el cuerpo, y las extremidades, constituían los únicos lugares vulnerables a la percusión; puesto que la cabeza hallábase superprotegida por el yelmo inastillable e imperforable.

La contundencia del nuevo culatazo le obligó a proferir un gruñido sordo, ominoso, gurguritado con tan siniestra improvisación que más parecía brotado de una fiera carnicera. ¡Estaba enfurecido! ¡Ah, si hubiese podido abrasarle de una electrodescarga!

-¡Aún no me has atrapado!... musitó Syd con los oíos brillantes.

Desde luego. ¡Y no iba a ser tarea fácil!

El ciclópeo servidor de Tonsleep, cojeando, levantó el arma. A tan corta distancia, en aquel cuerpo a cuerpo feroz, no existía posibilidad de apuntar y disparar. ¡Pelearían a mazazos, igual que trogloditas prehistóricos!

Resultaba incongruente, y fascinador, que en plena Era Interplanetaria, repleta de logros científicos, dos seres se batiesen con el desesperado primitivismo de sus hermanos raciales más remotos. Syd, exacerbado, propinó otro golpe en los hombros del coloso. Pero ahora ya estaba prevenido ante sus ataques y lo encajó inconmovible, igual que si fuese una gran montaña de carne y hueso. Su réplica, violentísima, alcanzó al joven en la cintura, debajo de las costillas falsas, y le dejó unos instantes sin aliento.

-¡Uff! -jadeó- ¡Maldito intruso!...

¡Crack! Otro culatazo acababa de lastimarle el antebrazo izquierdo, tras resbalar contra la superficie pulida del yelmo. Otro envión falló por

milímetros, chocando en un bloque de hielo, del que arrancó menudos fragmentos gélidos. ¡Aquello era una némesis pegando a diestra y siniestra! Buenos músculos, aunque... ¡mala puntería!

Syd tuvo el tiempo justo para saltar de costado y evitar así recibir el que ahora se abatía sobre él con terrible fuerza. Por contra, agilísimo, hizo girar el protofusil y asestóle un furioso porrazo en los riñones. Sonó a hueco... y a demoledor.

Gruñó de nuevo, exasperado. ¿Qué forma tan extraña de pelear era aquélla? ¿Cuál la técnica idónea? La resistencia ofrecida le desorientaba. ¡Nunca tropezóse con un adversario igual! Tenazmente, Syd repitió el ataque. La espalda era, sin duda, el Talón de Aquiles del gigante, porque gimió y se corcovó dolorosamente. Sin darle tiempo a reaccionar, la culata batió su cuerpo despertando sordos ecos de cada impacto.

La pelea los agotaba. ¡Qué ritmo tan brutal! Existía, también, un factor imprevisto representado por el resbaladizo suelo, en el cual patinaban las pesadas botas de gravitación. Costaba mantener el equilibrio y, desgraciadamente, Syd fue el primero en perderlo. Ocurrió de súbito.

Aquel sujeto fortísimo descerrajó un mandoblazo con toda la potencia de que era capaz. Syd, elevando el fusil sobre su cabeza, consiguió interceptar el golpe; pero el ímpetu que llevaba era tal... ¡que salió despedido hacia atrás! ¡Arrollado!

Resbalaron sus botas. Sintióse deslizar de lado, imparable. Quiso asirse a una cornisa... ¡y soltó el arma! En menos tiempo del que se invierte en narrarlo cayó de bruces, rodando por el suelo cristalino de los cantiles.

El hércules cargó hacia él. ¡Lo desharía a golpes! Syd no disponía de nada con que hacerle frente. ¡Hasta el fusil, deslizándose, hallábase a varios metros de distancia, fuera de su alcance! Impeliéndose con las palmas de las manos se incorporó de un brinco. Ante él, llameantes las pupilas, avanzaba el gigante. ¡Levantaba los brazos! ¡Iba a hundirle el cañón del arma en el pecho, trinchándole como a un pollo!

Syd no se detuvo en consideraciones. Se zambulló hacia adelante raudo, embistiendo locamente. El cabezazo conectó un impacto brutal en el estómago del hombre, que se encogió y expelió un bufido ronco. ¡También el arma había escapado de sus manos! ¡Otra vez en igualdad de condiciones!

Tambaleándose, escocido además por el humillante fiasco, dio unos cuantos pasos desmazalados. ¡Syd continuaba en guardia! ¡Y repuesto del contratiempo! Tomando empuje y reuniendo energías, saltó sobre él, pegándole a la espalda con la adherencia proverbial de la consabida lapa. ¡El conducto respiratorio sobresalía del yelmo!

Syd vio el cielo abierto. ¿Cómo no había reparado antes en una cuestión tan vital para el ser humano? Mientras el coloso se debatía improvisando

sacudidas para librarse de él, agarró con ambas manos, fuertemente, el tubo plastificado... ¡y apretó hasta unir las paredes!

Algo semejante a un rugido brotó de aquella garganta extraña. ¡Qué silencio, Dios! ¿Por qué no maldecía o se quejaba a gritos? Nada. ¡Mutismo enloquecedor! Las zarpas de oso pugnaron por desprenderse del joven; pero Syd, dueño de la situación, mantúvose pegado a él, colgante... ¡sin dejar de oprimir el tubo!

La falta de oxígeno implicó en seguida un cambio radical. Aunque no lograba verle, percibió como cosa propia sus estremecimientos nerviosos. Una de las piernas le falló, temblequeante, y no tardó en apoyar ambas rodillas en el suelo.

Enlerdado, jadeante y desfallecido, la mole humana representada por aquel hombre corpulento se desplomó de golpe, igual que anuladas todas sus fuerzas de raíz. ¡Pero Syd continuó en su puesto, sin soltar el tubo salvador! ¡Rematando la victoria!

Los estremecimientos parecían agónicos. Debía estar con los ojos a punto de escapársele de las órbitas. Cesaron los gruñidos. Las manos, palmoteando en el aire, cayeron al fin inánimes. Todo él, de cabeza a pies, se distendió y quedó aplastado sobre el hielo, inmóvil. ¡Había perdido el conocimiento!

Syd, todavía dudando de su triunfo veloz contra aquel Goliat interplanetario, permaneció a horcajadas unos instantes más, sin soltar el conducto de oxigenación. La obstrucción del paso garantizaba su fase pasiva. Aunque, en verdad, no debía prolongarla demasiado, puesto que corría el riesgo de matarle por asfixia.

Abrió los dedos, poco a poco, dejando que el aire volviese a penetrar en el yelmo. Dado su vigor físico no tardaría en recuperarse totalmente. Claro que para entonces -y alertado por la sorprendente experiencia- el joven se encontraría ya a mucha distancia del lugar, presto a no dejarse sorprender otra vez. ¿O debía quedarse allí, esperando el regreso de la consciencia de su enemigo? Lo pensó. ¿Qué ganaba aguardando? No mucho. Lo que pudiese explicarle el gigante lo imaginaba sin esfuerzo. Y por otra parte, conservarle prisionero sería un impedimento no menudo. Lo mejor, lo obligado, era carecer de lastres. Necesitaba libertad, no entorpecimientos.

Optó, pues, por dejarle donde estaba, a su libre albedrío. Que ofreciese a sus jefes la versión del asunto más conveniente. A lo mejor, contribuiría a atemorizarles. Los misterios siempre oprimen... especialmente en los extraños mundos del espacio. ¡Y hasta puede que no le creyesen!

Así lo hizo.

Recogió el protofusil y, procurando cubrirse tras las crestas de hielo, alejóse del caído a buen paso. Su objetivo inmediato cifrábase en el refugio; o por mejor decir, en las cercanías del mismo. Hasta el inhóspito

Phoebe y el inmenso firmamento bruno le resultaban más hermosos. ¡Qué bella y sugerente es la libertad!

De nuevo estaba en condiciones de proclamar a los cuatro vientos su regreso. Y Syd Powder regresaba para salvar a los cautivos. ¡En el empeño pondría toda su tenacidad!

CAPÍTULO II
Amarga resurrección

El profesor Savery fue el primero en abrir los ojos. Lo hizo trabajosamente, como si cada párpado le pesase toneladas.

De inmediato, la visión no resultó nítida. Juzgó que todavía se encontraba débil, medio desarticulado, tras la salvaje radiodescarga de la pistola de Tonsleep. Progresivamente, en cuestión de segundos, sus sentidos ópticos adquirieron precisión, ofreciéndole una visión clara y perfecta de cuanto le rodeaba.

Seguía en el refugio del campamento, lo cual, revirtiendo sus recuerdos hacia el punto de partida, consideraba totalmente lógico. Recordó también, la discusión; las amenazas de Tonsleep; y, finalmente, su promesa de estrangularle. Entonces fue cuando el gordo déspota disparó, fulminándole. Creyó que sería la muerte instantánea, pero -esto era innegable- hallándose con alientos aún, cabía pensar en una milagrosa resurrección. No exenta de un tinte amargo, por supuesto.

Vio a Fay Shellon tumbada a su lado. ¡Se atrevieron a dispararle también! ¡Los muy cana...!

-No necesita sus auxilios, profesor -advirtió la voz desagradable de Robine-. Despertará dentro de un momento. Igual que usted.

-¿Por qué lo hicieron? -preguntó Savery con acento inseguro.

-Por la misma razón que el señor Tonsleep se vio obligado a dispararle a usted. No supieron acoger dócilmente el cautiverio. Den gracias a Dios, ya que mi señor sólo les aplicó un correctivo leve.

-¿Leve? ¡Un cuerno!

-Téngalo por seguro. Una radiodescarga de cierta intensidad; pero inofensiva. De haberlo deseado, ahora estarían convertidos en pavesas orgánicas. Por el contrario, pasados los efectos, su persona no ha sido afectada en ningún órgano vital.

-Así es -corroboró el budescamente adiposo Tonsleep-. Espero que el castigo les haya servido de escarmiento y contribuya a dotarles de la necesaria cordura. Especialmente a usted, profesor. Después de la experiencia, podremos hablar con calma.

-Mi actitud no variará ni una coma. La experiencia, como usted dice, ha sido bastante dolorosa; pero en el fondo, estaba persuadido de que no me mataría... porque le soy muy necesario, Tonsleep. Sin mí, y pese a haber descubierto los semilleros de "flores de vida", continúa incapacitado para explorarlos debidamente. Como le dije antes: ¿Podría usted solo distinguir las "Fibroae floricultasis" entre la flora lujuriante del fondo de los mares? ¡No!

-Le veo muy retador. Demasiado. Y ahora se equivoca de medio a

medio, profesor. Conocemos perfectamente cómo son esas “flores”... ¡Y disponemos de valiosas muestras!

-No lo creo.

-Demuéstraselo, Robine. El profesor es de los que sólo se rinden ante la evidencia.

Robine asintió con untuosa complacencia y anduvo hacia las bolsas de recolección que los servidores enviados para registrar los contornos habíanle traído.

En ellas se encerraban los brotes cosechados en el submar poco antes de que la Phobolea atacase al grupo de Savery y engullera al desgraciado especialista Lyman. Tonsleep estaba en lo cierto. ¡Poseían muestras! Al parecer, la partida volvía a inclinarse del lado contrario al de los prisioneros.

Mientras ejecutaba la operación, Savery contempló atentamente a sus captores, acaso con el mismo interés que si fuese aquella la primera vez que los veía,

Robine, flaquísimo hasta la exageración, seguía pareciéndole un esqueleto animado de vida. Los saltones e inquietos ojos, los pómulos descarnados -como pugnando por escaparse de su cara seca- y la boca de labios finísimos, contribuían a dotar a su aspecto de un marcado aire repulsivo.

Tonsleep, por contra, era la antítesis de su lacayesco lugarteniente. Vestía enteramente de azul, cubriendo con riqueza sus carnes pródigas y grasas. Bolsas adiposas colgaban de sus mejillas y se acumulaban, en abultamientos, debajo de los porcinos ojos. No había piedad en el brillo de éstos; sino todo lo contrario: Crueldad extrema. Un diamante fantástico, igualmente azul, refulgía en el anular de su mano izquierda. Piedras como aquélla pregonaban en el espacio la riqueza inmensa de las minas del satélite Rhea, de cuyas entrañas fue extraído.

En un extremo del refugio, con los potentes y bien musculados brazos cruzados ante el tórax hercúleo, esperaba órdenes uno de los servidores de Tonsleep.

El guardaespaldas sordomudo y moralmente esclavizado -verdadero muñeco humano- vivía la situación enteramente ajeno a ella. Aislado de todo, mirándoles con pupilas vacuas, asistía a la conversación con pétreo continente. Mientras el viejo Savery le observaba de soslayo, recordó que eran dos los soldados de Tonsleep que les capturaron. Sí. ¡Una pareja, no había duda! En tal caso... ¿qué sucedía con su compañero? ¿Dónde estaba? No le veía por parte alguna y esta ausencia -relacionándola con los propósitos de Syd Powder- contribuía a inquietarle.

-¿Se convence ahora? -preguntó Robine, mostrándole un puñado de semillas amarillas.

-¿Dónde las obtuvieron?

-¡Qué ingenuo! -rió el esquelético lugarteniente- ¿Es que no le inducen a sospecharlo las bolsas? ¡Nuestros hombres las trajeron de la batisfera, que continúa flotando en medio del boquete!

-¿Se atreve a negar la evidencia, profesor? -agregó Tonsleep.

-No -el viejo inclinó la cabeza-. Pero es difícil recolectar esas semillas. Ya conocen lo sucedido a Lyman... y a Powder.

-Usted nos ayudará en la empresa.

-No se haga ilusiones, Tonsleep.

-¡Claro que sí, amigo! Y presumo que su colaboración será muy destacada. Verá qué sencillo es convencerle. Usted, y todos los miembros vivos que integran su grupo, se encuentran en nuestro poder. Disponemos de medios asaz persuasivos. ¿Cree usted que la capacidad de sufrimiento en el ser humano es ilimitada? Al contrario. Nosotros, los terrícolas, somos de una fragilidad corporal... muy envidiable para casos como el presente. Quebrantaré su voluntad en poco tiempo. Tendrán que acatar mis órdenes... y hasta sospecho que lo harán con gusto.

-Tal vez.

-Seguro. He aguardado esta oportunidad durante años. ¡Oh, las "flores de vida"! ¡Qué fascinante asunto! Me subyugó desde el momento que oí hablar de ello. Mi fortuna me ha permitido organizar las cosas a conciencia... Hace apenas un mes, cuando ocurrió el desdichado incidente con Denon, ignoraba lo esencial de todo este tinglado maravilloso. Ahora, en cambio... ¿no es sorprendente y alentador? Sé que las "flores" se crían en Phoebe. ¡En los honduras de sus mares! Esto es algo que por sí solo, envanecería a cualquiera. ¡Un secreto espacial tan celosamente guardado! Pero mi modesta honradez impide todo envanecimiento, profesor... Además, le tengo a usted en mi poder. ¡El triunfo es palmario!

-Tendrá que matarme para obligarme a secundar sus planes. Lo jocoso del caso es... ¡que muerto no le sirvo!

-No habrá necesidad de eliminarle... por el momento. Usted Se avendrá a razones. Detesto causarle daño, ésta es la verdad. La labor científica despierta mi admiración y siempre resulta penoso lastimar a quienes admiramos. Ya lo vio. No tuve otro remedio que dispararle para frenar su exaltación... y todo se redujo a una fuerte experiencia radioeléctrica. Le conmocioné hasta privarle del conocimiento. Nada más. Igual que si un rayo sintético hubiese atravesado su cuerpo, purificándole rudamente, y escapando después... Bien sabe usted que habría sido fácil apretar a fondo el disparador y enviarle una descarga carbonizante... Pero pese a mi benignidad, las cosas cambiarán de cariz si persiste en sus negativas. Recuerde que todas las ventajas están de mi parte.

Savery fue a replicar algo; mas se contuvo. La bellísima Fay Shellon,

musitando un gemido leve, daba señales de vida.

Parpadeó. Ladeó la cabeza. Pasóse una mano trémula por la frente, como si le atormentase una legión de encrespados pensamientos y el ademán incierto contribuyera a borrarlos. Después, atendida por el astrobotánico que había corrido a prestarle su apoyo, logró incorporarse.

-Syd... -murmuró automáticamente.

-¡Chist! -atajó Savery, presionándole los hombros con dedos nerviosos-. ¿Se encuentra mejor, Fay? -preguntó acto seguido en voz alta, para desviar la atención.

-Un poco aturdida, pero... -miró en torno, desorientada-. ¿No habíamos muerto, profesor?

-El "bondadoso" señor Tonsleep desea conservarnos vivos un poco más. Sólo quiso asustarnos. Aunque, en realidad, no sé si el cambio va a beneficiarnos en algo.

-¿De qué hablan? -preguntó Robine, aleccionado por un gesto de su jefe.

-Estamos conspirando para ensartarle con un tridente -gruñó el viejo-. Écheme una mano, Robine. La señorita aún se encuentra débil.

-Acabará reponiéndose del todo... en mi astronave -terció Tonsleep, falsamente solícito-. Un hermoso palacio volante... digno de la belleza de nuestra invitada de honor -volvía a mirarla igual que antes, con voracidad de hambriento ante un exquisito manjar-. ¿Podré perdonarme alguna vez la descortesía de haberle disparado, señorita Shellon? Parecía una fierecilla enfurecida al pretender saltar sobre mí. Tuve que hacerlo.

-Es usted el ser más abyecto que he conocido nunca... No... ¡Jamás le perdonaré!

-Jamás es una palabra estúpida, señorita. Haré cuanto esté en mi mano para que cambie de opinión... pronto. Y a despecho de sus sentimientos.

Fay, apoyada en los brazos de Savery y Robine, fue trasladada a uno de los asientos. El descanso, empero, no iba a prolongarse demasiado, ya que Tonsleep, devolviendo la pistola de cañón cónico y protuberancias bórnicas superiores a los disimulados bolsillos de su túnica azul celeste, decidió:

-Establece contacto con Número Cuatro. Regresaremos a la nave. Ahora que ya está completa la redada, lo que nos resta por hacer... no tiene nada que ver con este incómodo refugio.

-Sí, señor.

El profesor y Fay, en silencio, se miraban. ¡Cuántas cosas latían en la luz de aquellos oíos engarzados por la complicidad! Los de ella expresaban anhelo desmedido. Un ansia irreflexiva de saber. Savery parpadeó y curvó los labios imperceptiblemente, calmando su intranquilidad. Aunque no murmuró ni una sola palabra, sus pupilas parecían decirle:

-No, pequeña. Seguimos sin noticias de Syd. Ellos se han tragado el

cebo y creen a pies juntillas que murió. Al menos, por esa parte, Syd vivirá sin acosos. Podrá moverse a su antojo. ¡Y pronto tendremos noticias suyas! ¡Le conozco como si fuese su propio hermano siamés!

-Dios le escuche... y proteja a Syd -replicó ella utilizando la misma clase de mensaje ocular.

Robine, valiéndose del ignorado idioma dactilar, movía las manos y trazaba signos en el aire. El servidor inclinado contra la pared, descompuso en seguida la actitud abúlica. Sujeto a la muñeca izquierda llevaba una especie de minúsculo reloj cuadrado -al verlo, los terrícolas asociaron el aparatito con la micro -emisora del bestial y desaparecido Walter -, cuya corona se hallaba representada por dos pequeños resortes de cabeza dorada. Presionó uno de ellos y aguardó. Fay y el astrobotánico aguardaron también, conscientes de que el reloj a larga distancia serviría para entablar contacto con el compañero ausente. Tonsleep, resaltando la preparación declarada desde tiempo atrás, no había descuidado detalle y, sin duda, la provocada sordomudez de sus guardaespaldas no constituía obstáculo para entenderse con ellos aun fuera de los límites visuales delimitados por el idioma manual.

La espera tuvo visos galvanizantes. A juzgar por la perpleja expresión reflejada en el rostro canijo de Robine, la respuesta debía llegar instantáneamente. Los primeros segundos de silencio marcaron un paréntesis inexplicable para él y, respecto a los prisioneros, sintiéronse dominar por la excitación. El servidor, mecánicamente -nunca mejor designado su acto, por lo impersonal- repitió la pulsación. De pronto, volviéndose para mirar a Robine con ojos tristones, levantó la mano derecha y movió el dedo pulgar.

-No... no responde -tradujo la calavera servil-. ¡Número Cuatro no responde, señor!

-¡Imbécil! -barbotó Tonsleep entre temblores de grasienta sotabarba-. ¿Qué le habrá ocurrido? ¡No se puede confiar en estos mamarrachos!

-¿Si prefiere que envíe a Número Tres en su busca...?

-¡No hace falta! -atajó-. Está claro que nunca debemos dejarles solos. En parejas parece que actúan con mayor inteligencia. ¡Habrá caído al submar o resbalado por cualquier cantil de hielo! ¡Imbécil! -repitió con furia- ¡Vámonos!

-¿Sin esperarle?

-Después enviaré a recogerlo... si es que queda algo entero de su despreciable persona. Avisa a la nave. ¡Que envíen un “carrículo” en seguida!

-Sí, señor.

Fay y Savery se miraron con disimulo, ilusionados. ¡Syd Powder! He aquí un hecho fehaciente -al menos para ellos- que no admitía réplica.

¡Buenas noticias! Había salido del proceloso submar... ¡y comenzaba la ofensiva vengadora! No estaban solos. ¡“Syd, querido, cuánto te echamos de menos”!

La joven sintió que sus ojos se humedecían con lágrimas de ternura y amor. Savery, consciente de la emoción que la embargaba, cerró los dos dedos, en torno a su mano, comunicándole alientos e instándole a no dejar entrever lo que sentía. ¡Les iba en ello la vida! Blako Tonsleep debía seguir ignorando la verdad, porque sólo mientras creyese que Powder pereció en las profundidades y que el tal Número Cuatro era un redomado inútil, accedería a regresar a su astronave sin mayores averiguaciones. ¡Viviría tan desprevenido como en estos momentos!

El guardaespaldas, cumpliendo las órdenes accionadas por Robine en aquella lengua sin sonidos, habíase puesto en conexión con los individuos que aguardaban en la espacionave fantasma. ¿Serían muchos? ¿Contra qué clase de enemigos debería batirse el valiente y solitario Powder? ¿Se hallarían sus camaradas -los restantes componentes del grupo científico- con vida... y “mentalmente” sanos?

Incógnitas para los prisioneros. Excesivas. ¡Hubiesen querido despejarlas de un papirotazo, sin dilaciones! La misma situación en sí era una tortura. ¡Si al menos les hubiesen dado tiempo a comunicar en la base de Saturno que eran objeto de un ataque insospechado!

Pero Tonsleep supo aprovechar la sorpresa y la disyuntiva planteada por la división del grupo.

Anuló la energía del campamento, valiéndose del fabuloso “magnocatapólico”, y capturó a los que aguardaban en superficie mientras ellos cuatro -Fay, Savery, Lyman y Syd- realizaban la recolección de semillas con ayuda de la batisfera extrarreforzada. Dividir las fuerzas siempre, desde los más remotos tiempos, ha sido un sistema eficaz de debilitar al enemigo. Tonsleep puso en práctica el plan y los capturó a todos.

Bueno... A todos menos a Syd Powder, que no vaciló en jugar la carta más arriesgada. ¡Ojalá el riesgo fructificara de la forma que tanto anhelaban!

-Acaba de salir el “carrículo” -anunció Robine.

-Bien -el gordo emitió un suspiro fatigado-. Adviértele a Número Tres que vaya recogiendo los utensilios de nuestra propiedad. Cuando regresemos a la nave le daré un descanso de varias horas. Parece cansado.

-Lo está, señor. Demasiadas emociones para su pobre cerebro. Agradecerá la calma.

Robine trasladó las instrucciones al servidor, cuya designación habitual parecía ser aquella de Número Tres. Tonsleep, dignándose mirar a sus prisioneros, mostróse explícito.

-Éste es uno de los inconvenientes, o males, que aquejan a mis hombres -dijo-. El cansancio es algo contra lo que no puedo luchar. Una lástima, porque, aparte esto, son los más fieles auxiliares que un jefe inteligente aspiraría a poseer. No reclaman nunca nada y obedecen sin importarles el peligro, las situaciones o la deficiencia mental que siempre les deja en inferioridad de condiciones ante los restantes humanos que no han sufrido ningún tipo de transformación quirúrgica. El hecho de que no sean muy listos importa poco; su vigor físico y su sumisió, es lo único que utilizo para mis fines. Ya les explicó el amable Robine lo más primordial sobre ellos, ¿recuerdan? Hasta tal punto han llegado a ser la negación de un ser humano, que es inútil intentar traer a su memoria los nombres propios. Por ello, los designamos mediante un sencillo orden numérico. Apostaría que les encanta.

-¿Dispone de muchos... engendros de éstos... a su servicio?

-De varios -contestó Tonsleep evasivamente-. Los suficientes. Muchos, sería arriesgado. ¿Quién asegura que un día no se revolverán contra mí impulsados por su estúpida locura? Pocos, en cambio, sería un desastre. Mi nave necesita personal para que atienda a todas las necesidades. Además, también mi plan de conquista requiere gente. He traído una escuadra. Los otros esperan instrucciones en mi base particular de Japetus.

“Japetus -meditó Savery -, el satélite bellísimo y accidentado de Saturno, cuyo diámetro es casi igual al de la mitad de la Luna terrestre. La vida en él es factible, lo mismo que en muchos asteroides del Reino de los Guijarros. O sea, sin apuros. Conviene que anote este dato importantísimo en mi cerebro. ¡Lo ha dicho al desgaire, sin darle importancia!... Quizá pronto termine el cautiverio y...”

-¿En qué piensa, profesor? -preguntó Blako Tonsleep-. Le veo ensimismado.

-En su ambicioso proyecto. Nunca logrará realizarlo. La Tierra constituye un enemigo poderoso.

-Yo también lo soy. Si es necesario llegar a las manos... nos enfrentaremos. Poseyendo las “flores de vida” mi poder se habrá centuplicado increíblemente. Contaré con innúmeros adeptos que se agregarán a mi causa si lo solicito. Y con ellos, vendrán sus fortunas. Crearé un cisma cósmico. Seré invencible. Hasta los gobernantes del Universo, de todos sus mundos y mundillos, me rendirán pleitesía. Es posible que los propios dirigentes terrícolas, los cuales ignoran que existe tamaño portento vegetal, sientan la punzada cosquilleante del rejuvenecimiento. ¡Correrán a postrarse a mis plantas, profesor!

-¿Cree que hay “flores de vida” suficientes para surtir al Cosmos entero?

-No. Eso ya lo sé. El Gobierno de la Tierra se encarga de racionarlas

implantando un injusto régimen de selección hacia sus individuos más calificados. ¡Yo acabaré con esa injusticia!

-Para cometer otras mayores, supongo.

-Todo el que pueda pagar su ración... ¡tendrá el elixir!

-Los ricos no siempre son los más útiles. Su imperio se hundirá apenas levantado. Le enterrarán en un ataúd de oro y platino. ¿Es ése su deseo?

-Siento desengañarle. Pero mi imperio echará raíces muy hondas. Quizá usted lo compruebe... si accede a secundar mis planes.

La puerta del refugio fue abierta entonces, impidiendo que el anciano astrobotánico arguyese nuevas temáticas en contra. Dos hombres igualmente corpulentos, armados con armas nucleares y muy erguidos dentro de sus equipos espaciales, cruzaron el umbral con rapidez. Robine accionó los controles internos, cerrándola en seguida para evitar que se alterase el ambiente atmosférico.

-Vístanse -ordenó Tonsleep, huraño-. Seguiremos las discusiones en mi astronave... aunque yo espero que allí lleguemos a un perfecto acuerdo.

Iban a emprender viaje a bordo del “carrículo” que los trasladaría a la supernave del desalmado. Fay Shellon no pudo evitar un estremecimiento. Savery, retador, volvióle a Tonsleep la espalda despectivamente.

CAPÍTULO III
Fantástica experiencia

Syd Powder eligió una ancha grieta en el suelo helado para observar de cerca lo que ocurría en el refugio del campamento. Desde la resquebrajadura, oculto perfectamente, no perdió detalle de los acontecimientos.

El corazón le decía que allí dentro, domeñados, se hallaban Fay y el profesor., Los otros dos barracones que componían el "puesto" satelital de Phoebe no reunían condiciones y, además, estaban ocupados.

En el más pequeño se guardaban las maquinarias. De él sacaron la tetraperforadora astral que abrió el boquete en la costra polar que cubría los llanos de Phoebe, bajo los cuales se escondían los submares y sus semilleros de "Fibroae floricultasis". El mayor correspondía enteramente al técnico en robótica Blue. Dentro se alojaban los dos "super -robots" de combate que servían de elemento protector a la expedición. En ninguno de los barracones existía oxigenación gradual ni termoaclimatación. Así, pues, de fijo, los captores y sus cautivos debían ocupar el refugio acondicionado.

Syd necesitaba llegar a una bien coordinada composición de lugar antes de lanzarse a rescatar a sus amigos. Además, precisaba conocer la calidad y cantidad de las fuerzas enemigas. Sólo de esta forma, bajo semejantes condiciones, existirían algunas garantías a su favor. Por ello, decidió estudiar el terreno tintes de pisarlo abiertamente, y escogió la grieta para iniciar la observación, ya que su colocación y cercanía al refugio la convertían en ideal atalaya de espionaje.

El convencimiento pleno de que no había sufrido error en sus deducciones, lo tuvo al poco de permanecer al acecho. La idea del hombre con quien tuvo que luchar hasta lograr reducirle privándole del oxígeno no se apartaba de su mente. Como él habría bastantes más. ¿Una docena? ¿Dos? ¿Cien enemigos? No lo sabía. Y esta ignorancia bastaba para forzarle a adoptar precauciones elementales.

Cuando el pequeño y oblongo trineo volador -el "carrículo" solicitado por Tonsleep- hendió el espacio silbando y se detuvo, planeante, frente al refugio, Syd empezó a comprender que sus posibilidades de triunfo eran exiguas. Un protofusil, realmente, no es arma para oponerse a los tubos lanzacohetes de que el vehículo alado estaba provisto. Sin embargo, tenía un plan.

Una perspectiva halagüeña que se incubaba en su cerebro y tomaba forma concreta. El hecho de que fuesen a recoger a los ocupantes del refugio significaba que no tardarían en desalojarlo. Cuando esto aconteciera, quedaría en perfecta libertad de acción. Nada impediría su entrada en el segundo barracón -el de los "robots"- para intentar

familiarizarse con los intrincados instrumentos teledireccionales de Blue. Si la prueba y la familiarización tenían éxito... Bien. ¡Las circunstancias variarían notablemente!

Desde el natural observatorio agazapado, vio a los hombres que entraban en la construcción. Después, al poco, la puerta fue abierta de nuevo, y por ella salieron varias figuras enfundadas en trajes de vacío... ¡entre las que distinguió a Fay y al profesor!

Tuvo que morderse los labios para no gritar y fue terrible el esfuerzo de contención, porque de buena gana habría corrido hacia sus amigos para abrazarles alborozadamente.

Presenció su instalación en el "carrículo". Un chorro de gases blancos, surgiendo por las toberas, salió despedido hacia atrás al tiempo que el vehículo saltaba con portentoso impulso. Escuchó el silbido a través de los "captadores" y vio esfumarse en la distancia el puntito móvil en que se convirtió al instante de emprender la marcha.

Enfiló rumbo hacia las cordilleras heladas del fondo, tras los cantiles, donde sobresalía el "cono" de la astronave adversaria.

Era suficiente por el momento y, abandonando la grieta encubridora, encaminóse al barracón destinado para los servomecanismos de Blue.

Entró en él sin dificultad.

Dentro de unas piezas protectoras de vitreoplástico halló, firmemente plantados sobre los grandes pies, al par de gigantescos autómatas de combate. Se detuvo ante ellos, y los examinó, curioso.

No era ésta la primera vez que les echaba la vista encima ni acaso -contando con que saliesen indemnes de la aventura- sería la última. A pesar de ello, su aspecto imponía. Eran enormes, macizos, de cabeza compacta y miembros colosales.

A diferencia de otros servomecanismos diseñados y adaptados para usos domésticos, en ellos habíase eliminado todo vestigio de belleza. De líneas duras y rectas, inexpresivos, parecían alcanzar una altura mucho mayor que la otorgada por sus casi tres metros de alzada. Los pies eran de forma circular, planos, adaptables a cualquier clase de terreno. Las manos no existían. El extremo del brazo lo formaba un remate tubular, de boca platinada. ¡Los nuclocañones! Y las cabezotas redondas, sólidas, parecían desafiar con su fortaleza cualquier tipo de impacto bélico. Impresionaban como esas maravillas naturales que sobrecogen al hombre con la simple contemplación. Pero ellos no eran producto de la Naturaleza, sino artificiales. Ingenios del Hombre para proteger al Hombre.

-Espero mucho de vosotros, amigos -les dijo-. Sé que no podéis escucharme; pero necesito hablar un poco en voz alta o acabaré loco. ¡Estoy tan solo desde que se fueron Fay y el profesor! Allá, en las honduras líquidas, creí hallarme un infierno frígido y mortal. Tampoco esto de aquí

es agradable, ¿sabéis? Nubes de amoníaco, de hidrógeno, explosiones químicas... ¡Y continúa la soledad!

Mientras hablaba, empezó a despojarlos del recubrimiento de vitreoplástico. Sus cuerpos bruñidos resplandecían a la luz. La sensación impresionante no desaparecía. ¡Cuán formidables en su mudez agresiva!

-Tenéis que ayudarme -continuó-. Blue, nuestro técnico, ha caído en poder de esos miserables. Y también los demás del grupo. Sólo quedo yo. El único... porque me creen muerto. ¡Bien! -dio unos pasos atrás, examinándolos-. El problema no ha terminado todavía. Me propongo irritar a esos tipos hasta obligarlos a salir de su astronave, ¿entendido? Entonces, entraréis en juego vosotros. Dos cañonazos... ¡y polvo orgánico! Pero, la verdad, es que nunca me he preocupado de la robótica y desconozco el manejo de los controles que os teledirigen. Ahí está la enjundia de la cuestión... ¿Cómo transformaros en eficaces? ¿Sabré hacerme obedecer apretando los botones? Yo... yo tengo mis dudas, claro. Jamás me he metido en semejante enredo. Haré la prueba. Espero que la experiencia... pueda contarla. ¡Sed un poco dóciles, amigos!

Los rostros de metal siguieron inconmovibles ante la súplica de Syd. La lisura de su faz, unida a la redondez craneana, no prometía la menor consideración. ¡Ah, si Blue hubiese podido echarle una mano o dedicarle un segundo para instruirle en el somero manejo! Pero ni Blue -ni nadie- le reportaría ayuda. Debía proseguir la misión elegida sin otra inspiración que la propia... y la esperanza puesta en Dios.

Junto a los “robots” destacaba la gran caja de mecanismos. Syd, por ejemplo, conocía algunas cosas... de oídas. Ahora, trataba de recordar hasta los más fútiles detalles en un buceo exasperante por los rincones de su imaginación. Oía la voz de Blue, rememorando una conversación acaecida tiempo atrás, diciéndole:

-Esta caja se llama “robotélico”. Es lo que podríamos llamar el “corazón” de esas máquinas, Powder. Gracias a la energía que dimana de ella conseguimos infundirles vida y dotarlos de movimientos. Conociendo el exacto manejo de los controles, usted puede hacer cualquier cosa con un autómata. Oprimiendo el botón central los pondrá en funcionamiento. Si alguna operación requiere que actúen a distancia del “robotélico”, le bastará con proveerse de una de las tablillas portátiles, no mayores de cinco centímetros, con las que ordenará sus actos. Desde luego, siempre las llevamos al salir de expedición... No corte el encendido del “robotélico”... Las tablillas son para teledirigidos lejos del refugio. ¡Cuidado en el momento de disparar!... Debe existir sincronización total entre ademanes y descargas... Es fácil... ¡Claro que usted podría hacerlo!... Requiere poca práctica... Son instrumentos muy delicados, pero... Lo esencial es mantener tranquilos los nervios... ¿No le gusta la robótica?... El día que usted desee

yo le enseñaré a...

Syd transpiraba a causa del esfuerzo. ¡Cómo se multiplicaban las gotitas de sudor en su frente! El esfuerzo, empero, no conducía a nada práctico. Sin duda, no prestó excesiva atención a la charla de Blue. Además... ¡hacía tanto tiempo de ello!

Los recuerdos se clareaban, espaciándose. Ya no estaba seguro de si los controles verdes eran para disparar los nuclocañones o para imprimir velocidad a las piernas. ¿No sería el rojo para disparo? ¿Y los amarillos? Claro, que había otros azules. Y blancos. Y negros. ¡Treinta botones convertidos en otros tantos misterios! ¡Aparte de las resistencias, los voltajes, las teleimpulsiones y los arcos graduados de estabilización!

-¡Diablos! -gruñó Syd-. Es complicado de veras... ¡Pero necesito los autómatas!

No quedaba otra alternativa que probar. De la experiencia saldría la luz.. Blue había dicho: "Es fácil... ¡Claro que usted podría hacerlo"!

Sobré estas palabras no cabían vacilaciones. ¿Lo dijo por cortesía? Tal vez. De todas formas, ante el dilema acorralante sólo le restaba empezar con el experimento. La demora no le beneficiaría a él, ni a los camaradas que aguardaban en el cautiverio. Su temperamento tampoco era de los que se inclinan a la espera como recurso. Decidió, pues, operar sin dilaciones.

El "robotélico" adquirió para él categoría épica de caja de sorpresas. Sin embargo, no tuvo dificultad en descubrir el botón central aludido por Blue. ¡La puesta en marcha! Oprimirlo equivalía a dar el primer paso hacia la experiencia excitante. Tampoco hubo impedimento alguno en encontrar las pequeñas tablillas de control remoto. Había, varias.

Deseando familiarizarse con el uso de ellas inmediatamente, tomó una al azar y la sopesó entre sus manos. El material empleado para su fabricación debía ser extremadamente denso. Una hilera de botones multicolores, diferenciados además por signos -¡malditas claves reboticas! -, constituían lo más sobresaliente del minúsculo aparatito.

-Voy a daros vida -anunció a los autómatas-. Nada de malas pasadas, ¿eh? Soy un principiante y espero que lo comprendáis. Bueno... ¡Empieza la prueba!

Pulsó el botón del "robotélico". Esperó, nervioso, tragando saliva. Nada ocurrió de momento, excepto que una microrresistencia se encendió, comenzó a parpadear con intermitencias cortas y otras dos luces posteriores, denotando telecontrol, iluminaron el panel superior de la caja. Entonces.

Zzzzzzmmmmm...

Un zumbido leve, monótono y persistente, pareció llenar el ámbito del barracón. Syd, inmóvil, aguardaba los resultados. El zumbido procedía de las máquinas, de los autómatas, y escapaba del interior de sus cuerpos

acorazados. Permanecían quietos, sólo animados por el ronroneo suave y latente. Nada en ellos, exceptuando el sonido, propalaba la prometida vida.

-Ya tenéis "sangre" en las conexiones electrónicas -murmuró-. Inducción... Palpitación de existencia. Por ahora, va bien el experimento. Veamos si acierto a daros algún movimiento. Pulsaré el botón superior. ¿Habrá algún orden progresivo?

Apretó con firmeza.

Zzzzzmmmm...

Uno de los "robots" movió el brazo derecho, muy lento. El otro, imitándole, lo hizo una fracción de segundo más tarde. Ambos brazos, articulándose, giraron en torno al cuerpo. Una vuelta. Dos. Tres. Cuatro... ¡Así continuarían a menos que variase de telerresorte!

-Basta de vueltas -rezongó Syd-. Pasemos a otro botón.

Nuevo zumbido al pulsar. ¡El brazo izquierdo se movía también! Parecían dos viejos molinos de dobles aspas, girando y girando sin cesar. Incansables, con la infatigable persistencia de las máquinas, las extremidades volteaban sincrónicamente.

-Uff... -Syd notaba los hilos de sudor resbalándole por las mejillas-. ¡Alto!

Pulsó el tercer botón -negro- y los autómatas se detuvieron. Exhaló un suspiro feliz,

-¡Magnífico! El negro es cese de movimientos. ¡Ya voy aprendiendo algo! Pero no basta -abombó el pecho, orgulloso por el proceso-. Probaremos ahora a acertar con las piernas. Necesito que os mováis...

Presionó un botón blanco y otro azul. Esperaba el resultado con terrible avidez.

Zzzzzmmmm...

Uno de los "robots" semejó vacilar sobre los pies, tambalearse. Syd contuvo el aliento. Le ocurría algo raro. Vivía una gama de sensaciones absorbentes y ultraexcitantes. A pesar de su condición humana, no obstante ser el "dueño" de aquellos servomecanismos fabricados para salvaguardar la integridad del Hombre, se sabía confundido por la ignorancia. No existía coordinación entre la mano ejecutora y los mecanismos. Se sentía disociado de ellos, igual que un niño travieso jugando a bajar palancas... ¡en un hiperdeflagrador atómico! ¿Cuándo volaría en pedazos?

-¡Pero he de tener fe en mis propios actos! -gritó-. ¡No puedo fracasar!

La voz lejana de Blue revivió en el subconsciente. "Son instrumentos muy delicados, pero... Lo esencial es mantener tranquilos los nervios". Tranquilos, ¿eh? ¡Qué fácil la recomendación en labios de un experto! Pero él...

Dejó de pensar. ¡Alerta, Syd! ¡Concentra la atención! El "robot" vacilante, incierto, movió un sostén circular. Los pies. ¡Andaba! Dio tres o

cuatro pasos por la estancia. El otro autómata, que también tambaleábase cadenciosamente, emprendió la marcha... ¡en dirección contraria!

-¡Ah, no! -exclamó Syd-. ¡No vayáis cada uno por su lado!

Pulsó el botón negro. ¡Cese! Se detuvieron. Quietos de brazos. Quietos de piernas y cuerpo. ¡Petrificados!

-Así está mejor. Necesito reflexionar... ¡Oh, necesito tantas cosas! ¿He dicho reflexionar? ¡No hay tiempo! Fay y los demás están prisioneros. ¡Prisioneros!

Fay. El pensamiento de la joven que amaba apasionadamente le infundió calma. Un hálito sedativo apaciguó los encrespados nervios. "Conociendo el exacto manejo de los controles usted puede hacer cualquier cosa con un autómata". ¡Por supuesto! Una revelación axiomática. ¿Y qué otra cosa estaba intentando sino aprender, a tientas, la utilidad de cada botón?

-He sacado algo en concreto... -monologó-. Verde, brazos. Blanco, pies. Azul, marcha. Negro, cese... ¡Y quedan veintiséis botones!... Lógico, lógico -agregó en seguida-. Hay que hacerlos correr, desviarse, atacar, disparar... ¡Son imprescindibles todos! -miró a los "robots" casi con odio-. ¡Mamarrachos! -increpó-. ¡Conoceré vuestro manejo aunque termine rematadamente loco!

De buena gana se habría despojado del yelmo y tendido en cualquier mueble blando para fumar deleitosamente un cigarrillo. ¡Qué utopía! Se encontraba anclado en Phoebe... y Phoebe no era lugar de recreo. ¡Dichosas "flores de vida", ellas tenían la culpa de sus azogantes tribulaciones!

-Os haré bailar la danza más movida de todas, muñecos. ¡Atentos! ¡Vamos allá!

Asentó la palma encima del "robotélico" de tablilla y pulsó sucesivamente varios botones. Lo hizo despacio, pausado, como si tecleara en un absurdo y antiquísimo aprendizaje mecanográfico, y siempre -siempre- sin dejar de anotar mentalmente el resultado de cada presión sobre los autómatas.

Ambos se pusieron en acción sin pérdida de tiempo. Uno de ellos giró sobre los aplataformados pies y anduvo hacia la salida. ¡Perfecto! El otro le volvió la espalda. Al hacerlo, descubrió que llevaba una letra roja pintada indeleblemente en el lomo: "A".

Aquello le estimuló y, sin dejar de vigilarles, siguió tecleando lentamente. También el otro "robot" -el saliente- llevaba su distintivo: Una "B" fosfórica. ¡Ello serviría para diferenciarlos de ahora en adelante!

-¡Estupendo! Ya os conozco, muchachos. Espero que pronto hagamos buenas migas y... ¡Voto al infierno! ¿Qué hace ese loco?

En realidad, el loco era él. ¡Puesto que sólo a él correspondían las responsabilidades derivadas de los actos robóticos! Mientras el "B"

atravesaba el umbral y caminaba flemáticamente por el gélido exterior, el "A", después de darle la espalda, pretendía escapar igualmente al exterior... ¡perforando las paredes!

-¡Un momento! -exclamó Syd-. ¡Por ahí no se sale!

Podía haber hecho algo simple y consecuente: Utilizar el botón negro.

Mas Syd no abandonaba el propósito de conocer lo antes posible el funcionamiento de la tablilla. Recurrir al "cese" cada vez que algo no se desarrollaba acorde a sus deseos lo juzgaba signo inequívoco de impotencia. Así pues, rechazó la solución sin contemplaciones y apretó un par de botones más. ¡Le gustaba lo difícil!

El gigantesco "A" giró, en redondo con una rapidez inverosímil. ¡Parecía un bólido desviado de su trayectoria por fuerzas sidéricas superiores a su propio empuje! Lo que ocurrió a continuación fue tan veloz, tan vertiginoso, que a Syd le pilló imprióvido... ¡y soltó la tablilla!

Sencillamente, levantó ambos brazos al máximo... ¡y disparó una andanada apocalíptica!

El estruendo de la descarga y la catástrofe que se originó en derredor causaron tal conmoción en el joven que apenas tuvo tiempo de arrojarse al suelo desesperadamente. En la precipitación, abrió las manos para frenar el choque, y entonces fue cuando el "robotélico" portable escapó de ellas. Un humo espeso, denso, invadió el barracón. ¡Los nuclocañones estallaron con su indescriptible furia! ¡Debía haber pulsado algún botón rojo!

Por fortuna, el yelmo le impedía respirar las letales emanaciones gaseosas, capaces por sí solas de abrasarle los pulmones hasta la total incineración. Por fortuna también -¡qué revoltijo de ideas en su cerebro!- los brazos del "A" se elevaron en posición vertical y los proyectiles nucleares partieron hacia el negro firmamento de Phoebe. Pero en su demencial ascenso se llevaron el techo del barracón, arrancando todos los soportes de cuajo. Las paredes -los restos- se desplomaban con gran ruido. Syd recibió un golpe en la espalda y se encogió como un ovillo al lado de la caja, cuya microrresistencia de encendido parpadeaba ajena al desastre. ¡Tenía que encontrar la tablilla en el acto!

Gateó. El golpe le había dejado sin aliento. Otro pedazo de pared -¿o de techo?- descendía ahora de las alturas. Fue a estrellarse encima del enloquecido "A", que lo perforó sin dificultad, y quedó enganchado en derredor a su cuello, igual que un estrambótico collar. El humo íbase diluyendo y podía observar en torno con mayor claridad. Buscó a tientas... ¡frenético!

Sus manos encontraban cascotes, metales retorcidos, despojos de lo que poco antes fueran materiales útiles... ¿Y la tablilla? ¿Dónde había caído?

¡La necesitaba por encima de todo, Dios! Se puso en pie. Quiso correr hacia el "robotélico" general, ¡Igual salvaría la situación momentáneamente

cortando el telecontacto! Cuanto menos, los autómatas permanecerían quietos. ¡Uno alejándose y otro girando en círculo, desorbitado, con los nuclocañones ávidos de destruir! ¡Vaya fracaso de prueba!

Cuando corría entre los jirones envolventes, tambaleándose sobre la alfombra de ruinas... ¡Chocó con una masa dura, pulida y gigante! El corazón se le paralizó en el pecho y todo el aire que guardaba en los pulmones salió expelido por nariz y boca. ¡El "robot" A!

Giró sobre los talones para retroceder. ¡No sabía lo que podría sucederle, pero sospechaba que de agradable tendría poco! El corpachón le empujó. Se envaró para conservar el equilibrio. Sudaba. ¡De qué modo tan atroz!

El autómata, en su avance sin control, le arrolló deliberadamente. Syd advirtió que era derribado y al caer revolviéndose de inmediato, miró con ojos desorbitados a la mole que le trituraría de un simple pisotón. ¡Aquellos pies deformes y extrapesados! Los círculos aplanados batían el suelo haciéndolo trepidar. ¡Uno de ellos se hallaba justo encima de su pecho! ¡Encima!

De algún lugar ignorado de su cuerpo extrajo energías de titán. Utilizando los codos, impulsóse salvajemente y rodó por tierra... ¡unos centímetros milagrosos! El pie circular, demoledor, pisó a su lado, planchando residuos destrozados. Así le hubiese hundido los huesos pectorales, machacándolos microscópicamente.

Aspiró una bocanada rica en oxígeno. ¡Qué sensación! ¡Vivir, después de haber sentido la muerte oreándole el alma!

El incontrolado "A" echó abajo unos alerones de sustentación que se mantenían plantados por curioso capricho de estabilidad. Syd, sobreponiéndose a la dejadez, arrastróse hasta el "robotélico" y, con auténtica rabia, pulsó el botón central del aparato.

La microrresistencia cesó en su parpadeo. Las luces del panel superior también dejaron de lucir. Syd se reclinó en una vigueta torcida y suspiró sin ambages.

Afuera, en el silencio del satélite cadáver, el autómata "A" dejó de caminar. A lo lejos, allende los cantiles de hielo galáctico, el "B" detuvo su marcha sin rumbo. Había terminado el experimento.

La próxima vez que Syd usase tablillas en plan de familiarizarse con su manejo... ¡no volvería a poner los dedos en el botón rojo! ¡Seguro!

-¡Pero aprenderé a dirigir a estos bárbaros de metal! -rezongó-. ¡O dejo de llamarme Syd Powder!

Cuantos conocían a Syd sabían que jamás dejaba incumplidas sus promesas. ¡Vaya si los dirigiría! El deseo pasaba a convertirse en cuestión de amor propio.

CAPÍTULO IV
Persuasión

Tras describir un semicírculo impecable, grácil y raudo, el veloz "carrículo" tomó superficie en una plataforma retráctil extendida en lo alto de la astronave para recibirles.

-Mi palacio volante -dijo Blako Tonsleep con la diestra extendida-. Y ahora, también el suyo.

-Nuestra cárcel y sala de tortura -discrepó el viejo Savery.

-¿De tortura?

-¿Por qué no? Yo vi lo que quedó de Denon después del "intercambio de impresiones" a que le sometieron. ¡Una piltrafa!

-Gran cosa que usted lo viese, profesor. Así nos evitará el trabajo de tener que demostrárselo prácticamente, ¿verdad? Llegaremos a .un entendimiento rápido.

-No lo sé. ¡Odio la sevicia extrema de sus métodos!

-¡Oh! Todos saben que el fin justifica los medios. Y no cabe duda de que el fin que persigo es justificativo de cualquier acto. Incluso de lo que usted llama sevicia.

-¿Hasta de matar?

-También -Tonsleep sonrió frívolamente-. Pero yo siempre concedo una oportunidad. Acéptela y evitará la desgracia. No tendrá quejas de mi insistencia. He sido paciente.

Savery no replicó. Habían llegado. Un servidor tan robusto como los que hasta entonces llevaban vistos, ayudaba al obeso Tonsleep a descender del "carrículo". Al parecer, los hombres que integraban sus fuerzas fueron escogidos tras escrupulosa selección física.

Fay obedeció sin rémoras a la indicación de apearse. Parecía amedrentada por los últimos acontecimientos y falta de la capacidad de resistirse a los sutiles mandatos del gordo. Su desquiciamiento moral saltaba a la vista. Robine descendió en último lugar, porque el guardaespaldas quedóse dentro del vehículo, junto a la pareja.

Fueron conducidos hasta unos elevadores de resplandeciente interior. Valiéndose de ellos, se les trasladó a la parte alta del "cono". Una vez allí, meloso, Tonsleep anunció:

-Perdonen mi ausencia por algún tiempo. Robine les atenderá y mostrará sus alojamientos. Les sugiero que reflexionen. Ahora verán a sus camaradas... y podrán conversar con entera libertad. Luego... -les dedicó una inclinación de cabeza-. Si no varían de actitud, habrán desperdiciado su última y mejor oportunidad.

-Ya sabe cómo pienso, Tonsleep.

-Por eso que lo sé... le advierto cordialmente. He decidido que en breve

realicemos una incursión por los submares de Phoebe. Aunque ya conozco el tipo de miríficas semillas, deseo contemplar lo más pronto posible un "valle" en su estado natural. Usted, profesor, será nuestro guía y asesor. Espero, por su propio bien, que acceda a complacerme. No me gusta obligar por la violencia.

-Sí. Ya me he dado cuenta de que es usted muy... pacífico. Temo que tendrá que demostrar su pacifismo conmigo. Pero vaya con cuidado. Si me mata, sólo habrá un perdedor: Usted mismo.

-Yo también me he dado cuenta de otra cosa. Les unen buenas relaciones a ustedes dos, ¿no es así?

-¿Qué intenta? -preguntó Fay, igual que despertando de un abrumador sueño.

-No requiere mucho esfuerzo imaginativo suponerlo, mi bella prisionera. Es un gasto inútil de saliva el que hago... y no me inclino nunca por tales dispendios superfluos. Creo que variaré de táctica.

-¿Sí?

-Sí, profesor.

-No tema, Fay -agregó Savery-. Es incapaz de cumplir lo que promete. ¡Simples jactancias para asustarnos! Ya presenció su fanfarronada con la pistola. Juró matarnos y se limitó a hacernos sufrir un fuerte choque eléctrico. ¡Él sabe que nuestra vida es preciosa!

-No todas las vidas, profesor. La suya, únicamente. Espero hacerle variar de ideas, y de actitud, empleando argumentos indirectos. La señorita... ¿Qué daría usted por evitarle torturas? Yo creo que lo daría... todo.

-¡Infame! -sollozó Fay.

-¡Cerdo criminal! -se engalló el viejo-. ¡Abusa usted de sus fuerzas...!

Tonsleep, sin descomponer la serena placidez de su rostro carnoso, miró a Robine apenas recibir el insulto del viejo en plena cara... y parpadeó. Aquel parpadeo, simplísimo e inocente, pareció encerrar un mundo revelador para su flaquísimo sicario. Éste movió la mano derecha y accionó los dedos ¡Hablaba el extraño idioma!

El servidor que había acudido a recibirles y a prestar ayuda al déspota para que su voluminosa humanidad abandonase el "carrículo", captó la orden, revolvióse ásperamente contra Savery, y actuó ¡Ocurrió en un instante tan sólo! Lanzando sus zarpas sobre el viejo, lo atenazó por detrás, inmovilizándole los brazos con una sola mano. Savery se retorció y su mirada sorprendida expresó agudo dolor. Entonces, sin delicadezas, el servidor le asestó un golpe con los nudillos debajo del hígado. Savery, doblándose, exhaló un quejido.

-¡Déjelo! -gritó Fay- ¡Está indefenso!

Quiso abalanzarse sobre el agresor, pero éste, sin esfuerzo, le propinó

un empellón rudo y la muchacha perdió el equilibrio, siendo derribada cuan larga era.

Ninguno de los prisioneros esperaba el fulminante correctivo. Cierto que Tonsleep no pretendía matarlos. Tampoco a él escapaba la verdadera necesidad que tenía de contemporizar con el profesor; aunque, dada la privilegiada posición dictatorial y dominante, había cosas que no estaba dispuesto a permitir. Los insultos, por ejemplo. No; no les mataría. Bastaría con obsequiarles con malos tratos de vez en vez. Aquello no sería la muerte; mas, como cuando la electrodescarga, representaría auténticos avisos de su violento poder.

El golpe, cargado de potencia y diestro tecnicismo, dejó a Savery desfallecido. El castigo, sin embargo, no había concluido. La tenaza que trababa los brazos en completa inmovilidad se estrechó todavía más y el viejo, contrayéndose de dolor, crispó los músculos faciales. ¡De nuevo la mano cruel! Descargó un impacto de filo en lo alto de la espalda, encima de las primeras vértebras dorsales. Savery doblóse de piernas y hubiera caído desplomado a no ser porque la presa evitó su desmoronamiento total. Gimió otra vez, ahogadamente.

-¡Salvajes! -gritó Fay.

La columna vertebral tentaba al fortísimo servidor. Pegó en tres lugares distintos, veloz. Savery, traspasado por dolores sobrehumanos, colgaba medio inerte, sin fuerzas para oponerse. ¡Todos los nervios de su cuerpo estaban enloquecidos, peor que si miles de estiletes desgarradores le astillasen los huesos! No acertaba a moverse. ¡No podía! Los puntos más sensibles y delicados de su cuerpo sufrían un castigo brutal, irresistible.

-¡Basta! -dictaminó Tonsleep-. No quiero extenuarlo. De seguir así le dejaríamos tullido.

Robine hizo un gesto con la mano. El servidor, dócil, soltó al astrobotánico y recobró su impasibilidad de autómata humano.

Savery quedó tronchado en el suelo, pegado a él igual que un trapo húmedo y mocho. ¡Un millón de agujetas horribles le pinchaban desde los riñones a la nuca, lo mismo que si su organismo fuese una central eléctrica encendida en multitudinarios chispazos de dolor! La voz de Tonsleep, apagada, llegó hasta su cerebro estremecido por sensaciones imborrables de horror físico.

-No pretendía hacerle daño, profesor. ¡Oh, no, desde luego!... Me lastima su propio dolor. Pero usted se lo busca, es el único culpable. Supongo que después de esto aprenderá a someterse y a tener la lengua quieta... ¡Llévatelos, Robine!

Le escocía todo el esqueleto y cada haz de músculos. El vapuleador debía ser un especialista en aquel tipo de castigos corporales. Sin gran esfuerzo, denotando conocimientos anatómicos geniales, había sabido

martillear los centros nerviosos con tal precisión que el anciano sentíase descoyuntado. No lograba mover ni un dedo sin que náuseas y tiranteces revolviesen las partículas hiperexcitadas de su cerebro. ¡Qué paliza, Señor! ¡Y en cuestión de segundos! Le infundía terrible pánico el sólo recuerdo.

-Vamos -dijo Robine.

Fay, llorosa, acariciaba al viejo. Savery notaba sus manos que, aunque pretendían ser lenitivas, le avivaban las punzadas incesantemente.

Advirtió, entre la borrosa niebla extendida ante sus ojos y sus sentidos apelmazados, que no avanzaba por su propio pie. El servidor le llevaba en volandas. ¡Qué escarmiento! Sentíase casi inválido. No acertaba a coordinar, ni a medir, ni a comprender que unos cuantos golpes le hubiesen dejado hecho un guiñapo con tal rotundidad... ¡Y él que creíase espiritualmente fortalecido para soportar sin desmayo las mayores torturas! Tal vez el espíritu conservase gallardía aún. Pero... ¿y la materia? ¡Oh, no, su cuerpo gritaba clemencia desde cada órgano lacerado!

Acaso perdió el conocimiento. Hasta cierto punto, lo consideraba contrapartida lógica a la supertensión de aquellos instantes inconcebibles. Un descanso necesario. Una válvula reparadora. ¡No sabía! Lo único patente consistía en la circunstancia de que, al percibir de nuevo sensaciones y estímulos anímicos, al recobrar el pleno funcionamiento de los sentidos... hallóse tumbado sobre algo muelle, rodeado de cinco caras ávidas, que reflejaban desmedido afán por su estado.

Las cinco caras, familiares y amistosas todas, correspondían a Fay, Lander, Cabot, Diness y Blue. Había un techo claro por arriba de las cabezas. Y percibía un tenue olor a ozono, resultado normal de la oxigenación irradiada desde electrorrespiradores. Los yelmos protectores igualmente brillaban por su ausencia. Sí... Aquello debía ser el alojamiento de que habló Tonsleep.

-¡Profesor!

-¿Cómo se encuentra?

-¡Gracias a Dios!

-¡Ha vuelto en sí!...

Un aluvión de exclamaciones y preguntas brotaron de los labios de sus fraternales amigos y colaboradores. A todos entristecía su estado, pero, como contrapunto, alegraba la recuperación que ahora iniciábase.

Hablaron atropelladamente al principio; más serenamente después. Los ánimos fueron calmándose, como un poso consistente que antes flotara en aguas revueltas. Explicaron a Savery la captura -que éste ya conocía en versión personal de Tonsleep- y, a medida que recobrábase de la lasitud, el profesor les hizo partícipes de su propia aventura corrida desde que se encerraron en “Claudia” para buscar los semilleros de recolección. Naturalmente, omitió lo principal.

Temía que Robine, o cualquier otro tipo de la organización expoliadora, escuchase su conversación valiéndose de dispositivos ingeniosos. Ellos, los compañeros del grupo, estaban al corriente de la desgracia acaecida a Lyman. Lo que desconocían, por supuesto, era la falsa muerte de Syd Powder. El profesor narró los imaginarios hechos sin quitar un ápice de la explicación facilitada a Tonsleep y Fay, encubridora dúctil, coadyuvó con sus intervenciones esporádicas a dotar de verosimilitud las palabras del anciano. En lo hondo del pecho, les dolía el engaño. Nunca hubieron secretos entre ellos y, tal vez por esta claridad de conducta, las relaciones observáronse con simplicista armonía. Pero... ¡no podían arriesgarse a cometer un desliz! La sombra fantasmal de Syd desde su Más Allá inexistente, proyectaba esperanzas. Fay y Savery guardarían el secreto lacrado en su corazón..

-Pobre Syd -suspiró el capitán Lander-. ¡Un hombre rebosante de salud y vitalidad! Esto... esto es el fin, ¿verdad, profesor?

-Si no lo es, se le parece mucho. Estamos atrapados hasta el cuello. Debí hacerle caso cuando me envió a Cabot para notificar su descubrimiento espacial. La nave que nos siguió durante el rodeo cósmico, no puede ser otra que la que ocupamos ahora.

-No se lamente. ¿Quién era capaz entonces de prever el futuro?

-Tiene razón, Lander. Es mejor afrontar los hechos como son.

-La culpa fue mía -manifestó Diness compungidamente.

-¿Por qué?

-Yo debí advertir que agentes extraños se filtraban en el campamento -añadió el técnico en tele-electronía-. ¡Nos sorprendieron de un modo absurdo!

-Deseche los remordimientos, muchacho -dijo Savery-. Ni usted... ni nadie... hubiese podido evitar el ataque. Tonsleep anuló toda la energía de nuestros equipos utilizando un “magnoctapólico”... curioso invento marciano para provocar la electrocatálisis por polarización antimagnética. Se tomó la molestia de explicarme la operación, ¿comprenden? Les hablaré de ello con más detalle en otra ocasión. Tonsleep fue bastante explícito. Bastó para convencerme de la infructuosidad de nuestras precauciones. La inducción energética desapareció... ¿De dónde íbamos a extraer, pues, medios defensivos?

-Eso explica algunas cosas -terció Blue-. Especialmente, el impedimento que obstruía la comunicación tele-óndica con los sistemas radiorreceptores de “Claudia”. ¡Lo tenían todo calculado los muy bribones! Me subleva la idea de que sólo unos minutos habrían bastado para que mis “super-robots” entrasen en acción. ¡No habríamos dejado ni los rabos de esa pandilla!

-Pero la realidad es muy otra, amigos. Y hay que rendirse ante la

evidencia. Somos sus prisioneros. Peor aún, sus esclavos. Yo acabo de padecer una experiencia bastante deprimente. Siento como si mi esqueleto bailase dentro de la piel... ¿Y a ustedes? ¿Les han tratado con corrección?

-A medias -declaró Cabot, mostrándole una cicatriz aún tierna detrás de la oreja derecha-. No sé si pretendieron trepanarme o someterme a procesos cerebroencefálicos para "explorar" en mi mente. La consecuencia es que me encuentro tan débil como un niño.

-Son gentes siniestras y amorales, profesor -amplió Diness-. No conocen las barreras. Nada les desvía de su meta. Quedó definida su línea de conducta desde el primer momento. Temo que no se han empleado a fondo con nosotros. Esperemos. Nadie quedará defraudado.

-¡Oh, nosotros somos piezas menudas! -rechazó Blue-. Ruedecillas del gran motor. Quien más les interesa es el profesor, tan cierto como respiramos. En él centrarán los esfuerzos. ¿Crees que me equivoco? ¿Para qué necesitan un técnico robótico, o electrónico, o sideronavegante? ¡Para nada! Lo que pretenden es conseguir las "flores de vida". Cuanto se relaciona con esta materia es exclusivo y privativo del profesor Savery. Lo conservarán como un objeto precioso, aunque a veces presionen para ablandar su resistencia. Cuidarán de no romperlo. Ahora bien... no descarto la probabilidad de que nos empleen, indirectamente, a fin de acelerar tal ablandamiento.

-Muy bien, Blue. Habla usted tan claro como la luz.

-Eso es lo que pienso, profesor.

-Yo también -asintió Savery-. Coincidimos. Tonsleep, sin molestarse en disfrazar sus intenciones, ha dejado entrever que puede utilizar a Fay Shellon para derribar las murallas de mi fortaleza.

-Por mí... no debe preocuparse nadie -pidió ella, valerosa-. Me considera la pieza más débil del grupo... aunque estoy decidida a demostrarle lo contrario. ¡Déjenle probar! No saben hasta qué punto deseo...

-Fay, Fay... -cortó el viejo con energía no exenta de afectuosidad-. Todos sabemos de lo que usted es capaz. Aceptará cualquier sacrificio con la sonrisa en los labios. ¿Le dicho que lo dudáramos? No -recorrió a los reunidos con mirada detenida-. Pero tampoco dudamos nadie de las intenciones de ese monstruo carnoso. Antes bien; insistimos, precisamente, en que cualquier cosa es posible tratándose de él. Le sabemos partidario declarado de que "el fin justifica los medios". En tales condiciones... ¿cómo vamos a permitirle que juegue con usted?

-¡Permítanlo!

-No... No podría inmolarla a sabiendas.

-¿Y si se lo pido yo?

-Está nerviosa -replicó Savery, evasivo-. Todos estamos nerviosos.

Dejemos que los acontecimientos sigan su curso, porque afanándonos en anticiparnos a ellos sólo lograremos minar nuestras fuerzas con la desmoralización. Propongo que no machaquemos sobre este punto. Dios dirá.

Así lo hicieron. La conversación derivó por otros derroteros menos hirientes y -aunque era ficticia en su médula- la paz impúsose finalmente en los atarantados ánimos.

Permanecieron encerrados -y tranquilos- más tiempo del que imaginaban les sería permitido Nadie vino a molestarles ni a turbar su colectiva reclusión. Transcurrieron casi dos horas antes de que la primera manifestación se presentase para recordarles la tristeza de su condición carcelaria.

Fue uno de los vigorosos servidores de Tonsleep quien compareció inesperadamente, ofreciéndoles unos recipientes con comida. No acertaban a catalogar la naturaleza de los alimentos, ya que se trataba de una papilla dorada, sustanciosa y hasta cierto punto dulzona. Pero, al recobrar la soledad, el mecánico astral Cabot avisó:

-¡No coman! ¡Ni prueben esa sustancia melosa!

-¿Por qué? -inquirió Savery-. ¿Es perjudicial? Parece bien condimentada y respecto al sabor...

-Contiene algo de tipo narcotizante -amplió Cabot-. ¿No os acordáis? -continuó, dirigiéndose a sus restantes compañeros-. Nos sirvieron lo mismo al poco de ser trasladados a la nave.

-Pero, ninguno de nosotros ha muerto, ni siquiera padecido trastornos gástricos... -empezó el capitán Lander.

-¡Claro que no! -se exasperó el mecánico-. Sin embargo, nos invadió un dulce sopor. Dormimos, ¿verdad? Creíamos descansar. Parecía que nos hubiesen hecho un favor... Pero yo desperté con esta cicatriz detrás de la oreja derecha. ¡Y no recuerdo nada! ¡Absolutamente nada! Eso demuestra que durante el “sueño” tuvieron impunidad para...

-Entendido -dijo Savery-. Estoy de acuerdo con usted.

Todos se adhirieron y los alimentos, intactos, fueron retirados algún tiempo más tarde por el servidor. Ello les dio ocasión sobrada de meditar y, aunque no lo deseaban, volvieron al temeroso cauce anterior de las premoniciones.

Acaso, la áurea papilla formaba parte de los métodos persuasivos utilizados por Tonsleep para atraérselos y desentrañar cuanto encerraba misterio. Sin embargo, la neta demostración de sus recelos debió ser interpretada como signo de rebeldía. Tonsleep impartió órdenes concretas. El resultado de las mismas no se hizo esperar y al poco, siempre dentro del mutismo cavernoso que imponía hondo respetó, varios servidores de su extraño ejército se personaron... para obligar a Fay y Savery a abandonar el

alojamiento.

No hubo apelación pese a las protestas propias y de sus amigos. A la fuerza, sin contemplaciones, fueron obligados a salir.

-Prepárese para una dura experiencia, profesor -advirtió ella.

-Estoy preparado -contestó el viejo-. Nada obtendrá con malos tratos.

Recorrieron algunas dependencias de la nave, atravesándolas por pasillos brillantemente iluminados, todas ellas de gran limpieza y amplitud. La disciplina -sistema nervioso de un ejército eficaz- debía reinar a rajatabla. Quizá prejuzgaron equivocadamente la organización de Tonsleep, la cual, a ojos vistas, parecía funcionar sin baches ni defectuosidades. El riquísimo truhán había sabido arquitecturar sabiamente su comunidad de fanáticos, estructurándola de forma que quedasen eliminadas las endebleces y vulnerabilidades. En apariencia, no había resquicios, ni fisuras, en su monumental edificio del Mal.

Se les llevó a una cámara de aspecto marmóreo. Las paredes, pulidísimas, reflejaban hasta la siluetación de sus figuras. En ella, entronizado en un pseudopúlpito de platino lunar incrustado de pedrería valiosísima, aguardaba el soberbio Blako Tonsleep. Refulgía el diamante azul de su izquierda, emitiendo parpadeos bellísimos. A sus pies, perruno y servil, vieron a Robine. Media docena de servidores espléndidamente musculados montaban guardia, espaciados por varios metros entre sí a lo largo de las paredes.

Pero también vieron algo más.

Una especie de tanque cristalino. Algo así como un acuarium de generosas dimensiones, abierto por la parte superior. Mas en él no habían peces.

Una porción lateral del mismo, tallada en escalones refulgentes, facilitaba el acceso a la parte alta. En el interior del gran tanque -donde se contenían algunos kilolitros de un líquido transparente, semejante en todo al agua- flotaban, inmóviles, cuatro pedazos enormes de hielo. ¡Hielo! ¿Por qué aquello? ¿Agua y hielo? ¡Qué absurdo!

Tal vez lo fuese. Pero Savery, más avezado que Fay en ciertas cuestiones, sintió clavada en su mente, como el impacto de un proyectil, esta detonante palabra: PERSUASIÓN.

-Volvemos a vernos -saludó Robine cuando se detuvieron ante ellos-. Lamentamos que no les haya gustado nuestra cocina. El señor Tonsleep está desolado por el desaire de...

-¿Por qué no habla usted, Tonsleep? -preguntó Savery cortando la voz repugnante de Robine-. Díganos lo que se propone. ¡Y pronto! Los rodeos de su sanguijuela particular me sacan de quicio.

-Siempre tan... tan impulsivo -sonrió Blako Tonsleep, cuyos ojillos miraban a Fay glotonamente-. Y la señorita, por contra, tan modosa y

callada. Una pareja encantadoramente dispar. Créanme. Siento tener que recurrir a esto. Me enferma ver sufrir al prójimo.

-Farsante hipócrita... -masculló el anciano entre dientes.

-De veras -prosiguió el gordo-. ¡Soy tan sensible!

-¡Demasiado! -barbotó Savery-. Vaya al grano, por favor.

-Le disculpo. Perdonar sus salidas de tono casi se ha convertido ya en un hábito. Pero... ¿Puedo hacerle una pregunta? Dígame, profesor: ¿Ha variado de pensamiento?

-¿Sobre qué?

-Sobre la prometida excursión al fondo del océano. Quiero contemplar de cerca los "valles" satelitales. Ardo en deseos de extasiarme ante un panorama dilatado de "Fibroae floricultasis" en prodigiosa floración.

-No recuerdo haberle prometido nada.

-Muy seca la respuesta.

-Verdad, señor -corroboró el sinuoso Robine con sarcasmo-. Requiere un poco de humedad -miró hacia el tremendo tanque-. Ahí tenemos líquido de sobra. Y hielo.

-¿Por qué no prueba a bebérselo todo? -sugirió Fay.

-Acertadísimo, Robine -convino Tonsleep pasando por alto la irónica intervención de la joven-. Así pues, profesor... ¿Se niega?

-En redondo.

-Peor para... -dudó un instante, y su pausa erizó los cabellos del viejo-. Peor para... la señorita Shellon. ¡Subidla! -gritó con salvaje dureza.

Dos soldados se apoderaron de Fay, y la alzaron en vilo con la facilidad de un liviano pedazo de papel. ¡Debían estar esperando que Tonsleep la señalase con su dedo ruin! Ella gritó horrorizada, presintiendo de pronto, con meridiana claridad, la perspectiva martirizante que le aguardaba. Intentó desasirse, y fue inútil. ¡Aquellos colosos no le permitían mover un músculo!

-¡Suéltenla! -chilló Savery recobrando la facultad del habla.

-¿Accede? -preguntó Tonsleep.

-¡No se doblegue, profesor! ¡Piense en la Tierra y en nuestra misión secreta!

La voz de Fay llegaba desfigurada por trémolos que onduleaban el énfasis prosódico. ¡Qué admirable su valor! Los soldados la tenían suspendida sobre la masa acuosa, esperando órdenes. Su ademán resultaba tan elocuente, no obstante la mudez, que estremecía. Y ese estremecimiento encorajinado, brusco, actuó sobre el astrobotánico como motor, activándole los nervios.

Súbitamente poseído de un frenesí batallador, corrió hacia la escala ascensional crispados los puños y pálida la faz por la cólera. Robine, gozando la acción, movió la diestra y agitó los dedos. En el acto, un

corpulento servidor se desplazó de la pared... ¡interponiéndose ante el viejo!

-¡Fuera! -aulló Savery, comenzando a abalanzarse.

-¡Chapp! Un mandoble con el filo de la mano izquierda frenó al profesor, aturdiéndole. Todavía no repuesto del ataque, la diestra del gigante golpeó su cráneo... ¡y Savery fue derribado de rodillas, jadeante!

-¡No sea estúpido! -espetó Tonsleep-. ¿Qué pretende? Cualquiera de mis hombres le descuartizaría en un santiamén. ¡Acceda a servirme de guía! ¿Es tanto lo que le pido?

-Si se rinde... ¡yo le despreciaré mientras viva! -gritó Fay-. ¡No se preocupe por mí!

-¡Oh, Fay! -gimió el astrobotánico-. ¡Yo la quiero a usted como una hija! No... no sé si podré...

-¡Puede! -el acento de Fay era una cuchillada.

-¿Conoce lo que le aguarda? -añadió Tonsleep incisivo-. ¿Ve esos bloques? ¡Es hielo galáctico! La dejarán yerta en dos segundos. ¡Helarán hasta su sangre! Y no sólo eso. El hielo “abrasa”. Destruirán sus tejidos celulares, corroyéndola igual que un ácido sulfhídrico. Mordida la carne, devorada por autodesmaterialización... ¡quedará con los huesos mondos! Y todo ello en medio de un sufrimiento atroz, irresistible. Cuando la oiga gritar y la vea retorcerse, usted pensará que...

-¡No le crea, profesor! ¡Está mintiendo!

Savery se debatía en una electrizante batahola emocional. Puesto de pie, dando bandazos, mirando alternativamente el trono de Tonsleep y a lo alto del tanque.

-No puedo esperar más -avisó al tirano-. Robine... ¡da la orden!

La orden. ¡La orden! ¡LA ORDEN! Aquellas palabras simples repercutieron en el cerebro de Savery con mayor impacto que el fragor de un trueno descomunal. ¡Iban a lanzarla al agua extrapolar! Se sentía culpable, aguijoneado por furiosos remordimientos, enloquecido de todo y por todo. Sus ojos febriles miraron a Fay, sujeta y palidísima. La mirada halló las gemas maravillosas de sus ojos, que parecían ansiosos por infundirle valor.

-Júreme que no se rendirá. ¡Júrelo, profesor!

-Fay, yo...

Los servidores izaron a la muchacha, porque la orden digital de Robine acababa de ser dada. Sin dilación, igual que máquinas dotadas de un sincronismo nefasto, dieron impulso a su cuerpo y...

¡CHssss!... Fay cayó en la masa líquida tras describir un breve arco parabólico en el aire. Se sumergió basta la mitad. Las salpicaduras abrillantaron el suelo y humedecieron la cara lívida de Savery. Hasta sus oídos llegó la carcajada sardónica de Robine, cuya retorcida psicología

debía saturarse del disfrute trágico. Trató de avanzar, sin saber aún a fuer de qué iba a correr hasta el tanque. El servidor aguardaba las reacciones, vigilándolas para cercenarlas al mismo brote. ¡Zapp! La mano asesina golpeó a Savery encima del caballete nasal. Se desplomó, entre retorcimientos de dolor. ¡Ah, qué siniestra sonaba la carcajada ofensiva de Robine!

En el suelo, lagrimeándole los ojos, Savery miró la armónica silueta que braceaba dentro del tanque. Fay recuperó el dominio de sus movimientos en seguida. Un dulce impulso la elevó al límite y pudo añorar la chorreante cabeza a la superficie. Se mantuvo a flote braceando en círculo, acompasadamente. Pero ya no había sonrisa en su bello rostro húmedo de agua como las gotas del rocío sobre la tersura de una flor. Un rictus de frío -¡de helor espantoso!- contraía sus facciones. Y cuando un bloque de hielo galáctico le rozó la espalda casualmente, impulsado por el oleaje que originaba la gentil nadadora, fue visible su escalofrío instintivo.

-¿Lo ve? -señaló Tonsleep-. Son los primeros efectos, profesor. No tardará en congelarse... y sentir el mordisco en su carne. ¡Perderá la hermosura igual que arrasada a dentelladas!

-¡Cállese víbora!

El viejo miraba como fascinado. Necesitaba un poco de silencio, una sombra de paz, para ordenar la anarquía mental de su cabeza. Pensó, horrorizado, en Syd Powder. ¡Él, que prometió velar por su adorada! Ahora -la consciencia del hecho le apabullaba- estaba faltando a la promesa, puesto que permitía el sufrimiento de Fay.

Los movimientos de la muchacha eran cada vez más lentos, más lastrados. ¡Se iba agostando su resistencia! La vio tan blanca como el propio hielo... ¡y sus piernas esculturales denotaban envaramiento! ¿Envaramiento? No. ¡Rigidez! La frialdad del agua superaba sus reservas orgánicas, las arrollaba brutalmente. ¿Habrían transcurrido ya dos segundos?

Quizá no. Quizá ni el primero de ellos. Pero no importaba el tiempo. La decisión fue tomada velozmente. ¡Persuasión! He aquí el método bárbaramente convincente de Tonsleep.

A él, como experto en "flores de vida", no le causaría daños irreparables. Algún golpe, alguna vejación, sufrimientos morales... pero nada de tanques con cubos de hielo galáctico flotando dentro. Estaba a salvo de morir. ¡Porque su vida era preciosa!

Cuando asistió a los esporádicos braceos de Fay, por instantes más y más torpes, su resistencia se quebró en mil fragmentos. ¡No permitiría que muriese aquella criatura en plena juventud por guardar un secreto que, en sus tres cuartas partes, ya había sido desentrañado! Levantó ambos brazos, corriendo hacia el diabólico dictador como un loco, y rugió:

-¡Basta! ¡Basta, Tonsleep! ¡Interrumpa ese asesinato!

-¿Ya? -suspiró Robine con desencanto-. ¡Oh, profesor! Resista un poco más...

-Ordena que la saquen -decidió Tonsleep sonriendo sibaríticamente-. ¡Rápido!

El profesor Savery, caído a los pies del Buda humano, sollozaba de rabia y vergüenza. ¡Había sido "persuadido" totalmente!

-Y dispón lo necesario para la expedición -agregó Tonsleep al decepcionado Robine-. Saldremos cuanto antes hacia el reino subacuático de Phoebe.

CAPÍTULO V
El solitario empieza la ofensiva

Syd Powder peleó denodadamente para ampliar sus exiguos conocimientos sobre el manejo de las tablas robóticas. No se dio ni concedió reposo. Sabía que no contaba con otra solución a mano, excepto la que acertase a procurarse por sus propios medios.

Saturno estaba demasiado lejos y de la Base más próxima, en Hiperión, no habrían podido enviarles ayuda hasta transcurridos varios "tedías" de tiempo[2]. Ni siquiera de las enormes fuerzas espaciales de Titán, el gigantesco satélite mayo a cualquier otro del Sistema Solar, cabía esperar auxilio dentro del breve lapso que exigía lo perentorio de su situación.

Los "robots" de combate, fabricados y asignados al grupo para atender a fines bélicos, constituían la tabla de salvación. La suya fue, pues, una lucha sorda y enconada, en la que no dio cabida al desánimo a pesar de la torpeza desesperante con que acertaba a esbozar los primeros avances.

Como premio de consolación a su constancia, y tras frecuentísimos fracasos que le obligaban a pulsar el botón negro, comenzó a manejar a los autómatas con ciertos visos de armonía, no libre, por cierto, de una buena dosis de lentitud. Tosco y todo, lo esencial era contar con el decisivo apoyo de las máquinas. Ellas ensamblaban primordialmente en sus planes. Claro que -por pertenecer al futuro- Syd ignoraba el escaso uso que iba a hacer de las mismas. Porque... En fin; ocurrirían cosas que, poco después, le obligarían a variar radicalmente todos sus proyectos.

Estuvo practicando hasta que la fatiga le rindió. Entonces, incapaz de soportar un momento más de tensión y esfuerzo, escogió un lugar oculto entre rocas galácticas -fuera del campamento, puesto que temía un posterior regreso de los malhechores- y se durmió. Esta decisión intuitiva sí que fue, desde todo punto, profética.

El sueño, reparador en extremo, sirvió para revivir sus energías y acompañarle en la desoladora soledad de Phoebe. Nunca supo, de fijo, el tiempo exacto que le ocupó el descanso. Lo único que podía citar, a ciencia cierta, era que al despertar -coincidiendo con un rosado amanecer sólo perceptible por la reverberación lumínica que aureolaba las crestas heladas- encontróse despejado, inyectado de nuevo vigor y deseoso de volver a la palestra de la combatividad, ahora concretando su acción sobre los enemigos. ¡Sus compañeros tendrían noticias pronto!

No sentía apetito -consecuencia de las emociones febriles que vivía- mas comprendió que por ningún concepto debía descuidar tan importante punto, ya que la nutrición representaba el combustible obligado para su cuerpo, enfrentado con la tónica de buscar ahora la encrucijada de los esfuerzos. Consumiría alguna de las raciones vitamínicas que atesoraba en

la bolsa. Para ello -necesidad insoslayable- debería despojarse del yelmo protector.

Al salir de su natural cobijo buscó con la mirada el no lejano refugio del campamento, donde -por estar dotado con sistema de oxigenación gradual- podría desprenderse del equipo respirador sin peligro de asfixia inmediata. Pero entonces descubrió algo. ¡Algo que le dejó momentáneamente atónito! Ante el barracón central del “puesto” expedicionario... ¡había un visitante esperando!

Aguzó la vista. El hombre, desprevenido, permanecía sentado delante de la puerta, en actitud meditativa. Lo reconoció en seguida. Sí. ¡Se trataba del adversario con quien luchó al cambiarse de equipo, el hombre que dejó fuera de combate oprimiendo el conducto de oxígeno!

Un tropel de ideas encontradas inundó su cerebro. ¿Qué hacía en aquel lugar? ¿Estaba esperando? ¿A quién o a quiénes? Pero... ¿por qué no entraba en el refugio? ¿Habría sospechado sus intenciones al ver los destrozos causados por el “robot A”? ¿Desde cuándo permanecía allí?...

Preguntas y más preguntas se atropellaban, vinculándose a sus opresivas sospechas. Le fustigaban la razón, alterando hasta el ritmo matemático de los pulsos. ¡Era desconcertante la presencia del terrícola en el “puesto” deshabitado! Porque el campamento seguía deshabitado. ¡Ello no admitía error! Allí no había nadie, excepto aquel sujeto anacrónico, estatuario, hierático y, por añadidura... ¡despreocupado de todo!

Pensó también que estuviese enfermo, o dormido, o abotargado... Pero no. La actitud traslucía bien a las claras que todo su interés, y ocupación, reducíase a esperar. Esperar... ¿qué?

No lo sabía. No acertaba a comprenderlo. En realidad, no es que el apetito le acuciase en absoluto. Era su propia razón, entendiendo la necesidad de alimentarse, quien ordenaba comer. Nada le forzaba a ir en busca del enigmático sujeto. Podía haber permanecido, oculto, tras las rocas galácticas. Mas -esto le exasperaba- tampoco lograría ningún fin positivo alargando la situación y aceptando la ocultación de su persona como remedio. En la prolongación no residía tal remedio, sino una demora absurda e inoperante. ¡Sus amigos le necesitaban! Además, con veloz agilidad mental, otra nueva pregunta estalló en su imaginación. ¿Por qué no aprovechar la circunstancia y valerse del individuo para acelerar la ofensiva? ¡Él podría conducirle hasta donde se encontraban sus camaradas! ¡Le obligaría a ir bajo amenaza de muerte!

Lo pensó, y encariñóse en seguida con el pensamiento. Ignoraba, naturalmente, la condición especial de los esbirros de Tonsleep en lo tocante a sordomudez. Zigzagueando, aprovechando los festones de hielo que se elevaban del suelo como dientes desiguales de una enorme sierra, avanzó unos metros. Se detuvo. Atisbó. ¡El hombre seguía igual, sin

advertir la maniobra del joven!

Alentado por el éxito de la primera intentona, Syd mostróse audaz. Para aproximarse al refugio era obligado cruzar una ancha faja de terreno llano, liso como la palma de la mano. En aquel trecho, por muy lerdo que fuese el desconocido, advertiría al instante que la figura de Syd alteraba la alba monotonía. Representaba, sin discusión, la parte más arriesgada del avance por la brillante desnudez que presidía la extensión. No obstante, decidido a llevar hasta buen puerto la nave de su empeño, Syd progresó en la avanzadilla encubierta. Metro a metro, con sigilo y silencio, llegó al borde de las rocas, preparándose para el gran salto. ¡Y el hombre sin enterarse!

Le estaba resultando tan fácil aproximarse al refugio, que empezó a temer una encerrona preparada a propósito. No obstante, la actitud ausente y confiada del sujeto no podía ser más natural. Tomó aliento y empuñó el protofusil con determinación. ¡Adelante! Se lanzó con buen impulso a cruzar el llano, aprovechando el pequeño rodeo para situarse a espaldas del vigilante que no vigilaba... o lo que fuere.

Una oleada de fe le empujaba a mover las piernas con celeridad. La débil gravedad de Phoebe -como tantas veces- favorecía sus movimientos, dotándoles de una agilidad y brío cangurescos. Pese a ello, estaba seguro de no producir ruidos delatores. ¡Lo cazaría! ¡Atraparía al descuidado, obligándole a guiarle hasta el encierro de sus amigos! La convicción alteraba sus sentidos y el palpitar del corazón.

Por ello -pasmado de puro asombro- quedóse paralizado a mitad del camino cuando aquel hombre, sin el menor sobresalto, volvió la cabeza... ¡y le vio! ¡Descubierto!

Fue casual, desde luego. Syd no podía saber que el sentido auditivo se hallaba castrado. El hastío de contemplar siempre el mismo panorama influyó para que Número Cuatro mirase en dirección contraria a la mantenida desde tanto tiempo antes. ¡La sorpresa resultó mutua!

Se quedó perplejo, aturdido por la presencia de Syd. En su cerebro mutilado, privado de la facultad de pensar por cuenta propia tras las inhumanas ablaciones quirúrgicas obradas por los cirujanos de Tonsleep, hubo una sacudida de seísmo. Sólo una cosa quedó clara en medio del repentino escalofrío: ¡Un enemigo! Lo era porque no vestía un equipo igual al suyo y análogo al de los restantes servidores del Gran Jefe. Lo era, también, porque en su memoria brumosa, tarada por lagunas, quedaba un débil recuerdo de haber sido atacado antes. ¡“Destruir”, fue la consigna que dio su mente automatizada!

Tomó el arma nuclear de un zarpazo, a pesar de que Syd le estaba apuntando ya con su protofusil, deseoso de conminarle y evitar el drama. Nunca como entonces demostróse la ciega instrucción que los tratamientos masivos con drogas lograron inculcar en la personalidad casi negativa de

aquellos pobres seres desposeídos de propio raciocinio. ¡El arrojo imponíase a cualquier otro sentimiento y no temían a nada!

Syd gritó una orden imperativa, drástica; pero fue inútil.

Número Cuatro disparó de inmediato y el joven, adivinando lo infructuoso de su intención, se echó de bruces al suelo espejeante una milésima de segundo antes. La descarga atronó los contornos y licuó una enhiesta roca galáctica. Acto seguido, sin duda actuando por método, Número Cuatro trató de escudarse tras el refugio. Desde la tierra helada, todavía resbalando por ella, Syd hizo fuego a su vez.

Un chorro ígneo y humoso volatilizó la cantonera lateral del barracón... ¡y redujo a fragmentos vivos al servidor de Tonsleep!

Un tiro rapidísimo y magistral que, no obstante, fue celebrado sin alegría por el vencedor. Un sentimiento de honda piedad se impuso a cualquier otra sensación. ¡Dios sabía que no era su intención desintegrarle! Las circunstancias, y la irreflexión del sujeto al pretender sacar provecho de una causa perdida, desembocaron en el fatal desenlace. Ahora... ya no había remedio. La materia era sólo partículas desparramadas. Tendría que ponerse en contacto con sus amigos sin ayuda de nadie.

Se aproximó, paso a paso, a la mancha sangrante esparcida por el suelo.

Sentía los nervios en tensión, expectantes y supersensibilizados. Pero nada ocurrió tras la batalla. Había sucedido todo con tal vértigo y rapidez que casi se negaba a creer en la realidad patética representada por los despojos orgánicos. Lo mismo hubiese podido ocurrirle a él.

Nadie salió del .refugio. Nadie hizo acto de presencia procedente de las cercanías. ¡Aquel hombre estuvo solo desde el principio! ¿Por qué? La verdad era todavía más incongruente que las hipótesis.

Entonces, mientras navegaba inmerso en una confusa revolución de lucubraciones mentales, escuchó el lejano zumbido y vio, brillante en el cielo oscuro, el “carrículo” que volaba en aquella dirección. ¡Venía otro trineo espacial, idéntico al que sirvió para trasladar a Fay y al profesor a la astronave enemiga!

No lo entendía. No entendía ni pizca de tan raros manejos, aunque no cesaba de heñirse el cerebro buscando explicaciones. Un hombre solo, abandonado. Un “carrículo” que de pronto, sin lógica, hacía acto de presencia en el espacio. ¡Misterio! Pero, pese a la confusión reinante en su cabeza, echó a correr con todas sus fuerzas y volvió a ocultarse, tras zambullida nerviosa, entre los paredones de rocas galácticas. ¡Ahora sí convenía, por todos los medios, pasar inadvertido!

Después de que se fuesen... Bueno. ¡Después ya vería cuál era la línea de conducta idónea!

* * *

Poco antes de que la fugacísima lucha se entablase entre Syd y Número Cuatro, el profesor Savery, derrumbado a los pies del trono de Tonsleep, sentía algo así como si acabase de destruirse por dentro.

¡Se rindió cobardemente! Accedió a servirle de asesor al tirano en su anhelado subviaje hasta los semilleros. Era vano que intentase, en su descargo, hallar paliativos. Como Fay advirtió antes de ser arrojada al tanque, le despreciaría mientras viviese. Y no sólo ella. Todos los demás del grupo pensarían igual, comenzando por el propio descorazonado Savery.

Una mano fría, pero de tacto sedeño, le acarició tiernamente la nuca. Una mano que aliviaba los dolores producidos por el salvaje esbirro de Tonsleep al golpearle e infiltraba cierta serenidad en su alma derruida. Aquella mano pretendía minimizar las desorbitadas consecuencias de la rendición. Y era, además, una mano de mujer.

-No piense en ello -pidió Fay sin rencor-. Ya está hecho... Ellos sabían que usted cedería si me utilizaban como resorte.

-Fay, Fay... -musitó, baja la cabeza y huidizos los ojos-. ¡Es terrible! No he sabido resistirlo... ¿De veras... me despreciará... hasta la muerte?

-No -ella lo dijo con voz firme-. Olvídelo. Fue la excitación quien hizo brotar esas palabras de mis labios. Ahora, después de haber sido capaz de claudicar para evitarme sufrimientos, creo... que le quiero un poquito más, profesor. Yes cierto que también usted me quiere. Como a una hija.

-Sí -los ojillos de Savery se animaban-. ¡Ojalá los demás pudiesen comprenderme como usted!...

-Sin duda lo harán. Esté tranquilo. De momento...

-De momento -atajó Tonsleep, quebrando la intimidad de la conversación-. ¡Basta de arrumacos, amigos!... Usted, Savery, acompáñeme. Y usted, señorita Shellon, vaya con Robine. Han de cambiarse de ropas antes de que pille una congelación general. No olviden que hemos de salir cuanto antes... ¡Cómo deseo conocer el emplazamiento de los “valles”!

No había remedio. Sus buenos propósitos y consuelos rompíanse bajo la zarpa autoritaria del despótico Tonsleep. Debían obedecer sin rechistar. Y así lo hicieron.

Unos quince minutos más tarde -cambiada ya Fay de equipo- se ultimaron los preparativos para salir de la astronave sin pérdida de tiempo. Robine anunció que un “carrículo” aguardaba para trasladarles al boquete de los hielos donde flotaba la batisfera, vehículo subacuático que utilizarían para la inmersión puesto que ellos carecían de nada parecido.

-¿Quién iba a sospechar que las “flores de vida” nacen en las profundidades submarinas? -comentó, risueño, Tonsleep entre tanto caminaban por un hermoso pasillo rumbo a la plataforma de despegue,

donde esperaba el "carrículo"-. En realidad, ni siquiera conocíamos antes de ahora la existencia de masas líquidas subterráneas en Phoebe. ¡Dos óptimos descubrimientos en el espacio! Y los dos me pertenecen por completo. ¿No es así, doctor Savery?

-Sí -afirmó el astrobotánico con total carencia de entusiasmo-. Es usted... un gran hombre.

-Aunque no lo crea -se pavoneó-. Y aún lo seré más. ¡No habrá igual en el Universo!

Robine, que hasta entonces había permanecido callado, como introvertido, participó a su jefe la última novedad.

-Tengo una noticia para usted, señor.

-¡De veras? -Tonsleep le miró con altivez-. ¿Y qué esperas para ponerla en mi conocimiento? ¿Acaso que la adivine?

-Perdón. No quise interrumpirle. La noticia es... Número Cuatro ha dado señales de vida.

-¡El diablo confunda a ese imbécil! ¿Cuál ha sido la excusa? Porque si no la tiene aceptable le voy a...

-Algo extraño, señor.

-¿Extraño? -el gordo cambió la expresión.

-He reflexionado... y me desorienta bastante.

Seguían caminando, precedidos por dos macizos servidores de la escuadra gallarda que les escoltaba hasta el "carrículo". Robine hablaba de un modo desusado, podía decirse que impropio de él. El tono y la expresión del servil gusano particular de Tonsleep obraron un voluptuoso estremecimiento en Fay quien, sin saber a qué achacar el presentimiento, pensó al instante en Syd. También Savery -el derrotado y laxo Savery- prestó atención a las palabras del lugarteniente. La voz parecía anticipar palmariamente que encerraba un mensaje de gran trascendencia.

-Vamos. ¿Es que sigues reflexionando todavía? ¡Habla! -azuzó el elefantíaco Tonsleep.

-En cierto modo, eso es lo que me ocurre. ¡No capto la significación! A menos, claro, que Número Cuatro haya sufrido alucinaciones por el cansancio... -como su jefe le mirara con ojos de impaciencia, agregó rápido-. Lo cierto es que Número Cuatro accionó su reloj tan pronto pudo. Según él, ha estado inconsciente algún tiempo, y se encontraba muy débil. Fue atacado -marcó una pausa suspensiva-. ¡Fue atacado por un hombre!

-¿Qué estás diciendo?

-Repito la versión de Número Cuatro.

-Pero eso... ¡es imposible!

-Me alegra conocer su opinión, señor; porque ahora seremos dos a reflexionar. No tengo dudas de su preclara inteligencia hallará la explicación adecuada. Mi pequeño cerebro es incapaz de...

-Un hombre -musitó Tonsleep.

Lo mismo -sin sonidos, aunque con volcánica erupción mental- repetíanse Fay y el profesor Savery. ¡Un hombre! ¿Quién? ¡Syd Powder!

Estaban tan seguros de ello que hasta los latidos del corazón repetían el nombre en cada, contracción y dilatación. ¡Pero no debían dejar entrever los emotivos trasportes! Hermetismo expresivo. ¡Nada de gestos! ¡Y mucho menos, mirarse entre sí!

Tonsleep, como si la primera sospecha concreta le asaltase de golpe, dejó de andar y clavó los ojos en los prisioneros. La comitiva en pleno se detuvo, imitando la decisión del poderoso jerarca. Savery, inocentemente, le miró a su vez. Respecto a Fay, completamente tensa, esforzóse como nunca en dominar el embravecido mar de estímulos que espumajeaba en su interior.

-Un hombre -insistió el gordo con acento significativo.

-¿Y bien? -inquirió Savery-. No alcanzo la intención...

-¿Seguro, profesor Savery? ¡Haga examen de conciencia! ¿Ha dicho toda la verdad?

-¿Qué insinúa? Mi conciencia, en ese sentido, está limpia... lo cual es algo que no podría decir de la de otra persona.

-Tal vez tenga razón... y tal vez no. ¡Pero no es lógico que un hombre atacara a Número Cuatro!

-¿Cree usted en la resurrección de los muertos? -intervino Fay, ofreciendo una ayuda al profesor-. En tal caso... no es tan abyecto como supongo...

-¡Cierre la boca! -rugió Tonsleep-. ¡Estoy harto de soportar impertinencias! Ahora hablo en serio, y no con usted... sino con el profesor. ¡Me ha mentido!

-¡Qué más quisiera yo! -se condolió el anciano-. Por desgracia, sólo puedo oponer a sus palabras las mías propias. Ya sé que carezco de pruebas, Tonsleep. Porque mis pruebas, Lyman y Powder, se encuentran en el vientre repulsivo de una Phobolea negra...

-¡Miente!

Savery se encogió de hombros, renunciando a seguir la discusión.

-No pienso contradecirle ni poco ni mucho. Daría con gusto un brazo por ver a cualquiera de los dos con vida. Especialmente... a Syd Powder. Fay y él eran mis pupilos preferidos.

Y no mentía al decir esto. ¡Si Powder hubiese estado junto a ellos!... Pero no se encontraba allí. Llevaban mucho tiempo sin noticias suyas. Toda una eternidad. Aunque -de tarde en tarde- se producían acontecimientos que señalaban la huella de su paso. Era reconfortante saberle todavía libre... y activo.

El acento de Savery al hablar había sido tan convincente por la tristeza

que destilaba cada palabra, que Tonsleep sintió flaquear sus convicciones. Quedaba en pie una tremenda incógnita; porque, si no había sido Powder... ¿quién pudo atacar a Número Cuatro? Lyman no, desde luego. Lo descartó de plano. ¡Él escuchó su agónica tragedia a través del receptor radio-óndico! Robine, dubitativo, expuso:

-Esperemos a interrogar a Número Cuatro. Verá, señor... yo no me fío mucho de su relato... Apenas recuerda gran cosa... Memorizando, nuestros colaboradores son una nulidad... ¿Quién nos garantiza que no se trata de una fábula inventada para eludir el castigo?

-¡Asombroso! -se mofó Fay, dispuesta a seguir en su papel-. Resulta que el amigo Robine discurre...

-¡No vuelva a meter baza! -reprendió Tonsleep-. Usted tampoco es de fiar. Me ocuparé de darle su merecido cuando regresemos... Por lo pronto, he decidido dejarla. ¡No nos acompañará! Entorpecería demasiado mi labor y la del profesor.

Hubo angustia en los preciosos ojos de Fay. ¡Quedarse! No le agradaba el plan de obligada inanición.

-Es posible que estés en lo cierto -añadió Tonsleep, hablándole a su segundo-. Número Cuatro quizá pretenda escurrir el bulto... Saldremos bien pronto. ¿Cómo quedaste con él?

-Le ordené regresar al campamento de los científicos. Es una tierra tan baldía y monótona ésta de Phoebe que existen muy pocos puntos de referencia... y creí que sería la única forma de que no volviera a extraviarse.

-Bien.

-Insistí en que no se moviera bajo ningún concepto. Así le encontraríamos sin dificultad... cuando acudiéramos a buscarle. Previsto este viaje al boquete, esperaba que usted no tuviera inconveniente en recogerlo con el "carrículo".

-Bien -repitió Tonsleep-. Le recogeremos. ¡He de castigarle, mas no sin antes extraer de su subconsciente cuantas imágenes psíquicas de lo sucedido conserve! Emplearemos la droga "keltone".

-Sí, señor.

-Vamos. No quiero perder tiempo.

Siguieron pasillo adelante. Ninguno habló. La noticia les había alterado a todos, infundiendo esperanza a unos y nebulosos recelos a los otros. Pero Fay y Savery tenían ya algo más en qué cavilar. ¡La joven se quedaría en la astronave! Tonsleep no desechaba radicalmente los temores. Sabía que Fay representaba la garantía para obtener sumisión total del viejo. Aparte, como recurso de última instancia, siempre sería una valiosa baza guardada en la manga mantenerla a buen recaudo... y lejos del alcance de un posible salvador. No le sorprenderían con las manos vacías.

Llegaron a la plataforma.

Desde allí arriba, mientras los designados por el tirano se calaban los yelmos y sus correspondientes aparatos acoplados para oxigenación, disfrutaron de un dilatadísimo panorama extendido a varios kilómetros por debajo de sus pies. El inhóspito Phoebe, yermo y gélido, desparramábase hasta los confines igual que un paisaje pesadillesco e irreal. Su enrarecida atmósfera química, de nubes bajas y capas densas veteadas cromáticamente, abarcaba hasta la esfericidad achatada de los casquetes. Como fondo, y envolviéndolo todo, el firmamento negro, salpicado de cuerpos brillantes y caracterizado por la clásica disposición astral de los hermanos satelitales, las dispersas lunas de Saturno... Belleza mancornada al horror topográfico de Phoebe. Contrastes sidéricos que al Hombre, aun veterano curtido en rarezas cosmológicas, nunca dejan de impresionar.

Antes de que los servidores cerrasen los ajustes del yelmo de Tonsleep, éste advirtió a Robine:

-Diles que conduzcan a la chica a su encierro. Ni a ella ni a los demás deben permitirles la menor alteración, ¿entendido? Márcales bien la pauta a seguir. ¡No quiero errores!

-Sí, señor.

-Con gusto te dejaría al frente de esta legión de imbéciles... pero te necesito a mi lado. Eso es lo que te hace tan insustituible, cabezota -parecía de buen humor, vista la bondad de los acontecimientos enteramente subordinados a sus caprichos-. Cuando descendamos con la batisfera, quiero que te ocupes de la emisora del refugio, para conservar, en todo momento, el contacto radio-sónico.

Robine, halagado en su vanidad de lacayo distinguido, obedeció. Mientras agitaba los dedos para informar a los soldados de los rotundos deseos del Gran Jefe, Fay abracó impulsivamente al profesor. La despedida, forzada por la separación inexorable, les apenaba a ambos.

-Cuídese... y suerte -deseó ella.

-Gracias, Fay. Dígales... dígales a nuestros amigos que me obligaron por la fuerza. De no haber sido así, jamás habría consentido en guiar a estos miserables.

-Les diré la verdad. Que yo tuve la culpa de su debilidad. Es más noble así su renunciación... Pediré a Dios con toda mi alma que...

Unos brazos fuertes se apoderaron de Fay, arrancándola del profesor. Había llegado el momento. Tonsleep, amistoso, empujó a Savery hacia el interior del "carrículo".

Entraron los dos, Robine y una pareja de servidores armados con fusiles atómicos. También vio a un navegante instalado en la cabina de controles, vuelto de espaldas a la camareta angosta dedicada al pasaje.

Se advertía a las claras que aquel tipo de vehículo estaba concebido para cortos desplazamientos o, todo lo más, para viajes esporádicos.

Carecía de cuanto significara comodidad, subordinando estas facilidades a la solidez y reducido tamaño del cochecillo alado, lo cual le dotaría de vertiginosa facultad maniobrera.

Deslizóse la cúpula. Una gruesa pared transparente separó, cual barrera de supervidrio, las miradas de Fay y el viejo. Ella le dedicó una última sonrisa de aliento y gratitud antes de que la arrastrasen al interior de la plataforma. Tonsleep pulsó un botoncillo sobresaliente al lado de su diestra. Una luz verde destelló en la cabina direccional. En el acto, el sideronavegante accionó los electromandos y el "carrículo" se despegó de la coruscante plancha, apartándose de la astronave con rápida soltura. ¡Volaban ya raudos hacia el boquete que descubría el submar!

El autolanzamiento, rematado por un viraje perfecto para enfilar proa al objetivo, coincidía con la descarga desintegrante que Syd destinó a Número Cuatro. Una cita no concertada, altamente sorpresiva, esbozábase en el satélite padre de las "flores de vida". ¡Una cita cargada de violencia!

CAPÍTULO VI
Encuentro inesperado

Desde el lugar donde le habían acomodado en la parte trasera del "carrículo", Savery veía la llanura blanca y los nubarrones bajos, enrarecidos, ensortijándose cada vez que el contacto químico hacía estallar los gases de naturaleza explosiva. También veía los cantiles, la accidentada escollera formada por talludas rocas galácticas... y el minúsculo campamento.

Frunció las cejas, instintivo, al percibir una ligera variación escénica. Una variación, por cierto, inusitada. El barracón para los instrumentos robóticos de Blue... ¡había sido barrido de la lisura superficial!

A fe, con sinceridad acrisolada, que no supo a primera vista si celebrar el descubrimiento o calificarlo, luctuosamente, como signo evidente de desgracia. Su total carencia de noticias -favorables o adversas- sobre Syd Powder, imprimían un especial sello de duda a cualquier manifestación anómala. Aparentemente, sus forzados compañeros en la travesía no habían reparado en la notable variación. Sólo sus ojos, encariñados con la disposición del campamento hasta sus más fútiles detalles, apreciaron en seguida lo sucedido. No recordaba que hubiese acontecido nada justificativo del destrozo durante la última permanencia en el refugio antes de ser trasladados a la nave. Así, pues, la vandálica rotura del barracón debía haberse producido con posterioridad; esto es, después de haberlo abandonado. En tal caso, resultaría lógico suponer que la mano de Syd tuvo decisiva participación en el asunto.

El "carrículo" se aproximaba raudamente, y un giro dado a los mandos marcó el cese brusco de la horizontalidad de vuelo, impulsando el descenso. La tierra gélida, deslumbrante, pareció subir hacia ellos en un loco empinamiento que tenía algo de estremecedor. Crestas, llanos, y los contornos del "puesto" ascendieron en cuestión de segundos, materializándose y acortando la distancia de tal suerte que lo que poco antes resultara minúsculo en razón a la lejanía, volvíase ahora, reducida la altura, de gigantescas dimensiones materiales..

Tomaron tierra con suave prontitud, demostrando la pericia navegatoria del piloto espacial para efectuar descensos en un mínimo de tiempo y terreno. El cochecillo alado quedó detenido a tres o cuatro metros de distancia del refugio, casi frente por frente a la cantonera destrozada. La mancha oscura, sangrante, del suelo causó en el espíritu del profesor Savery una sacudida convulsionante; porque advirtió en seguida la verdadera motivación y naturaleza. ¡Restos orgánicos! ¿De quién? ¿Acaso de Syd?

La cúpula protectora deslizóse a la inversa de antes, dejando una

abertura para descender. Robine miraba en torno con ojos justipreciadores, inquisitivos. Uno de los servidores de la escolta hizo ademán de levantarse; pero el esquelético lugarteniente le detuvo con un gesto.

Fue entonces, tal vez resumiendo el pensamiento colectivo en la mente de los tres hombres cerebralmente sanos, cuando Tonsleep dijo:

-No veo a Número Cuatro por parte alguna...

-Yo sí le veo -contestó Robine-. O, por lo menos, creo sospechar que se trata de él...

-¿Dónde?

-Esa mancha, señor -señaló-. Y estos destrozos -apuntaba con el huesudo dedo índice a medida que hablaba-. ¡Y aquellas ruinas!

-¿Qué quieres decir?

-Está claro. ¡Aquí hubo una lucha después de que Número Cuatro notificase su situación!

-Absurdo -calificó el gordo-. Totalmente absurdo. ¡No tiene pies ni cabeza!

-Tal vez. ¡Pero creo que nuestro hombre no sufrió ninguna clase de alucinaciones!

-Eso no tardaremos en averiguarlo. Un vistazo por los alrededores pondrá en claro...

-Si me permite un consejo, señor... Sugiero que no nos movamos del “carrículo”.

-¿Por qué? ¿Tienes miedo, Robine?

-Su segundo no se distingue por el valor precisamente -rezongó Savery, deseoso de obligarles a salir al exterior y conteniendo a duras penas la febril impaciencia que sentía-. Sin duda, considera que no llevan suficiente escolta.

-Algo de eso.

-Usted cállese, profesor -dijo el jefe-. Cuando necesite su opinión se la pediré.

-De acuerdo, Tonsleep.

-Salgamos -decidió acto seguido-. Los muchachos por delante. ¿Están bien aleccionados, Robine?

Robine asintió. Contraía las comisuras de los ojos. Las ventanas de su nariz corvina se dilataban como en un olfateo de animal salvaje. Eran apreciaciones abstractas más que concretas; porque nada oloroso podía captar encontrándose con la cabeza cubierta hasta el cuello por el yelmo respirador. Pero el viejo Savery no perdía detalle de cuanto le rodeaba.

Por los conductos auriculares del sistema de comunicación de frecuencia ultracorta, escuchaba la respiración pausada de Tonsleep y la jadeante, ansiosa, de Robine. También él, aunque deseaba abandonar cuanto antes el “carrículo”, notaba algo extraño y peculiar, envolvente,

rodeándoles cual niebla misteriosa. Flotaba en el mismo ambiente. ¡Y también como si unos ojos penetrantes, aguzados por la sorpresa, observasen hasta el menor de sus gestos!

No se equivocaba. ¡Eran los de Syd Powder, incrédulos ante su buena fortuna! No se atrevía a dar un crédito, y aun negábase a aceptar la realidad. ¡Asombro mayúsculo!

Desde el rincón escogido precipitadamente para cobijarse cuando vio perfilado en el espacio el "carrículo", asistía al desembarco con todos los nervios de punta y cada sentido convertido en un puñal. ¡El profesor Savery entre aquellos sujetos! Dios debía haber escuchado sus íntimas plegarias y le facilitaba el camino prodigiosamente, otorgándole una oportunidad incalificable por su bonanza.

Tal vez en otras circunstancias podía haber dudado; pero entonces no. La línea de conducta estaba clara y sintetizábase en pocas palabras: ¡Rescatar a su amigo y maestro!

Por él sabría todo lo concerniente al asunto y conocería la identidad de los tipos que ahora saltaban a la helada superficie.

Dos hombretones colosales, armados -idénticos físicamente al que él eliminó, como dos gotas de agua entre sí- rodearon la mancha con imbécil expresión de estupor. Un tercero, delgadísimo, contemplaba los destrozos causados; e igualmente había incomprensión en su faz. Otro, gordo y pesado hasta la grotesca fachosidad, no se apartaba de Savery.

Syd pensaba en dos cosas simultáneas: Reducir a los hombres e impedir que el "carrículo" escapase del lugar, vedando así la posibilidad de sembrar la alarma. Ambas acciones, por sí solas, no podía realizarlas con la debida adecuación de tiempo y lugar. Inmediatamente, comprendió que el factor de triunfo radicaba en distraer la atención de los que salieron del vehículo espacial, mientras él, sin esfuerzo, reducía al sideronavegante. Para ello -¡bendita previsión!- contaba con un recurso espléndido. ¡"Los robots"!

No haría falta emplear los dos. Con uno de ellos que asomase su corpachón metálico, bastaría para centrar sobre él la atención general. Ni siquiera tendría que emplearlos en funciones bélicas por el momento, ya que el propio Syd considerábase capaz de dominar la situación operando a retaguardia de los captores de Savery. El plan le pareció de perlas y no quiso perder tiempo en saborear de antemano las mieles del triunfo. Sus horas de fatigoso adiestramiento con las máquinas no fueron baldías, puesto que iban a procurarle la satisfacción de verlas compensadas con algo práctico.

Inmediatamente, recubrió a la tablilla portable o "robotélico" a distancia. La teleconexión por control remoto establecióse sin dificultad, ya que, ambos seguían conectados energéticamente, si bien permanecían en estado antifuncional de "cese".

Un instante después, lo mismo que un ser acerico y simplificado de rasgos siluetales, el “robot B” apareció fantasmalmente de entre las ruinas del barracón devastado. Los pies planos y circulares, macizos, pisaban rítmicamente el suelo espejeante de Phoebe, aunque sin producir sonidos. ¡La situación transformóse de pronto en un crujido de emoción y pánico!

-¡Miren! -chilló Robine, con los saltones ojos extraordinariamente desorbitados-. ¡Un autómata!

-¡Nos van a atacar! -balbuceó Tonsleep, retemblante la sotabarba y torcida la boca hundida-. Robine, no... no te quedes ahí clavado. ¡Da la orden!

Ocurría todo con la precipitación del frenesí. Igual que un apocalipsis de emociones volcadas caprichosamente cuando mayor parecía la serenidad y placidez. ¡Un “robot” de combate! Savery, instintivo, se echó hacia atrás. ¡Los conocía demasiado bien! La mano grasienta, pero pesada, de Tonsleep le atrapó por el antebrazo, reteniéndolo.

-¡No se mueva de mi lado! -ordenó, cáustico.

Pensaba, llegada la enhoramala de un contratiempo, en utilizarle como escudo. Nunca se había visto a Tonsleep tan pálido y desemblantado. El Gran Jefe... ¡si estaba temblando!

Robine también. En el fondo, eran dos repelentes cucarachas humanas, henchidas de vanidad pero hueras de contenido. El “robot” avanzaba, pausado. Todos seguían sus pasos con palpitación fuerte en el pecho y encontrados sentimientos. Para Savery quizá representaba un síntoma liberador, una esperanza. Para Tonsleep y su gusanesco lacayo era un signo elocuente, demoledor, de otras existencias vivas en el satélite. ¡Un autómata no funciona por voluntad propia! Aquél que le puso en marcha, que dióle vida amenazadora... ¡fue quien acabó con Número Cuatro!

-Me ha mentido -jadeaba el gordo-. ¡Se arrepentirá de ello, profesor!

-No sé de qué me habla... Lo único que puedo decirle...

-¡Cállese! ¡No me interesan sus embustes!

Robine, transfigurado de terror -¡qué gran impacto es la sorpresa y cuánta la superstición del humano!-, movió atolondradamente la diestra. ¡Era una orden de atacar! ¡De destruir al enemigo todavía pasivo! Los dos servidores, mecanizados por su carencia de oposición racional en virtud de las extirpaciones, se aprestaron al desigual combate, amartillando las armas atómicas. “¡Apunten!”. Robine, trémulo, pero obligado a permanecer en primera línea para seguir mandándoles, dirigiéndoles, crispó la mano. “¡Fuego”!.

El “robot B”, ciclópeo y soberbio en su concepción ingenieril, se encontraba a unos 20 metros de distancia. Tras él, el telón de fondo representado por la albura cegadora del hielo galáctico, recortaba su figura compacta. Las descargas atómicas convergieron en su pecho amplio y

abombado... ¡desviándose en opuestos sentidos! ¡Ni mella!

Dos agitadas cabelleras fogueantes alzáronse del suelo cuando los proyectiles hicieron impacto de rebote en los cantiles. El fragor del ruido conmovió la tierra, y las masas atmosféricas en constante actividad química despidieron nubecillas de combustión. La fantástica pirotecnia astral derrochábase en todos sentidos.

-¡Es indestructible! -gritó Robine.

-¡Machacadlo! -bramó Tonsleep empezando a retroceder-. ¡Ha de tener su punto débil!

Aún seguían bajo los efectos de la sorpresa, lo que les impedía rehacer con ecuanimidad el confuso estado de ánimo. El "robot" comenzó a levantar los brazos, ejecutando un movimiento de abanico que daba la exacta medida de un apuntamiento balístico sobre objetivo a distancia batida. ¡Iba a disparar los nuclocañones! Robine tuvo un escalofrío. Perdió el dominio de sí mismo. No. ¡No quería morir! ¡Le horrorizaba el pensamiento de la desintegración molecular!

Prefería ser un hediondo bichejo envilecido y ruin, pero de una pieza, que un millón de revoloteantes partículas ennoblecidas por el heroico holocausto... ¡esparcidas por el aire! Incapaz de refrenar su terror loco, dio la vuelta y se batió en desbandada, dejando los servidores a su suerte disparando contra la máquina imparable y grandiosa. ¡Lo abandonaba todo! ¡Todo! ¡Su cochina vida valía más que cualquier gloria y promesa!

Y fue Robine precisamente quien, al volver la espalda al enemigo, recibió otra sorpresa tan contundente como la que le empavorecía. ¡Un hombre habíase adueñado del "carrículo"!

Gritó. ¡Un alarido infrahumano! Tonsleep y Savery se volvieron a un tiempo, justo para presenciar lo inaudito, lo más inverosímil de todo... ¡el desastre!

Syd acababa de tumbar sobre los mandos al sideronavegante de un certero golpe en el costado izquierdo. Aquel idiotizado, sordo y mudo, no advirtió la presencia del joven ni obedeció su orden de claudicar. El violento culetazo, asestado para que fuese definitivo, casi le paralizó el corazón y le dejó exánime, fuera de combate por bastante tiempo. En seguida, derrochando agilidad, Syd salió del vehículo con ardillescos brincos y volteó el arma, dejándola en situación de enviar sus píldoras protónicas de destrucción.

-¡Syd! -exclamó el profesor Savery con veneración-. ¡Syd, hijo mío!... ¡Gracias a Dios!

-¡Matadlo! -aulló Tonsleep-. ¡Es Syd Powder! ¡Eliminándole a él de nada servirá el "robot"!

Robine, detenido a mitad huida, lo comprendió también así. Nada había de sobrenatural y mágico en la acción sorpresiva. ¡Syd Powder estaba vivo!

He aquí la razón y explicación de todo.

Los servidores gastaban en vano municiones atómicas contra el enemigo extrablindado... ¡que sólo sirvieron para distraerles del ataque real por la espalda! Corrió de nuevo hacia los soldados para darles la orden. El nerviosismo y la épica excitación del momento les hicieron olvidar a Savery quien, de un tirón brusco, se desprendió de la mano del gordo y echó a correr en dirección a su salvador. ¡También el "escudo" de Tonsleep se esfumaba en el momento culminante!

Batiendo la tierra, arrancando esquirlas chispeantes de su dura algidez, el "B" avanzaba sin medio capaz de desviarle de su camino. Las trayectorias atómicas pegaban contra la supercoraza estructural y salían desviadas con escalofriante rudeza, apenas causándole una ligera vacilación.

¡Necesitaba algo más que fusiles para abollar su capa de "acericón" triple! Los estallidos estaban reduciendo el sector a la categoría de un inmenso campo de "croquet", sembrando de pavorosos agujeros en forma de embudo, y licuando grandes masas heladas que se desmoronaban bajo la fusión intensamente calorífica de las descargas. Parecían ondas sulfhídricas que licuefactasen cuanto de material, y sólido, imperaba en derredor. Robine, presa de una agitación indescriptible, se detuvo junto a los absortos servidores y les tocó para obligarles a mirarle. Entonces, dio la orden tajante. La dio con ambas manos. ¡"Muerte al terrícola"!

Los dos, girando el cuerpo, apuntaron a Syd y...

-¡Al suelo! -acababa de exclamar Powder.

Savery, cuya mente funcionaba a toda actividad acuciada por el deseo de servirle en sus fines al valiente Powder, no necesitaba que le ordenasen algo tan sumarísimo. Se desplomó aparatosamente, quedando tendido de bruces. Por encima de su cabeza, silbando y gruñendo, cruzó un río de fuego mortal como consecuencia del intercambio de descargas entre ambas facciones contendientes.

Syd disparó apenas Robine agitaba las manos. El primer soldado que se volvió, fue abatido por una catarata protónica que lo borró de la faz del satélite. No obstante, el acto de presionar el disparador debió ser el último que todavía ejecutó antes de volatilizarse en la nada y un turbión airado, rojo llameante, ascendió hacia el firmamento punteado de luces astrales.

La horrísona explosión creó una onda sonora y expansiva tan potente que les barrió a todos.

El "carrículo" fue tumbado de lado, oscilando un segundo de canto, antes de recobrar su primitiva y normal posición. Syd se vio impulsado hacia atrás. Savery rodó por el suelo, deslizándose a varios metros de distancia, igual que el gordo Tonsleep. Robine y el otro servidor no salieron mejor librados.

El lugarteniente recibió un golpe en la espalda que le privó del conocimiento. Fue el único -aparte del desintegrado- que quedó fuera de combate por el momento. Sin embargo, sus órdenes perentorias seguían impresas en el cerebro del servidor quien, nada más reponerse del desplazamiento, buscó a Syd para proseguir el cruento combate.

De todos cuantos se congregaban en el campamento, sólo el “robot B” mantúvose en pie, irreductible; aunque la onda desvió su dirección y ahora avanzaba en otro sentido, absurdamente tenaz en su camino.

El soldado localizó a Syd cuando trataba de incorporarse.

Echóse el arma a la cara y apuntó... demasiado precipitadamente en su afán de anticiparse a la acción contraria. Syd saltó con todas sus fuerzas -¡hermosa y levísima gravedad de Phoebe!- trasladándose a la cresta de una roca. ¡Fratmks!

Otro estampido ensordecedor, vibrando espantosamente en los “captadores” del yelmo de Syd, sucedió a la vivísima llamarada. ¡Una extensión de cinco metros cuadrados quedó allanada igual que si una mano gigante hubiese descargado un puñetazo sobre cera ardiente! La base de la roca que mantenía al joven empezó a derretirse.

La pirámide entera inició un tambaleo al faltarle el soporte de sustentación. Largos chorretones resbalaban por las paredes de hielo, dando vida a riachuelos cuya frialdad despedía vahos... Apuntando con seguridad, levantando el cañón del protofusil para neutralizar la progresiva inclinación del galactopeñasco, Syd centró el telepunto de disparo en plena cabeza del soldado de Tonsleep. ¡Y también éste se disponía a repetir la descarga atómica! ¡Dos bocas de muerte fulmínea apuntaban a los respectivos contendientes!

El protofusil vomitó su andanada dejando atrás una empenachada cola de llamas. El índice del servidor se curvaba ya sobre el dispositivo de disparo, cuando... ¡Spammmgggsss!... ¡El cuerpo todo había estallado en el aire igual que una burbuja química! ¡Desintegrado!

Syd pudo ver todavía la llamarada orgánica; pero caía ya desde lo alto de la roca abrazado al ahora móvil asidero.

Tuvo presencia de ánimo suficiente para imprimir un impulso con los pies y salir despedido al vacío. La masa helada se estrelló contra el suelo, y Syd descendió a la superficie lentamente, porque la gravedad hizo el resto y pudo posar las botas con la velocidad de caída atenuada. Una flexión de piernas amortiguó el choque.

-¡Aquí! -gritó Savery agitando ambos brazos-. ¡Venga! ¡Me es imposible levantarme!

Cierto. No podía hacerlo... a menos que dejase a Tonsleep libre del impedimento que representaba su propio cuerpo.

El gordo, tumbado boca abajo y convertido en ampuloso asiento del

astrobotónico, manoteaba torpemente, porque sus adiposidades le impedían desprenderse del anciano. Syd llegó hasta ellos en cuatro saltos.

-¡Muchacho! -dijo Savery con los ojos brillantes-. ¡Ha sido usted una "pulga" oportunísima! ¡Vea lo que queda del "elefante"!

Ambos, pasada en parte la excitación, se estrecharon las manos y sonrieron al recordar estas expresiones que Syd usara algún tiempo antes; cuando les convenció para que secundasen su plan y organizaran la farsa de hacerle pasar por muerto. Tonsleep estaba vencido. Más aún: Aplastado. Su impotencia, aumentada por la pesadez física, era tan evidente que, de no haber sido pollo trágico del caso, habría logrado provocar su hilaridad.

Resoplaba con fuerza, y todo su vigor quedaba reducido al fulgor de los ojos, donde resplandecía la cólera, el despecho ante su estúpido fracaso y un odio inextinguible, agigantado. Su derrumbe moral fue completo cuando, advertido por Savery, el joven se apoderó de la pistola electrobórnica que constituía su personal y favorito armamento. Quizá pareciera ilusorio, pero el astrobotánico habría asegurado que hasta los destellos del bellísimo diamante parecían empañados por la estruendosa derrota de su dueño.

-Levántese -ordenó Powder-. ¡Arriba!

-Es Blako Tonsleep, un canalla redomado con aires de conquistador del Universo -explicó Savery-. Su nave nos siguió durante el rodeo cósmico. Él impidió que nuestros camaradas contentasen a la petición de auxilio que formulamos desde el submar. Todos habíamos caído en su poder, Syd. Ahora nos disponíamos a descender hasta los semilleros, porque ardía en deseos de conocer el emplazamiento. Por suerte, nos detuvimos en este refugio a fin de recoger a uno de sus esbirros...

-Ya sé -repuso Syd-. Tuvimos un encuentro a tiros y... no le acompañó la fortuna. Gracias por la explicación, profesor. ¿Y... y Fay?

-Vive. La dejé hecha un mar de lágrimas cuando nos separamos para venir al submar. Pensaba en usted... ¡y más enamorada que nunca!

-En esa cuestión los dos estamos empatados a puntos -miró a Tonsleep con fría fijeza-. Bien, gran hombre. Su intento sideral no dio el fruto deseado, ¿verdad? Creo que huelga explicarle el cambio de decorado que acaba de sufrir la situación. Dejemos los detalles. Ahora... ¡exijo la libertad de mis amigos!

Tonsleep suspiró. Seguía pálido y desencajado; pero la flema volvió a ganarle. ¡Un hombre solo! Poco daño causaría a su bien instruido ejército. Una actitud conformista, por el momento, era la única dable ante tanta contingencia adversa. El arreglo, y su correspondiente ajuste de cuentas, llegarían... después.

Presumía, cuanto menos, que de aquellas gentes honradas y nobles no cabía esperar malos tratos. Como todos los cobardes y sádicos que gozan

con la tortura ajena, sentía temblores son sólo pensar en los padecimientos físicos aplicados en carne propia. Le respetarían si sabía ceder. Y él, por supuesto, no tenía nada de héroe. Se plegaría, amoldándose a la situación. Cedería a la menor presión. Ya vendría, más tarde, la presentación de facturas... gravadas con intereses implacables.

-¿Qué responde?

-Nada.

-Le prevengo que...

-Un momento, Syd -interrumpió Savery-. Déjele. Si se obstina en llevarnos la contraria, tanto peor para él. Conozco una clase de “persuasión” a la que es muy aficionado. Por aquí nos sobra hielo galáctico y respecto a líquido hay en abundancia junto al boquete...

-¡No! -chilló Tonsleep.

-¿Qué le ocurre? Usted mismo nos enseñó el método a Fay y a mí.

-¿A Fay? -gruñó Syd crispando los puños-. ¿Le ha causado daño a Fay este cerdo?

-No, no -gimió Tonsleep, sudoroso-. Hay un malentendido en las palabras del profesor Savery. Yo... ¡yo deseo cambiar de actitud! ¿A qué conducirían las negativas? ¡Le ayudaré! Us... ustedes tienen todos los triunfos.

-Bien. ¡Qué sensatez tan conmovedora! Cálmese, Tonsleep. No ha lugar a inquietudes. Ya le dije a usted, Syd, que Fay se encuentra perfectamente. También le recomiendo calma.

-¡Ahora mismo está usted conectando con su nave y ordenándoles que suelten...!

-¡Oh! -se lamentó, quejumbroso, el gordo-. ¡Eso no puedo hacerlo!

-¿Por qué?

-Mis hombres son... están... Bueno; no pueden escuchar sonido alguno. Sólo entienden y conocen un idioma manual que...

-¿Cómo?

-Dice la verdad -corroboró Savery-. Es otra de las monstruosidades de este criminal. Ya le pondré al corriente más tarde.

Pero... ¡eso parece increíble! -se asombró Powder-. Claro que, pensándolo bien, justifica algunas cosas raras que vine observando antes. En tal caso... ¿de qué medios se valen para hacerse obedecer?

-Ya se lo dije... Un idioma manual... No existe otro semejante, porque Robine lo ideó... Nunca quiso enseñármelo, pretextando mil dificultades. Por mi parte, tampoco insistí. Se valía de este conocimiento como garantía para resguardar su vida... No habrá otro remedio que regresar a la nave...

-No importa. Ya aclararemos eso. No crea que voy a tragarme a ojos cerrados todas sus fantasías... ¿Dónde está el tal Robine?

-Allá -indicó Savery-. Le vi caer cuando la explosión atómica. Parece

desvanecido.

-Vayamos a echarle un vistazo. ¡Andando, Tonsleep! Y nada de bromas. Mi mayor alegría sería despacharle sin contemplaciones... y lo haré a la menor ocasión. Máxime, habiendo deducido por sus palabras que Robine es mucho más importante y útil a nuestros fines de liberación que usted mismo.

-Sí... sí, señor Powder. Descuide. Nada intentaré.

Acaso por primera vez en su vida, Tonsleep era totalmente veraz. Nada intentaría. Su causa estaba perdida, desmembrada en el más fundamental de los órganos: El corazón. Porque él mismo constituía el corazón y el cerebro de la organización.

Prisionero y reducido a la más humillante de las impotencias, nada poseía ya valor. Ególatra hasta el fin. Ni los esbirros que aguardaban en la nave, ni los restantes adeptos acuartelados en su Base de Japetus. Porque nadie, absolutamente nadie, contaba ni servía para llevar adelante el ambicioso proyecto de las “flores de vida” faltando la cabeza directriz de la banda. Una mano ejecutora, sin nervios motrices que rijan los adecuados ademanes, permanecerá siempre inmóvil aunque esté considerada como potentísima. La derrota traíale regusto a acíbar hasta el velo del paladar. Y era un sabor que, por remate, significaba también ajusticiamiento y aniquilación en las cámaras letales de la Policía Cósmica. En otras palabras: ¡El fin supremo de Blako Tonsleep!

Estos amargos pensamientos le atormentaban sin piedad -como tantas veces él atormentó a sus semejantes- mientras caminaba hacia el lejano escollo donde Robine permanecía tendido.

Savery habíase adelantado unos pasos, impacientándose por la torcida posición yacente del esquelético sicario. ¡Cuán desmadejada su inmovilidad!

Tenía la cabeza ladeada, los brazos abiertos... y unas manchitas roías, minúsculas, junto a los bordes de la boca. ¡Sangre! Tonsleep andaba tan absorto en sus meditaciones que no reparó en nada dé ello hasta que la alterada voz del viejo llamó:

-¡Syd! ¡Venga en seguida!

-¿Qué ocurre?

-Me parece... Me parece... ¡Creo que es grave!

Se arrodillaron junto al yacente. Un somero examen reveló la trágica verdad. De nada iban a servirle, en lo sucesivo, aquellas manos ágiles de dedos huesudos y afiladísimos. Con él caería en el pozo del olvido el tesoro de un legado idiomático tal vez admirable para otros fines menos truhanescos...

-Ha muerto -suspiró Savery-. Descanse en paz.

La faz de Robine, siempre cadavérica, repelía ahora. Los pómulos

sobresalían atrozmente, los ojos parecían haberse hundido en unas cuencas sin fondo, la boca, cruel, poseía un rictus torcido y escalofriante.

-Dios perdone sus errores -deseó Powder.

-¡Ha muerto! -repitió Tonsleep recobrando la facultad del habla-. ¡No!

-Por desgracia... es innegable.

-P... pero... ¡No lo creo!

-Cerciórese cuanto quiera. No hay prisa.

-¡Esto es una tragedia! ¡Una espantosa tragedia, señores! ¿No lo comprenden? ¡Sólo él conocía la lengua digital para entenderse con mis hombres!

-Lo siento, Tonsleep -dijo Syd-. Tendremos que arriesgarnos a correr la aventura confiando en que baste el hecho de reconocerle para sumirles en obediencia. La explosión nuclear destrozó a Robine por dentro. O tal vez fue la onda expansiva... O el golpetazo contra la roca... ¡Qué más da! Lo cierto es que ha fallecido. Ya no es posible contar con él.

-No podremos... no podremos... -susurró Tonsleep, fija la mirada en el cadáver-. Hasta el último momento... ¡maldito seas mil veces, Robine!

La injuria sonó tan despreciablemente en los oídos de Syd, que revolvióse con furia para darle su merecido al puerco abyecto que ni siquiera la visión de la muerte bastaba para imponerle respeto. No llegó a actuar. Se contuvo.

Lo mismo él que Savery, contemplaron con lástima al hombre que gemía su desdicha... con los ojos arrasados en lágrimas.

CAPÍTULO VII
La nave de los dementes

La muerte de Robine representó, aparte las personales conveniencias del aplastado Tonsleep, un grave contratiempo por todos los conceptos.

Descansaron unos momentos, dando tiempo, a su vez, para que el deshecho gordo se serenase y el servidor del “carrículo” recobrase el sentido. Este último tardó en reponerse del golpe asestado por Syd.

Las frases que Robine y su jefe pronunciaron antaño, relativas al cansancio que se apoderaba de aquellos seres parcialmente humanos hasta anularles casi por entero, fueron recordadas por Savery y adquirieron ahora todo su rotundo valor. El espacionavegante, por ejemplo, sufría una intensa crisis de dejadez al recuperar el conocimiento. Ya entonces comenzaron a notar la decisiva falta del idioma digital. No hubo forma de calmarle, ni llevar consuelo a su atormentado cerebro, que prodigarle muestras de simpatía valiéndose de la mímica, habida cuenta de que las palabras eran totalmente inútiles.

No entendía los gestos. Ello saltaba a la vista instantáneamente. Además, sus ojos ansiosos, seguían cada ademán de las manos, cada acción, esperando hallar en ellas el mensaje que necesitaba, y al no encontrarlo -o descubrir en el movimiento de los dedos algo que le recordase vagamente el idioma- caía en el desconsuelo y la confusión implacable. Tonsleep no cesaba de lamentarse, de plañir a más y mejor, lo cual no era ciertamente favorecedor para ninguno de ellos.

-Metámosle en el “carrículo” -sugirió Syd algo más tarde-. Así comprenderá que lo que deseamos es regresar a la nave.

-No sé... -musitó Tonsleep-. Sospecho que no servirá de nada.

-Podemos probar -insistió Powder.

-¿Por qué cree que no servirá de nada? -interrogó Savery-. Cuando despegamos de la plataforma recuerdo que usted se limitó a oprimir un botón. No cruzaron ninguna otra seña durante el recorrido. Y él nos condujo directamente al campamento.

-Sí; no lo niego. Pero yo me limité, como usted dice, a pulsar el botón... dando la orden de partida. Robine había hablado previamente con él... y sabía a dónde tenía que dirigirse. Ahora, en este caso, lo obligado sería darle instrucciones y acomodarnos después en el vehículo. Mi servidor estaría, pendiente de la orden de salida.

-¿Cómo es posible que usted no sepa ni uno solo de los gestos?

-Porque nunca me preocupé de aprenderlos. ¡Lo he dicho y lo repetiré mil veces! Aparte, Robine jamás consintió en hacerme partícipe de su gran secreto. ¡Era cuestión exclusivamente suya! El idioma garantizaba su vida y lo convertía en insustituible. Desde que lo recogí del arroyo... mientras

vagaba sin oficio, hambriento y desamparado, por las calles de la Tierra... él quiso demostrarme su agradecimiento. Me habló de su habilidad, de su invento... Yo acariciaba el proyecto de adueñarme de las "flores de vida". Naturalmente, tropezaba siempre con un gran obstáculo: Ocultar el fin verdadero a mis colaboradores. Ya supondrán ustedes lo que son esta clase de empeños... Uno no puede fiarse de nadie. ¡Hay tantos traidores!... Cualquiera podría irse de la lengua, venderse al mejor postor, ir a contarle la verdad a la Policía Cósmica si surgían resentimientos... La única forma de evitar que divulgasen mis conocimientos y propósitos consistía en "evitarles saber". Pero ¿cómo asegurarme su silencio a la par que la fidelidad total? Robine me entusiasmó con su idioma manual, distinto a todos. Vi el cielo abierto y no quise desperdiciar la ocasión. Le hablé claro, le prometí honores y riquezas... El pobre diablo que entonces era quedó deslumbrado, y se puso a mi servicio en cuerpo y alma... Nos trasladamos a Saturnia, donde yo conocía a un cirujano expertísimo desterrado de la Tierra por sus experimentos y ensayos con mutantes. Su carrera estaba arruinada por la desmedida afición a extirpar órganos vitales en cuantos hombres-cobaya caían en su poder. Andaba tras la consecución, desde varios años antes, de un tipo de soldado ideal... El más valioso e impertérrito. El soldado sin nervios, sin miedo, sin cerebro que le permitiese analizar el pro y el contra de cada orden... Fidelidad, obediencia ciega, falta total de discernimiento ante el peligro... Bastante estúpido en el fondo, sí. Pero... ¿qué otra cosa necesitaba yo para mis logros? Nunca he necesitado seres inteligentes. Nunca... ¡Oh, no hablemos de ello! -Tonsleep, nervioso, se cubrió el rostro con ambas manos-. No sé el idioma. ¡Eso es todo! Deploro más mi ignorancia que ustedes... Ahora sé que estoy... irremisiblemente... perdido.

Savery contuvo a Syd Powder cuando se disponía a machacar sobre el tema. De nada valía la insistencia, porque Tonsleep habíalo dicho todo de un tirón. Convino en que, durante todo el tiempo que llevaba tratándoles, siempre fue Robine quien dio las indicaciones pertinentes a los servidores. Esta circunstancia avalaba las declaraciones de Tonsleep. Además, bastaba con ver el deplorable aspecto que ofrecía para convencerse de la veracidad de sus palabras.

A pesar de haber ganado la batalla con aquel golpe final sorpresivo y destructor, aún les quedaba por solucionar una parte del mismo asunto bastante espinosa por cierto. No obstante, decidieron afrontarla sin dilación. Intentarían llegar a la astronave con el "carrículo". Nadie sospecharía nada viendo regresar el familiar vehículo.

-Hay pocos sitios a los que su hombre pueda ir por iniciativa propia, ¿no es cierto? -dedujo Syd-. Sin órdenes, sin una meta específica y privado de la facultad de pensar libremente... se dejará arrastrar por la inercia de los

actos repetidos, los que él recuerda haber realizado con mayor asiduidad. Nos llevará a la nave. En el caso contrario, lamentándolo mucho, iríamos por nuestro propio pie. Antes, sin embargo, prefiero apurar las posibilidades.

-¿Llegar por nuestro propio pie? -Tonsleep mostróse escéptico-. ¿Y cómo ascender hasta el "cono"?

-Tendrán elevadores, ¿no?

-Son internos. Para que nos facilitasen el acceso a ellos, tendríamos que comunicar previamente con el Control General. Abrirían una compuerta.

-Comunicaremos.

-Lo dudo, Powder.

-¿No hay medio?

-Sí. La emisora del "carrículo" o el reloj microtransmisor de mi soldado. Pero yo... yo...

-¡No me diga que desconoce el manejo!

Tonsleep no lo dijo. Pero alzó los hombros con tan elocuente abatimiento que obviaba toda otra respuesta verbal.

-Soy el Gran Jefe... -agregó al cabo-. Bueno; lo era. ¿Para qué debía ocuparme de esas minucias?... Robine, como inventor del idioma y las claves, adiestró a los hombres. ¿Iba a adiestrarme también a mí? Se ocupaba, incluso, de administrarles una droga maravillosa con la que obteníamos obediencia completa. ¡Todo está destruido ahora!

-¡Estúpido Gran Jefe! -rezongó Syd-. ¿No se daba cuenta de que él sistema nervioso de su organización reposaba en manos de Robine? Casi vivía usted, con ser el poderoso, a su merced. ¡Supeditado enteramente a su servicio!

-Ya lo sé. Pero Robine me era leal en todos sentidos. ¡Lo demostró!

Savery no pudo evitar traer a la memoria la primera impresión que el difunto Robine le había producido, cuando leyó la codicia reflejada en sus ojos. "Del servilismo a la traición cobarde sólo media un corto paso", pensó entonces. Ahora tuvo la sensación de que su muerte le había ahorrado a Tonsleep la más arrasante de las decepciones. Casi halló justificado que maldijese con ira ante su cadáver... e incluso llorase lágrimas de desesperación.

Se pusieron manos a la obra y condujeron al sideronavegante hasta el "carrículo". Syd, valiéndose del protofusil, señalaba incansable el lugar donde "satelizó" la nave, pugnando por hacer penetrar en las espesuras de su mente idiota el convencimiento de que les guiase hasta allí. La cara del hombre, retratando una imbecilidad supina, se mantenía inexpresiva pese a los esfuerzos del joven. En su mente incólume de ideas no entraba nada.

-¡Es para volverse loco! Este tipo sería incapaz de comer aunque le sentáramos en una mesa repleta de manjares. ¡Moriría de hambre si antes

no le daban la orden!

-Efecto de la droga -señaló Tonsleep-. Sus resultados son portentosos. Robine la dosificaba cada doce horas, en la primera alimentación.

-¿Nunca dejó de hacerlo? -se interesó Savery.

-Nunca. Hubiese sido como tentar el peligro innecesariamente.

-¿Qué peligro?

-¡Cualquiera sabe! Lo cierto es que nunca les dimos oportunidad para que se rebelasen o, simplemente, discrepasen de nuestros mandatos. Todo ello gracias a la droga. Ignoro lo que sucederá cuando dejen de tomarla periódicamente.

-Quizá no comprenda el alcance de esas palabras -dijo Syd-. Pero me reafirmo en la idea de regresar cuanto antes. ¡Vamos! Probemos a meterle en su cabina. Échenme una mano.

El servidor se dejaba conducir sin resistencia. Miraba a Tonsleep -cuyo rostro le era familiar- y sus ojos parecían darle a entender que aguardaba algo. ¡Era tan diferente aquello al trato que habíanle acostumbrado! ¿Por qué le conducían? ¿Qué impedía a aquellos hombres -entre los cuales estaba el Gran Jefe- accionar las manos y sacarle de dudas de una vez para siempre? Esto, de una forma que poseía visos patéticos, parecían dar a entender sus miradas Cuando le acomodaron en la cabina direccional y los pasajeros se instalaron a su espalda, la confusión había llegado a producirle jaqueca. ¡Y sin poder lamentarse con otra cosa que gruñidos sordos! La crueldad de las operaciones quirúrgicas resaltaba con toda la bestial rudeza de una acusación que llevaría al patíbulo -aunque fuese por este hecho- al rollizo Tonsleep.

La cúpula se deslizó en silencio. Fue Savery quien, anticipándose al acto del prisionero, oprimió el botón. La lucecilla verde, de aviso, destelló en el panel salpicado de instrumentos y medidores. Las manos del hombre se movieron en dirección a los electromandos; pero, antes de alcanzarlos, las detuvo. La inmovilidad llevaba implícita su manifestación de desconcierto.

-No sabe qué hacer -comentó el astrobótánico.

-Su mente está vacía de instrucciones...

-Pues llenémosla, al menos, con el deseo de escapar de aquí -resumió Syd, pulsando de nuevo el botón-. ¡En marcha!. ¡En marcha! ¡Rumbo a la nave!

Se habría quedado ronco antes de hacerse oír por el sideronavegante, separado de ellos por un grueso tabique divisor de “vitreoplast”. Mas entonces ocurrió algo alentador. Algo que, no por lo esperado, dejó de sorprenderles vista su manifiesta torpeza e imposibilidad para comprender Las manos accionaron los mandos y el latido de vida mecánica palpitante, inundó el “carrículo”.

-Lo ha puesto en marcha... ¿Y ahora?

Restos de inteligencia, atisbos mentales innatos en el ser humano desde su nacimiento, le obligaron a volverse y a clavar una mirada clamante, casi de auxilio, en los pasajeros. Syd señaló, a través del material transparente, el invisible emplazamiento de la astronave.

-¡Allí! ¡Llévanos allí! -gritó-. ¡Oh, pobre imbécil! ¡Es lo mismo que un recién nacido!

No se engañaba. Pero hasta un recién nacido alumbra a la vida con su pequeño bagaje de instintos. Tal vez ellos, de una forma rudimentaria, le señalaban el objetivo. Recuperó la posición. Afianzó la espalda en el respaldo, mientras los terrícolas seguían con expectación cada uno de sus movimientos. De pronto, como a quien impulsa un reflejo concreto entre tanta niebla abstracta, manejó los electrocontroles sin dudar. ¡El "carrículo" saltó disparado del sector, ascendiendo hacia lo alto y traspasando las arremolinadas capas químicas!

Un viraje, un semiarco perfecto, y seguro, debieron otorgarle al muñeco mecánico confianza en sus tanteantes actos. No hubo contraorden del Gran Jefe. El "intercom" de pulsación lumínica seguía apagado. Abajo, hundiéndose en borrosos perfiles, quedaba el campamento y sus destrozos. ¡Salían, al fin, para rescatar a los cautivos!

-Ya estamos arriba -celebró Syd-. ¡El primer paso!

-¡Cáspita! Costó lo suyo, pero...

-No cante victoria, profesor. El espacio es grande y esté hombre no sabe a dónde ir.

-Esperemos que sí -discrepó Syd-. Tengo confianza en el hábito que crea la rutina.

Tonsleep estaba en lo cierto, Ascendían, ascendían sin cesar. La abrupta esfericidad de Phoebe quedábase más y más lejana. Los picachos puntiagudos de las cordilleras glaciales eran simples arrugas en aquella piel de nívea blancura. El llano central se transformó en sabana ancha, inmensa. Y los valles, perdidos en la sima de la altura, parecían minúsculas fisuras picoteando la topografía estéril. Junto a ellos -más próximas pero aún lejanas, con lejanía inalcanzable- rutilaban las estrellas y los astros del sector saturnal.

Sí. Tonsleep estaba en lo cierto. Mas Syd Powder acertó también en sus pronósticos, porque el sideronavegante -acaso alarmado por la altura y el ronroneo ahogante del motor- estabilizó el "carrículo" y alcanzó la horizontal. Desde allí arriba Phoebe se ofrecía espléndidamente. Los casquetes, el ecuador, el casi inexistente albedo... Y también, brillante, un punto de luz tornasolado. ¡La astronave!

Syd golpeó la divisoria. Inútil. ¡No volvía la cabeza! ¿Cómo, llamar su atención?

-Es sordomudo -recordó Savery-. Temo que...

-¡Basta de temores! ¡Hemos de llegar a toda costa!

Arrebatado, encendidos los oíos por la luz de una idea recién brotada en su cerebro, Syd la puso en práctica. Pulsó el botoncillo sin descanso, a golpes, y los destellos de la luz verde en el salpicadero turbaron completamente al individuo. Orden de salir. Insistente. Pero... ¡si ya habían salido! El caos de ideas le obligó a volver la cabeza y a mirarles con ojos de pasmo.

-¡Bravo! -exclamó el viejo-. ¡Lo ha conseguido!

Syd empezó a gesticular, a señalar frenéticamente el punto luminoso motivado por el reflejo de las plateadas superficies de la nave.

-¡Allí! ¡Llévanos allí! ¡A tu cuartel general!

No le oía. ¡Ni media palabra! Sin embargo, acaso intrigado por la sucesión de anomalías en nada corrientes dentro del metódico programa inculcado con laboriosidad por el celo instructor de Robine, dirigió la vista al lugar señalado. ¡Comprendió, al fin! Lo comprendió de súbito, estallantemente. Sus pupilas se animaron y volvió el color al pálido rostro. ¡Qué alivio sentirse dirigido! Su sonrisa resultó tan contagiosa que también Savery y Powder rieron.

-¡Llegaremos! -expuso el profesor-. Ahora ha entendido nuestro deseo.

-Es lastimoso su estado, pero... ¡gracias, muchacho! -miró a Tonsleep con ojos de reproche-. ¿Ve usted su obra canallesca? ¡Gran jefe! ¡Una salvajada incalificable es su jefatura! Esos pobres hombres, ajenos a todo... ¿cómo se adaptarán a la vida una vez librados? ¿Cuál será su posición frente a la sociedad? Su delito es horrendo, Tonsleep, y no existe castigo suficiente para hacerle pagar la desmedida ambición. Un crimen sin precedentes contra el que debían aplicarse métodos igualmente inusuales.

Tonsleep, sudoroso y agitado, se echó hacia atrás en el asiento, protegiéndose la cara con los antebrazos.

-No voy a matarle, no. Cálmese. La muerte es demasiado dulce para un tipo como usted. ¡Ojalá la Policía Cósmica pudiese ajusticiarle mil veces de los modos más atroces! ¡Se lo tiene merecido!

El sideronavegante, consciente del destino, imprimió un giro al vehículo espacial. Rugieron las toberas expulsando chorros de gases y el “carrículo” enfiló como un cometa sin cola lumínica la dirección señalada tras arduos esfuerzos. Se aproximaban. Las crestas que festoneaban el paisaje volvían a elevarse ante ellos, recortadas y ominosas. Los cantiles fueron llegando, llegando... Un nuevo viraje, medido, sirvió para rodear el dentado lomo de las cordilleras satelitales. ¡La nave!

Se erguía a dos o tres kilómetros de distancia, imponente por su majestuosa presencia. Al fondo, como una sombra casi gemela, destacaba también la del grupo expedicionario de la Tierra. “Flores de vida” de

Phoebe... ¿cuánto daño habían causado y causarían con el tiempo? Mejor era no torturarse con tales preguntas cuando la candente realidad todavía avivaba llagas hondas en sus heridas. ¡Fay! Pronto volvería a verla. ¡Muy pronto!

-Avise que vamos a tomar superficie -indicó Savery a Tonsleep.

-Ya... lo ha hecho... mi servidor -susurró el aludido, abrumado por presagios funestos-. Sigue actuando por costumbre... Ahora daremos un par de vueltas... hasta situarnos... y después...

En efecto. El "carrículo", dirigido ya con mano maestra, viró en torno al gigantesco monumento con la zumbante agilidad de un mosquito alrededor de una botella. La atmósfera de Phoebe se estremecía con el rugido de su motor atómico. En el cuadro permanecían encendidas dos luces -blanca y verde- que indicaban la conexión. Cuando la blanca dejó de lucir, Tonsleep declaró:

-Ya han extendido la plataforma. Luz verde significa permiso.

Giraron con leve inclinaron, ladeados. La mole metálica ocupaba toda la visión. Hasta poco antes, con el primer giro, pudieron contemplar la astronave a vista de pájaro, desde las aletas de sustentación vertical hasta el "cono" pigmentado de rojo fuerte. Cuando iniciaron la última vuelta, sólo fue posible abarcar un gran pedazo, liso y vastísimo.

Volaban a su encuentro. Se les venía encima, inmenso. Daba vértigo asistir a la proximidad, al acercamiento velocísimo... y nadie dejó de pensar en la posibilidad de una colisión. Después de todo, se hallaban a merced de un autómata humano. Todo el horizonte, el Universo entero, era la nave. ¡Qué lisura y frialdad! ¿Y si no actuaban los de dentro? ¿Atenderían a las órdenes electrónicas? ¿Por qué tardaban tanto en...?

-¡Cuidado! ¡Vamos a chocar! -gritó Savery.

Una sección quedó abierta de súbito y por ella afloró la plataforma retráctil, igual que una mano amiga tendida para acogerles. ¡Estaban literalmente encima! El servidor cerró el encendido de un manotazo. Cesó el ruido y la palpitación de vida. La bocaza grande, el portón dejado al descubierto al ser accionados los resortes, les engulló. El "carrículo" se deslizaba sobre la plataforma... ¡Solidez bajo sus pies! ¡Qué sensación tan grata!

Quedaron detenidos por un frenazo rápido, a fondo, pero sin brusquedades. Ni una oscilación. Vieron el interior brillantemente iluminado, cegador. Paredes metálicas, ausencia de decorado, potencia impresionante de máquina visitada en sus entrañas. Dos servidores montaban guardia, armas al hombro, junto a la pared. Fuera, a su espalda, la gran compuerta se cerró en silencio. ¡Tragados! Un tercer servidor, con ademanes parcos aunque solícitos, se aproximaba... ¡dándoles la bienvenida con el pulgar alzado! La cúpula se descorrió a la inversa. Tonsleep, agitado

comenzaba a aflojar los seguros de su yelmo hermético.

-Imítenme -avisó antes de despojarse-. Se extrañarían si nos viesen conservar esto puesto.

-Hágalo -asintió Savery-. ¡Y Dios nos proteja, Powder!

-No tema. Esos individuos reconocerán a su jefe.

-Pero... ¿qué he de decirles?

-No les diga nada. Actúe por cuenta propia -Syd miraba escrutadoramente en torno-. Parecen tranquilos.

El espacionavegante fue el primero en salir del "carrículo". Entre él y el que llegaba, se cruzó un saludo digital. ¿De qué hablarían? ¿Le diría que había sido agredido por el más joven con la culata del arma? ¿Contaría que Robine -su ídolo adorado- estaba muerto en el campamento terrícola? ¡Angustiosa incertidumbre!

Syd descendió acto seguido, sin abandonar el protofusil. Tonsleep lo hizo después, y Savery, muy pálido, en último lugar.

Todos notaban fijas en ellos las miradas interrogantes de los soldados. Esperaban algo. ¡Esperaban! El gordo, tragando saliva, hizo un ademán con la diestra.

-¿Qué les ha dicho? -tronó Syd.

-Nada... ¡No sé qué decirles! Seguirán clavados ahí mientras no les despida.

-¿Es lógico que no sepa ni un sólo gest...?

-¡No! -chilló Tonsleep ganado por el nerviosismo-. ¡No conozco el idioma de Robine!

-Tranquilícese. ¡No sea estúpido! Si ellos advierten nuestra intranquilidad...

-Mira, Syd.

El profesor señalaba a su espalda con la barbilla. Los dos soldados se apartaban de la pared y, lentos, caminaban hacia ellos. ¡Era aquella una nave tripulada por gentes sin razón!

-El Receptor se impacienta -observó Tonsleep, indicando al que acudía a recibirles-. ¿Qué podría decirle? Yo no sé...

-Vámonos -decidió Syd-. Salgamos de este círculo... y pronto. Tal vez su piloto habla demasiado. ¡Llévenos junto a nuestros amigos!

El Receptor aguardaba con cara de extrañeza. ¡Aguardaba siempre! Los soldados se acercaban. El sideronavegante, fruncidas las cejas, les miraba también. ¡Y aquel silencio sepulcral! ¡Savery y Powder sudaban. Ya estaban en el interior de la astronave. ¡Vaya si estaban metidos... hasta el cuello!

-Vamos, vamos... -apremió Syd.

Tonsleep, suavemente empujado, se puso en movimiento. ¡Cómo miraban ahora, de qué forma! Los ojos parecían puñales. Iba, poco a poco,

desapareciendo la cordial sumisión. Debían estar confusos, extravagantemente anonadados. Se preguntarían multitud de cosas. ¿Por qué no les ordenaban retirarse? ¿Y el "maestro" Robine? Lo peor era que... ¡entre ellos "sí podían entenderse"! ¡Esto, acaso, daría lugar a una coalición! ¿Por qué no?

Al comenzar a andar, el Receptor levantó la mano derecha y agitó los dedos. ¡Una palabra! ¿Cuál?

-Creo... creo que me pregunta -cloqueó el gordo.

-No responda... ¡Vamos!

-Pero... ¡no ve que no se mueven de ahí! ¡Nos seguirán mientras alguien no les indique que ha terminado la recepción! Es la costumbre. ¡Maldito Robine!...

-Ya le dije que usted, imbécil mayor que sus esbirros, vivía a su merced. ¡Andando!

El Receptor fue sorteado. La esquivez del Gran Jefe y los visitantes acrecentó sus dudas. Miró a los soldados, detenidos también. ¡Y el silencio por instantes más opresivo! Como quien toma una decisión repentina, anduvo igualmente... ¡siguiendo a los recién llegados! ¿Qué otra cosa podía hacer?

Enfilaron por un pasillo. La presión de Syd sobre la espalda de Tonsleep le forzaba a avivar el paso. El Receptor corrió también. Y el sideronavegante. Y los soldados. ¡Todos en pos del Gran Jefe!

Éste sudaba a mares. Casi gemía entre dientes. Si hubiese conocido el idioma... ¡Pero no podía pedirles ni la necesaria ayuda para librarse de sus captores! Era la suya una situación grotesca por lo dramática.

-Esperan la orden -jadeó-. Nadie puede prever de lo que son capaces.

-No diga tonterías. Son hombres, ¿no?

-Pero yo ordené a Robine antes de salir que no se produjese la menor alteración, ¿comprende? ¡Esto son alteraciones!

-No pasará nada.

-Él transmitió mis deseos a esos soldados -agregó-. ¡Sé bien que añadiría algo de su propia cosecha! En sus cabezas, existe ahora un revoltijo. Sí la idea de atacar se impone a las demás...

-No puede ser tan terrible como imagina. Domine sus emociones... y todo saldrá a pedir de boca.

-¿Y la droga? -Tonsleep estaba ganado por el pánico-. ¿Cuándo la administró por última vez? Dios mío... ¡Se le debió olvidar con tantas aventuras! ¡Yo pensé en ello! ¡La droga es necesaria para mantenerlos sumisos! -se detuvo en medio del pasillo-. ¿Y si se produce la rebelión? ¿Imaginan lo que serán estos engendros amotinados?

-Engendros transformados en monstruos por su propia degradación moral -musitó Savery-. Le... le está diciendo algo. Trata de hablarle,

Tonsleep.

Cierto. El Receptor, sin afectuosidades ni sonrisas, movía expresivamente ambas manos. ¡Exigía! Transmitían cierto dominio y autoridad sus ademanes. Eran secos, imperativos. Pedían una explicación al Gran Jefe. Éste, aturdido, sólo acertaba a mirarle.

-Despídalos -silabeó el joven-. ¡Pronto!

-¿Cómo?

-Con un gesto, a puntapiés, como quiera... ¡Pero despídalos!

Tonsleep temblaba. Semejaba un movimiento ondulante, estremecido, que agitaba sus carnosidades con la agitación temblequeante de un flan. Puso las manos sobre el pecho del Receptor, y le empujó hacia atrás, hacia el fondo del pasillo. Su ademán hubiese sido claro e inconfundible para cualquier mortal; aunque no para aquel sujeto absurdamente empeñado en obtener respuesta.

Los soldados hicieron un gesto incorrecto; pero los dedos se cerraron con decisión en torno a las armas. Les molestaba la actitud del Gran Jefe. “No era amistosa.”

- ¡Largo de aquí! -vociferó el gordo-. ¡Marchaos!

No obedecieron. Sombras amenazadoras nublaban los ojos. El espacionavegante -sin duda el más extrañado de todos, puesto que su incomprensión venía desde que le metieron en el “carrículo”- tocó la espalda del Receptor. Entre ambos, mímicamente, se entabló un diálogo rápido.

-¡Estamos perdidos! -rezongó Savery-. Ahora le pondrá al corriente de lo sucedido.

-Temo que sí -admitió Syd, mientras su mente buscaba afanosamente una solución-. Llévenos al lado de nuestros amigos, Tonsleep. ¡Ande, rápido!

-Hablan... -mascullaba Tonsleep-. Hablan entre sí. ¿Qué estarán diciéndose?

-¡Al diablo las confesiones! Sea la que fuere, va en contra de nosotros. ¡Obedezca, Tonsleep!

Retrocedieron. No era un repliegue ordenado; parecía -y tenía aires reales- una huida, en toda regla. Anduvieron por el pasillo, al paso vivo. Un recodo, que doblaron rápidamente, les ocultó a los ojos de los seguidores. Mas el respiro de alivio -que esbozábase en sus corazones- quedó ahogado al instante. ¡Los pasos de los servidores resonaban a su espalda!

Venían detrás, sí. ¡Dios, qué conflicto! En pos del Gran Jefe y sus misteriosos acompañantes. No tardaría en reproducirse la grotesca comitiva anterior. Ellos delante; los demás, pisándoles los talones, persiguiéndoles. El encuentro se avecinaba sin dilación.

-¡Corra! -ordenó Syd al resollante Tonsleep.

-Es inútil -avisó Savery-. ¡Miren! Han salido del recodo y tratan de ganarnos la delantera.

Verdad. Esto sucedía. El Receptor corría sin recato ni disimulo. También el espaciopiloto, encendido de fiebre, le iba en zaga, unos pasos detrás. Los dos soldados preparaban las armas. Esto era evidente, revelador. ¡Preparaban las armas!

Syd detúvose al lado de la pared. ¡Otros dos soldados acababan de surgir por el extremo opuesto del corredor lúcidamente iluminado!

Los servidores armados -como bien conocía Savery- actuaban siempre por parejas. Ahora... ¡estaban bloqueados! Enemigos delante y enemigos detrás. ¡Rodeados y sin escapatoria pacífica! El primero que moviese un dedo originaría el choque. El joven, excitándose ante el cariz tangiblemente violento que adquirían los acontecimientos, contempló a los reunidos con mirada crítica. ¡Sus ojos! ¡Qué forma de mirar! ¡Eran delatores ciento por ciento de lo que sentían!

Ya no quedaba contención. Ni obediencia. Aquellos ojos pedían sangre.

Brillaban con relumbre de ascuas vivas. Los del receptor -artífice ejecutivo de la primera orden- recordaban las brasas de una hoguera en su cénit llameante. Los únicos que parecían calmados -sólo de momento- eran los dos soldados recién aparecidos. Aún no entendían la situación real de aquella concentración arisca en pleno pasillo. Esto, sin embargo, implicaba poco para el resultado concreto. No sabían el porqué de las cosas; pero tampoco cederían una pulgada de terreno, obstruyendo macizamente la escapatoria de los acorralados, metidos de lleno en la disyuntiva de defenderse puesto que les estaba vedado avanzar -los soldados- o retroceder -los seguidores- hacia la plataforma de nuevo.

Mirándoles, observando aquellos ojos estrábicos e inyectados por vetas rojizas, se comprendía una amarga realidad: ¡Habíanse metido en una nave repleta de dementes!

-Está pidiendo refuerzos -dijo, aterrado, Tonsleep-. ¡Nos descuartizarán!

Sus palabras interrumpieron las observaciones de Syd, quien volvió toda la atención al Receptor. ¡Justo! Accionaba la doble corona de su relojito microemisor. ¡Daría la voz de alarma a todos los servidores de la astronave! Tonsleep fue profético al aquilatar las dimensiones de un motín.

-Es la droga... ¡Ya no surte efecto y les convierte en fieras irracionales!

El círculo se estrechaba. El sideronavegante había movido las manos, comunicando a los nuevos soldados algunas noticias en nada buenas para Tonsleep, Savery y Powder. Avanzaban paso a paso, cerrando el cerco. Los fusiles apuntaban ya.

-¡Fuera! -gritó el gordo, perdiendo el autodominio de sus nervios.

Es posible que el silencio, o la misma tirantez de la situación, hubiesen

influido decisivamente en la reacción activa. El Gran Jefe no pudo contenerse. Empujó al Receptor con fiereza, arrollándole, y enviándolo al suelo, por el que rodó. ¡Necesitaba un hueco por donde escapar del dogal humano anudándose en torno! Su actuación agresiva despejó la incógnita contenida. Un torrente de furia y violencia pareció desatarse de pronto.

Syd Powder, enarbolando el protofusil, descargó un golpe seco, contundente, en la redonda cabeza de uno de los soldados. El crujido de los huesos ahogó su exhalación de dolor. Quedó desplomado en tierra, manando sangre por lo alto de un parietal.

Otro, revolviéndose colérico, intentó disparar. ¡No convenía que se cruzasen disparos! Syd giró el arma en molinete salvaje. ¡Paff! El impacto pegó en la barbilla. Puso los oíos en blanco, dobló las rodillas y se derrumbó igual que abatido por un rayo. ¡Dos fuera de combate!

La actuación velocísima y certera, empero, sólo aliviaba las cosas parcialmente. El Receptor, rehaciéndose del empujón, volvía a. estar de pie. Tonsleep había tratado de huir y el sideronavegante, hecho una fiera, abalanzóse sobre su espalda.

Los dos se precipitaron al suelo. El gordo, por su volumen y pesadez, quedó en manifiesta inferioridad de condiciones. El viejo profesor Savery dio unos pasos al frente, saliendo en su atónita paralización, intentando ayudarle. Syd también deseaba aportar su granito de arena en favor de Tonsleep, pero...

La pareja de soldados que bloqueaban el pasillo entraron en juego. Syd volvió el rostro para mirarles y sus cabellos se erizaron de horror. ¡Se habían echado las armas al hombro! ¡Les freirían de la primera descarga atómica!

¡Hay que impedirlo! -aulló una voz histérica en su cerebro.

Sin pensarlo dos veces, viviendo el gravísimo peligro que representaba en un instante de indecisión, el joven saltó sobre ellos improvisando una magistral zambullida cuando largo era. ¡El tiempo apremiaba tanto que no disponía ni del imprescindible para apuntarles a su vez con el protofusil! Su propio cuerpo, lanzado con ímpetu balístico, actuó de proyectil humano. Levantó los brazos antes de que se produjera el rudísimo encontronazo y las armas quedaron desviadas, mirando hacia lo alto con las infernales pupilas.

Cuando sonó la descarga, una humareda seca y acre les envolvió. En el techo, denotando la entrada de los tiros, abrióse un formidable boquete del que se desprendieron multitud de esquirlas metálicas. Bajo aquella lluvia abrasante, medio cegado por el humo y ensordecido por el estruendo, Syd recuperó el equilibrio. Algo le quemó en los hombros. Una brasa al rojo se clavó a sus pies. Vio la sombra de uno de los soldados, dando bandazos igual que ebrio.

Resbalaba la sangre por toda la periferia de su reluciente cráneo afeitado. Debía haber sido alcanzado por los desprendimientos. ¡Qué patetismo el de aquella cara retorcida de dolor y aquella boca abierta, sollozante, de la que no brotaban sonidos! Syd le dejó a un lado. Además, tampoco habría podido ocuparse de él... ¡porque su compañero le agredía por la espalda!

Había perdido el arma -igual que Syd- y se pegó a su nuca ansiosamente, clavando los dientes en el dorso del cuello. La tosquedad y primitivismo de sus métodos de lucha daban cuenta elocuente del atraso mental. Desconocía los rudimentos de ataque y defensa, peleando como los animales. El mordisco enloqueció a Syd, porque sentía hundirse los dientes y traspasarle igual que un cepo de acero. Echó los brazos atrás, agarrándole por los angulosos maxilares. Entonces, sólo tuvo que doblar el cuerpo, tirar con fuerza ¡y el ser infrahumano volteó por arriba de su cabeza! Pegó, y rebotó, en el suelo, aturdiéndose. Syd, enajenado de ira combativa, no le concedió cuartel.

La sangre le bañaba cálidamente la espalda, lo que añadía incentivo a su propia ferocidad. El soldado comenzó a incorporarse. Syd disparó un gancho a media altura, midiendo la distancia, y los nudillos golpearon entre sus ojos. Antes de que cayese le aplicó un "upercutt" al estómago v. como colofón, otro puñetazo en la boca. Quedó sin sentido al instante.

-¡Syd! -era la voz de Savery, desfigurada-. ¡Vienen más hombres!

Llegaban en tropel. Sus pasos atronaban el corredor recordando el desatado batir de una escuadra de tambores. El humo, aunque diluyéndose, permanecía relativamente espeso. Era una dificultad para ver claro; aunque, al mismo tiempo, representaba un providencial agente enmascarador para los intrusos.

Syd avanzó medio enceguecido. Sus pies tropezaron con el perdido protofusil. Se agachó a recogerlo y, nada más sentir el duro contacto en las manos, una confianza y fuerza insospechadas le recorrieron las venas. Cuando se incorporaba tropezó con Savery. El anciano parecía enloquecido

-¡Salgamos de aquí! -pidió-. El otro extremo del pasillo ha quedado momentáneamente libre. ¡Aprisa, Syd! ¡Al interior de la nave!

-Aguarde. Necesitamos a Tonsleep...

-Es imposible. El Receptor y su espaciopiloto lo han arrastrado a empujones. Creo que se les ha desatado un odio inextinguible hacia él. ¡Cualquiera es capaz de imaginar lo que pretenden!

-Pero... ¡nuestros amigos esperan! En este laberinto nunca podríamos dar con ellos.

-Yo lo intentaré. Me fijé mucho en el recorrido... ¡Huyamos antes de que sea demasiado tarde!

El trueno de las pisadas retumbaba muy cerca. Entre las hilachas de

humo destacaban rostros crispados, ojos demenciales, uniformes y armas.

¡Los cabezas rapadas habían alcanzado el paroxismo de su adefagia sangrienta! Querían venganza, desquite a la opresión que les sometió tras bárbaros procesos clínicos. ¡La droga no ejercía influencia ninguna! Estaban ebrios de exterminio y muerte. Syd decidió fiar en el instinto y la capacidad retentiva del profesor.

-¡En marcha! -aceptó.

Salieron del caótico sector a todo correr. Un desbarajuste de acción, una gárrula zarabanda de cuerpos exaltados, quedó a su espalda. La sugestión de Savery contaba con un elevado porcentaje de lógica. Tentarían la suerte, y ojalá la memoria no le jugase una irónica trapisonda.

Respirando sofocadamente por causa del esfuerzo físico, doblaron otro recodo. El pasillo -libre de humo y soldados- se extendía ante ellos. Corrieron sin darse reposo, a pesar de que sentían el lastre de la fatiga pesándoles con notoriedad. El repique, fuerte de pisadas y el fantasmal baile de seres posesos -tal vez más impresionante por el silencio- quedaban atrás. No era fácil evadirse de este pensamiento angustioso, mas la perspectiva de entablar pronto contacto con sus fraternos camaradas les producía intenso júbilo. Esta constituía el contrapeso nivelador de sus emociones psíquicas.

Habían recorrido ya un largo trecho del pasillo, siempre a marchas forzadas, cuando descubrieron un soldado pegado a la pared, en la clásica actitud de quien monta guardia o cubre un puesto digno de vigilancia. Lo descubrieron, y fueron descubiertos al unísono. Ello les hizo frenar en seco. La cara de perplejidad de aquel estulto humano era todo un poema épico. La lisura rectilínea, netamente geométrica, que igualaba los muros del corredor no se veía alterada excepto por la figura tensa del servidor.

Sin embargo, alineándose a una altura media en la pared, resaltaban una serie de discos azules, semejantes a timbres gigantescos, cuyo significado y cometido fue revelador para el viejo Savery.

-¡Allí¡ -señaló-. ¡Son los alojamientos! ¡En uno de ellos están nuestros amig...!

Antes de que terminase de hablar, el adepto de Tonsleep ya había amartillado el fusil y se aprestaba a la defensa. Syd, advertido por las experiencias anteriores en cuanto al radicalismo operativo de los soldados, no perdió el tiempo en vaguedades ni trató de volver a cometer imprudencias.

Desde la cintura, sin apenas apuntar porque el tiro era sencillísimo, apretó el disparador del protofusil y una rociada de fuego electronuclear abrasó al hombre de cintura para bajo. Lo partió secamente, tras abrasarlo, fulminándole. El estallido coincidió con la desaparición. Un montoncillo de materia quedó hacinado en el suelo, despidiendo nubecillas sulfurosas,

crepitando en el achicharramiento final.

-¡Coja su fusil! -ordenó Powder-. ¿Seguro que éste es el lugar?

-¡Seguro! -replicó Savery con énfasis, cumpliendo el mandato y procurando evitarse la visión del desintegrado-. No puedo equivocarme. ¡Presione uno de esos discos!

Syd había tenido semejante idea desde que les echó la vista encima. Una corazonada -o un sexto sentido- le advirtió que ésta debía ser la finalidad específica de los controles alineados. Pulsó con fuerza... ¡y una sección móvil de la pared se descorrió en silencio!

El interior se hallaba fúlgidamente iluminado; pero vacío. El joven lo constató, sintiéndose ganar por el desconsuelo, al irrumpir como una tromba en la cámara de puertas electrónicas. El fracaso representó un rudo choque moral, y a punto estuvo de sumirle en honda tristeza. Mas entonces, aguda y tonante de alegría, la voz de Savery gritó:

-¡Aquí, Syd! ¡Ya lo tenemos!

Salió de dos zancadas, tremante de impaciencia. El viejo había accionado el disco siguiente y, al parecer, le sonrió la buena estrella. Cruzó al ancho umbral atropelladamente... y la sorpresa casi le dejó anonadado... ¡se encontraban todos sus amigos! Hubo una incontenible exclamación de general asombro, de incredulidad. ¡Qué impresión, Señor!

-Ya les explicaré -prometió el carcajeante profesor-. No vayan a creer que se trata de una resurrección... porque eso sólo podría suceder con los muertos. ¡Syd Powder siempre estuvo vivo.

-¡Syd ¡ -balbuceó Fay corriendo a su encuentro-. ¡Querido Syd!...

Se encontraron a mitad camino, estrechándose en un abrazo prieto y amoroso. Ella lloraba de felicidad y le estrujaba la espalda, con fuerza. ¡Temía tantísimo por su vida!... El joven la besó con pasión, sin importarle un ardite las miradas jocosas, pero comprensivas, de los concurrentes. Permanecieron abrazados varios segundos, sintiendo el latido de los corazones gemelos y el compás respiratorio de sus pechos henchidos de gozo irrefrenable. Al fin... ¡otra vez juntos! Dios lo había querido así. ¡Gracias a Él con todo su fervor!

Mientras, para disipar las dudas de cuantos ignoraban el plan en bien de la propia seguridad, Savery explicó a vuelapluma la sustancia del mismo. Lander, el capitán de la nave, soltó una carcajada ruidosa al quedar enterado Blue y Diness comentaron algo alusivo al arrojo que Syd debió desplegar sin tasa desde el momento que, venciendo obstáculos, lograba reunirse con ellos en su propio encierro. Cabot, desternillándose por reacción aliviante tras las tensiones a que estuvo sometido antes, unió sus risas a las de Lander.

-Ahora tendremos que empezar una nueva lucha para separar a esos tortolitos y devolverlos a la realidad -advirtió Diness-. Mírenlos. Están

fuera del mundo que nos rodea...

-¡Silencio! -reclamó el astrobotánico, demudada la faz y prestando atención-. Creo... creo que la lucha va a empezar de todas formas. ¡Y no como imagina usted, Diness! Alguien viene por el pasillo. ¡A todo galope!

Sí. Un aluvión de pisadas marcaba un ritmo estremecedor y daba la dosis exacta de su progresiva proximidad. ¡Qué poco les duró la alegría! Ya estaban allí otra vez los soldados de Tonsleep. Encontraron su pista con suma facilidad. Volvían para reducirles o, tal vez... ¡para exterminarles!

Syd se apartó de Fay suavemente y miró sus ajos llorosos, rientes, no obstante las lágrimas, y que ahora, ante los delatores ruidos, volvían a reflejar terrible pánico.

-Protéjala usted, profesor, -decidió, asumiendo el mando-. Se la confío. Y entregue el fusil al amigo Blue. ¡Vamos a recibirles a todo honor! ¿De acuerdo. Blue?

-¡Por completo!

-Así me gusta. Los demás... ¡que permanezcan en la cámara! Adelante, Blue.

-¡Syd!

-No pases cuidado, cariño. Ahora ya sé cómo tratar a esos tipos, y no me remuerde la conciencia porque son fieras humanas. Nosotros defendemos un gran ideal. ¡A toda la Humanidad! Ellos están muertos de antemano, porque Tonsleep y sus esbirros los han convertido en monstruos... ¡Deséame suerte!

-Syd tiene razón -ayudó Savery, cuando los dos camaradas salieron rápidamente para apostarse en el pasillo-. No queda otra alternativa que pelear sin sentimentalismos. Si pudiéramos, razonaríamos; pero... ¿cómo entenderse con ellos si no conocen otra cosa que el idioma de gestos y las claves lumínicas ideadas por Robine? Esperemos, muchacha. Esperemos... y tengamos fe. Es la Tierra, representada por nosotros, quien va a jugar la última baza en esta cruel partida por la salvación del Universo.

Savery acababa de sintetizar el nervio de la situación. ¡Morir o matar! No quedaba otra escapatoria en aquella nave maldita tripulada por engendros malignos.

Blue y Syd tomaron posiciones en el corredor, armas prestas y dedos cerrados en los mecanismos de disparo. Una masa ebullescente, compacta y gesticulante, dobló el recodo y se enfrentó a ellos. Él Receptor encabezaba el loco ejército liberado de yugos y a salvo de sumisiones droguísticas. ¡Parecían imparables! ¡Una riada muda y fatal!

.Ahora ya no obedecían a nadie, excepto a sus instintos criminales, puesto que sólo en ferocidad y maldades les adiestraron sus nefastos amos. Habían gustado el sabor de la sangre y carecían de órdenes impresas en sus cerebros. Cuando desembocaron en agavillado tropel por el ángulo del

pasillo, el Receptor señaló a los terrícolas y...

-¡Fuego! -dijo Syd-. ¡Apunte bajo, así obtendremos armas para nuestros amigos!

Fue una catarata interminable y devastadora, un río de fuego líquido, lo que vomitaron las bocas combinadas del protofusil y el arma atómica. Cegadores estallidos, burbujeantes luces de desintegración, un espanto indescriptible de cuerpos fundidos en masas pegajosas. ¡Algo ultraexcitante!

Los atacantes no podían retroceder. El recodo les impedía moverse y, para incrementar más aún la confusión inenarrable, las oleadas que seguían a la vanguardia empujaban sin cesar. Además, quizá no habrían retrocedido ni contando con oportunidad e inteligencia para organizar un repliegue. ¡Aquellas hordas de seres medio sintéticos desconocían lo que era el terror! Avanzaban, avanzaban siempre, pisando la masa desintegrada, atacando con inexorable tesón, tal como confesó el Gran Jefe al participarles la naturaleza bélica que animaba las extirpaciones. "Andaba tras la consecución, desde varios años antes, de un tipo de soldado ideal... El más valioso e impertérrito. El soldado sin nervios, sin miedo, sin cerebro que le permitiese analizar el pro y el contra de cada orden... Fidelidad, obediencia ciega, falta total de discernimiento ante el peligro..."

Entre las paredes, encajonadas, habíanse apelotonado espesas nubes de gases malolientes y rojizos. Aquel color -el rojo- presidía por doquier. En los grandes charcos del suelo, en los muros, en el mismo techo. "Apunte bajo, así obtendremos armas para nuestros amigos", dijo Syd. ¿Armas?

¿Para qué las querían? Nadie saldría con vida de aquel horrible infierno, de tamaña carnicería dantesca. ¡La Tierra estaba ganando decididamente la partida en pro del Universo! Era mejor que disparar contra los blancos inmóviles de una antiquísima barraca de tiro, porque no existía posibilidad de yerro con las magníficas armas que empuñaban.

Syd jamás habíase sentido de una cosa así. Incluso ahora le invadían las náuseas. Mas aquel sacrificio masivo, que a cualquiera le hubiese parecido inhumano, poseía cientos de atenuantes y la plena justificación del acto, porque con él íbase a detener una guerra sideral en ciernes desde la aparición de Tonsleep en la superficie de Phoebe. La aniquilación de los autómatas vivientes -perdidos para la sociedad desde tiempo ha-evitaría desastres mucho mayores, infinitamente sobrecogedores, acaso la alteración de las fuerzas de equilibrio que mantenían en gravitación perfecta todos los sistemas planetarios.

Ellos fueron los instrumentos del Destino y como a tales les correspondían actuar, sin desvíos ni flaquezas. Los grandes remedios de la Humanidad siempre han ido acompañados de exhaustivos sacrificios. Y en el fondo, pese a todo, gustaba saber que por enésima vez el Hombre había

mantenido la fiel armonía del Cosmos hasta la ignorada fecha señalada para su consumación por el Sumo Hacedor.

Dejaron de disparar sin que ninguno de ellos hubiese dado la orden, porque ambos entendieron que ya era innecesario.

Una pirámide humeante se derretía con fangosa lentitud al fondo del pasillo. Al reinar el silencio, casi conteniendo las respiraciones -para no turbarlo-, todavía alcanzaron a escuchar los pasos precipitados de algunos supervivientes que huían en desbandada.

Desde lo más íntimo de sus almas, Syd y Blue se congratularon por el conocimiento. Ahora -se lo decía la intuición- sospechaban que nada intentarían los que quedasen, porque el escarmiento habría supuesto para ellos el encontronazo más duro que sus pobres mentes podría soportar. ¡La paz estaba asegurada para siempre; ¡Y también el secreto de las “flores de vida”!

CAPÍTULO VIII
Amanecer

Todo salió como la imaginación había anticipado. Los hechos se desarrollaron en progresión lógica, sin sorpresas.

Cuando los terrícolas abandonaron el alojamiento-calabozo, y se dirigieron en busca de la salida de la nave indagando por propia cuenta, encontraron varios servidores que vagaban inciertamente, sin armas, esperando -como siempre- órdenes para llenar el vacío mental. Otra vez brillaba la luz de paz en sus ojos y las caras ofrecían la inexpresividad clásica. La droga apenas contaba. Aquella escalofriante batalla anegándoles en turbiones de materia descompuesta, fue un "shock" decisivo, un mazazo que aplacó sus desorbitadas iras, el antídoto -en esencia- que suplió el tratamiento pacificador. Seguían en su típico estado de imbecilidad; pero ya inofensivos.

De todos los expedicionarios fue Fay quien primero sintió nacer la ternura por aquellos desgraciados. Su desamparo la movió a caridad. Piadosa, dulce y mujer al fin, se les aproximó sin que nadie osase agredirla. Y cuando les acarició los rostros imperturbables, algo -acaso una fibra olvidada por el bisturí, vibrando con sones de guitarra- les movió a sonreír y a relajar totalmente los atensados músculos.

-Organicemos un poco las cosas -propuso Syd después-. De momento, han sido allanados los escollos. Creo que convendría agrupar a todos los supervivientes y acomodarlos en alguna dependencia. La compañía les servirá de consuelo y evitará que caigan en exasperaciones. Alguno de nosotros podría quedarse a cuidarlos, mientras los demás buscamos la salida del exterior. Por lo pronto, la nave es una cárcel y todos deseamos abandonarla. Desde la nuestra propia, enviaremos un cosmomensaje a Saturno dando cuenta de lo ocurrido y explicando la situación real. Que nos marquen la pauta a seguir... ¿Alguna objeción?

-Ninguna -contestó Savery tras consultar con la mirada a sus compañeros-. Es la línea de conducta más sensata, Powder. Ahora bien...

-Diga, profesor.

-Me permito apuntar una cosa.

-¿Cuál?

-Tonsleep. Hay que dar con él.

-Le buscaremos. Es el responsable de esta catástrofe y también el culpable único. Habrá corrido a ocultarse como una rata; pero le localizaremos y será preso. ¡Recibirá un escarmiento ejemplar!

La perspectiva de actuación inmediata estaba perfilada. Se limitaron a seguirla... y los resultados no se hicieron esperar.

Cabot quedó a cargo de los irresponsables, fuera de la cámara elegida

para su reclusión. Cuando en la central cosmopolicial de Saturnia diesen instrucciones, sabrían a qué a tenerse respecto a ellos e incluso el tratamiento adecuado que merecían recibir. Por fortuna, en su astronave contaban con un surtidísimo recinto de la más moderna farmacopea, que les vendría pintiparado para atender a los prisioneros con la obligada adecuación dadas las anormales circunstancias psíquico-orgánicas concurrentes en ellos. Hasta entonces, permanecerían aislados e incomunicados. No convenía soliviantarles por una torpeza, e incurrir en desdichados sucesos.

La cuestión de abandonar la nave se resolvió por sí sola. Los internoelevadores de que Tonsleep habló les salieron al paso nada más descender a la planta inferior del “cono”. Estaban, pues, teóricamente libres; y de aquella teoría a la práctica real no existía más que un reducido paso. Saberlo les produjo alborozo. ¡Eran tantos los deseos de abandonar el maléfico Phoebe! Y lo harían, en efecto, nada más completar el cargamento mínimo de “Fibroae floricultasis” mediante el empleo submarino de “Claudia”.

Respecto a Tonsleep... Bueno; apareció.

Como dijo Savery parodiando un epitafio macabro, sus propias obras vivas destruyeron al cruel artífice de monstruos. Lo hallaron... en distintos lugares. Había sido despedazado por aquellos tan fieles como implacables servidores. La justicia material le alcanzó antes que el juicio a sus delitos. Luego, les tocaría el turno a los concentrados en Japetus. Como también dijo el viejo Savery.

-Descanse en paz... si puede. Ahora será juzgado por el Único juez que no admite partidismos. Y también los restantes que integran su maldita organización.

Salieron. Abandonaron la nave para dirigirse al gran supercohete del grupo científico. El internoelevador les transportó hasta la misma superficie satelital, aflorando a ella por una de las aletas gigantescas de sustentación. ¡Qué emoción pisar otra vez suelo firme y dilatado! Libertad, sublime palabra.

Amanecía cuando la comitiva se puso en camino hacia la astronave. Allí, sin dilación, el técnico en tele-electronía Diness, manejaría su complicada cosmoemisora y establecería contacto sidérico con la capital del planeta de los anillos. Podían verle, sin esforzar la vista, a lo lejos, en el firmamento espacial multiestelado e infinito. Era, sin poesías, como una pelota circundada de cintas.

Amanecía, sí. Hielo, cantiles, nubes atmosféricas de estremecido burbujear químico...

Fay Shellon y Syd Powder, cogidos de la mano, cerraban el grupo. ¡Había tantos pensamientos en su mente y tal cúmulo de emociones en el

corazón! Anduvieron muy juntos, en contacto los yelmos que protegían la cabeza. El amanecer de Phoebe, fugaz y débil, inundó de esperanza y dicha su futuro que soñaban siempre así: Cogidos de la mano.

Había concluido la aventura. Paz a los muertos y larga vida -feliz- a los vivos. Esta era la tónica dominante en sus almas, limpias ya de la cizaña venenosa de odios y rencores.

FIN DEL EPISODIO

175

Del cielo tachonado de estrellas cae sobre la Tierra la más siniestra amenaza que jamás conoció el mundo. Una máquina interplanetaria ha caído en la apacible noche de la bella Florida en el fondo de un lago. De allí surgirá la alucinante pesadilla que por el espacio de muchas horas estrangulará àl mundo en un cerco de terror...

"LAS ESTRELLAS AMENAZAN"

Con este título sugestivo,

VAN S. SMITH

ha escrito la más original e inédita de las novelas de aventuras ficción... Algo completamente nuevo, distinto de arriba abajo... Una narración densa en misterio, con un desenlace inesperado... ¡y terrorífico!, que podrá leer en el próximo número de la interesante

Colección
Luchadores del Espacio

TIP. ARTÍSTICA.

Precio: **6** pesetas

Notas

[←1]

La acción de esta novela comienza en *Submares de muerte*, número anterior, cuya lectura recomendamos para una perfecta comprensión de los episodios que siguen.



[←2]

Tedía: Unidad de tiempo que, por analogía con el terrestre, abarca 24 horas. Casi siempre es superior a la duración del día astral más allá de Marte.